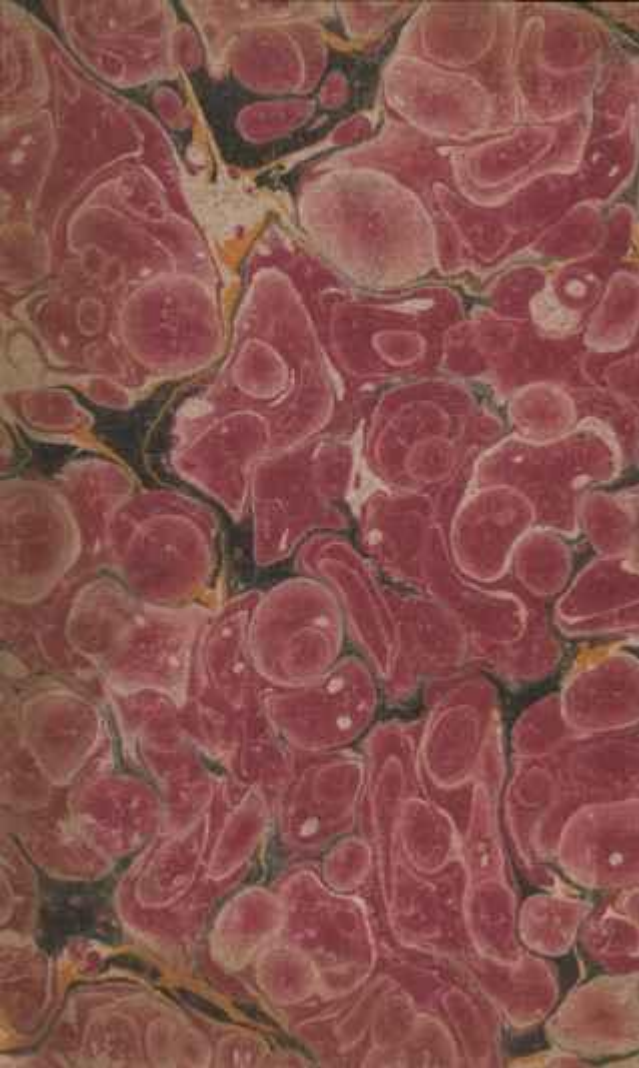
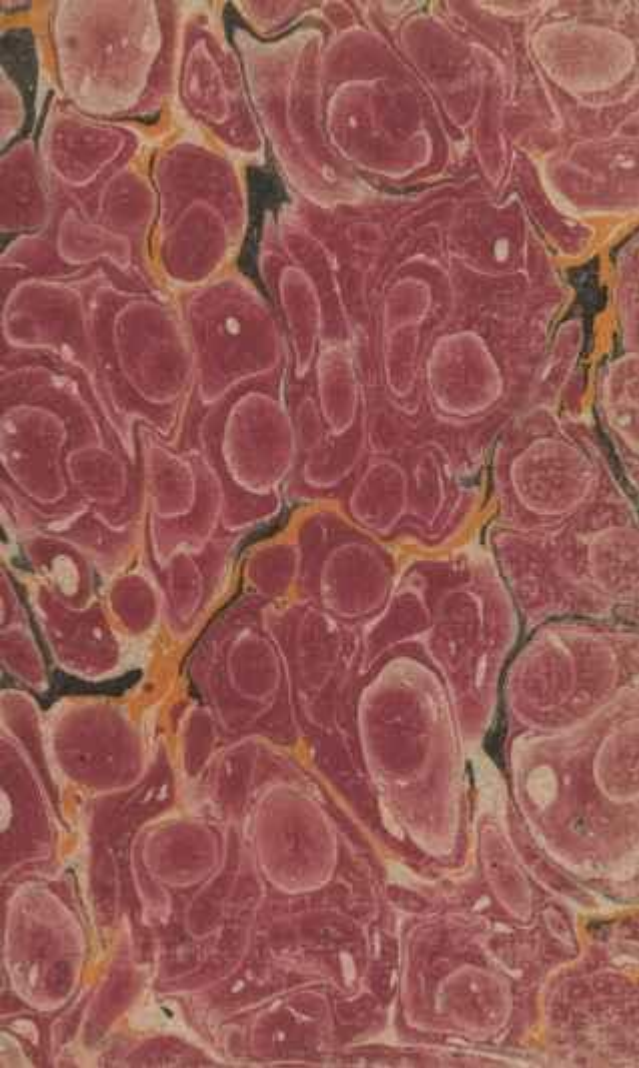






5899

11
7204

1845. X

5116

EJERCICIOS DE LECTURA,

ó

Extractos de Literatura Moderna

EN PROSA Y VERSO,

*para el uso de los alumnos del Colejio de
S. Felipe Neri de Cádiz,*

POR

Don José Joaquín de Mora,

Regente de estudios de dicho Establecimiento.



CADIZ:—1845.

IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE BOSCH.

*Esta obra es propiedad del
autor y del editor, que perse-
guirán ante la ley al que la
reimprima.*



Prologo.

HAI pocos libros en la literatura española que puedan servir para ejercicios de lectura en las clases de primera enseñanza. De los que se aplican á este uso, los unos, por la homogeneidad de su asunto, no se prestan á la variedad de inflexiones y tonos que debe emplear el que desea leer bien; otros tratan de materias demasiado superiores á los alcances de la edad tierna. En muchos está sobradamente descuidada la correccion de estilo y de diction, ó vergonzosamente holladas las reglas de la ortografía, ó violadas á cada paso las de la elegancia y el buen gusto; en ninguno de los que han llegado á nuestras manos se han escojido asuntos que se adapten á las necesidades intelectuales de la niñez, procurando comunicar á su entendimiento, al mismo tiempo que se le facilita una práctica

indispensable á la vida culta, nociones claras y útiles, que la alhaguen tambien por la variedad de los objetos á que se llama su atencion.

Este vacio es el que se ha querido llenar con la presente obrita. El que la ha compilado, no posee bastante sabiduria para sacar de su propio fondo una obra enteramente orijinal, digna del interesante objeto que se propone: y á fin de proceder con mas seguridad, y escudarse en autoridades que todo el mundo respeta, ha creido conveniente acudir á los escritores mas acreditados de las dos naciones mas cultas de Europa.

Habrá quizás quien extrañe que no se hayan preferido los autores españoles, en esta eleccion de fragmentos sueltos, pudiendo recojerse tan abundante cosecha de las obras que dan á nuestra literatura tan bien merecido renombre. Dos razones se han tenido presentes para abrazar este partido. La primera es que ya existen tres excelentes colecciones de este género, á cuya altura seria mui difícil que otra posterior se elevase; tales son las de Capmany, Marchena y

Lista. La otra, que para hacer una obra compuesta solamente de escritos originales españoles, era forzoso escojer entre los antiguos y los modernos. Los antiguos, en medio de sus grandes excelencias, tienen el grave inconveniente, para el objeto de que se trata, de un estilo que dista mucho del que usamos en el siglo presente; de un corte de periodo que ya nadie imita ni practica; de unas locuciones armoniosas en verdad y en gran manera expresivas, pero que han desaparecido de nuestros hábitos, á impulso de los tiempos y las vicisitudes. Sabido es que para gustar de nuestra literatura antigua y apreciar su mérito, se necesita, además de una afición decidida, no leve conocimiento del idioma, del estilo, de la Gramática y de la Retórica, y nadie exige tanto de niños que aprenden á leer. En cuanto á las producciones modernas, pocas, muy pocas son las que sobresalen por las dotes que se requieren en una obra como la intentada, y entre esas pocas, no ocupan un lugar inferior las traducciones. Los nombres de Bossuet, Fenelon, Paley, Blair, Massillon, Chateaubriand,

Rollin, los Ensayistas ingleses , y otros que figuræn en esta obra, la ponen al abrigo de toda sospecha de propension injusta en favor de innovaciones extrañas y de modas pasajeras. Aquellos nombres pertenecen á la humanidad , en la cual han derramado torrentes de luz los hombres ilustres que los honraron , esparciendo verdades sublimes y consoladoras, y revistiéndolas con imágenes grandiosas, y con un lenguaje que arrastra el convencimiento, recreando al mismo tiempo el oido y la imaginacion. ¿Por qué hemos de privar á la niñez de estas preciosas joyas de la razon humana?

La parte poética de esta coleccion es obra del compilador y si se aventura á poner aquellos ensayos en manos de los alumnos, podrá servirle de disculpa la aprobacion con que los han favorecido hombres inteligentes y de severo gusto.

Extractos en Prosa.



EXTRACTOS RELIGIOSOS.

DIOS Y LA CREACION.

 EL Dios á quien sirvieron los Hebreos, y á quien sirven los Cristianos, no tiene nada de comun con las falsas divinidades llenas de imperfecciones y aun de vicios que las naciones gentiles adoraban. Nuestro Dios es uno, infinito, perfecto; es el único digno de vengar los crímenes y de galardonar la virtud, porque él es la santidad misma.

Dios es infinitamente superior á aquella causa primera ó primer motor que conocieron los filósofos, aunque no la ado-

raron. Algunos de ellos, los que mas adelantaron en este conocimiento, hablaron de un Dios, que, habiendo hallado una materia eterna y existente por su propia virtud, como él mismo, la amoldó y puso en movimiento, sometiéndose, como un artífice vulgar, á las condiciones que él mismo no habia determinado. No echaban de ver estos hombres que si la materia existe por sí misma, no puede recibir perfeccion de una mano extraña, ni que si Dios es infinitamente perfecto, no ha necesitado, para hacer todo lo que ha hecho, sino de su misma perfeccion, y de su voluntad omnipotente. Pero el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios cuyas maravillas nos ha referido Moises, no solo ha ordenado el mundo, sino que lo ha sacado de la nada, y ha creado su materia y su forma. Antes que él hubiese dado el ser á algo, nada tenia ser sino él mismo. Dios lo hace todo; y lo hace con razon, y por medio de su palabra, y para hacer todo lo que ha hecho, no ha necesitado de mas que de su voluntad.

Moises nos enseña que este poderoso arquitecto ha querido consumir su obra en diferentes actos, y creó el universo en seis dias, como para darnos á entender que no obra por necesidad, ni á impulso de una impetuosidad ciega, á la manera que

han pensado algunos filósofos. El sol arroja sus rayos de una vez y sin contenerse: pero Dios, que obra por inteligencia, y con una soberana libertad, usa de su poder como le place, y en tanto que le place, y como al hacer el mundo con su palabra, manifiesta que nada le cuesta trabajo, al hacerlo por partes, hace ver que es dueño de sus acciones, como lo es de la materia, y que en sus operaciones, no sigue otra regla que su voluntad, siempre recta por sí misma.

Esta conducta de Dios nos descubre así mismo que todo sale inmediatamente de su mano. Mui torpemente se han engañado los pueblos y los filósofos que han creído que la tierra, mezclada con agua, y ayudada por el calor del sol, había producido por sí misma las plantas y los animales. La Escritura nos manifiesta que los elementos son estériles, si la palabra de Dios no los fecunda. La tierra, el aire y el agua no habrían dado jamás de sí plantas y animales, si Dios, que había creado y preparado la materia, no la hubiera amoldado por su voluntad omnipotente, dando á cada cosa los germenés que debían multiplicarla durante los siglos.

Los que observan que las plantas nacen y crecen por el calor del sol, podrían imaginarse que el sol las crea. Pero Moises

nos dice que la tierra estaba revestida de vegetacion antes que el sol fuese creado, para que sepamos que todo viene de Dios solo.

Quiso este gran artífice crear la luz, antes de reducirla á la forma que le dió en el sol y en los demas astros, para que supiésemos que estos grandes luminares, convertidos despues en divinidades, no tenian en sí mismos ni la materia preciosa y brillante de que se componen, ni la forma admirable en que se ofrecen á nuestros ojos.

En fin el relato de la creacion, como lo ha escrito Moises, nos descubre este gran secreto de la verdadera Filosofia: que solo en Dios residen la fecundidad y el poder absoluto. Dichoso, sabio, todo-poderoso, bastándose á sí mismo, obra sin coaccion y sin necesidad; jamas forzado por la materia ni sujeto á ella; haciendo de ella lo que quiere, porque él es quien le ha dado, por su propia voluntad, el fundamento de su ser. Con este absoluto derecho, la transforma, la altera, la mueve sin trabajo; todo depende inmediatamente de él, y si, segun el orden establecido en la naturaleza, una cosa depende de otra, como el nacimiento y el crecimiento de las plantas depende del calor del sol, es porque ese mismo Dios, que ha hecho todas las partes del universo, ha querido ligarlas

entre sí, y hacer alarde de su sabiduría en este encadenamiento maravilloso.

Pero todo lo que dicen los libros santos acerca de la creacion del mundo, es nada en comparacion de lo que en ellos leemos sobre la creacion del hombre.

Hasta ahora Dios no habia hecho mas que mandar: «sea la luz; estiendase el firmamento en medio de las aguas; retirense las aguas; y descubrase la tierra; haya grandes luminaires que dividan el dia de la noche; salgan las aves y los peces del seno de las aguas; produzca la tierra los animales de diferentes especies.» Pero cuando ha llegado el caso de producir al hombre, Moises atribuye á Dios distinto lenguaje: «hagamos al hombre á nuestra imájen y semejanza.»

Ya no oimos aquella palabra imperiosa y dominante: sino una palabra suave, aunque no menos eficaz que la primera. Dios se aconseja consigo mismo; Dios se excita á sí mismo, como si quisiera darnos á entender que la obra que emprende sobrepuja á todas las otras que habia ya consumado.

«Hagamos al hombre», dice Dios hablándose á sí mismo; hablando con aquel por quien estan hechas todas las cosas; con aquel que dice en su Evangelio: «todo lo que hace el Padre, el Hijo lo hace

igualmente.» Hablando con su Hijo, ó á su Hijo, habla tambien con el Espíritu todo poderoso, igual y coeterno con uno y otro.

En el language de la Escritura, Dios solo es el que habla de sí mismo en número plural: hagamos. El mismo Dios solo habla de este modo dos ó tres veces, y este modo extraordinario de hablar empieza cuando se trata de la creacion del hombre. Cuando Dios cambia de estilo, y, en cierto modo, de conducta, no es porque cambia en sí mismo: sino para manifestarnos que va á dar principio á un nuevo orden de cosas, segun sus eternos consejos. Por esto el hombre, tan superior á las otras criaturas cuya formacion habia descrito Moises, es creado de un modo nuevo. La Trinidad empieza á declararse en el hecho de hacer racional á la criatura, cuyas operaciones intelectuales son una imágen imperfecta de aquellas operaciones eternas por las cuales Dios es fecundo en sí mismo.

La voz de consejo que Dios usa antes de crear al hombre, indica que la criatura que va á formarse, será la única que pueda obrar por consejo y por inteligencia. No es menos asombroso lo que sigue. Hasta entonces no habiamos visto en el Génesis que el dedo de Dios se aplicase á una materia corruptible. Para formar al hombre,

el mismo Dios toma un poco de tierra, y esta tierra, amoldada por la mano divina, recibe la forma mas bella que se ha presentado al mundo.

Esta atencion que se manifiesta en Dios cuando va á crear al hombre, nos muestra que lo mira con especial consideracion, aunque, por otra parte, nunca se dirige sino por su eterna sabiduria. Pero el modo de dar ser al alma es todavia mas maravilloso. Dios no la saca de la materia: la inspira desde arriba; es un soplo de vida que emana de él mismo. Cuando creó á los animales, dijo; «produzca el agua peces,» y salieron á la vida los monstruos marinos, y toda alma viviente y moviente que debia llenar las aguas. Tambien dijo: «produzca la tierra toda alma viviente; los cuadrúpedos y los reptiles.»

Asi es como debian nacer aquellos seres animados con una vida bruta, y á los cuales Dios no concede otra accion que los movimientos que dependen del cuerpo. Dios los saca del seno de las aguas y de la tierra. Pero aquella alma cuya vida debia ser una imitacion de la suya; que debia vivir con razon y con inteligencia, como él vive; que debia unirsele por la contemplacion y el amor, y que, por esto estaba hecha á su imájen, no podia salir de la materia. Dios manejando la materia podia for-

mar con ella un cuerpo hermoso; pero de cualquier modo que la maneje, no encontrará en ella su imagen y semejanza. El alma, que está hecha á la imagen de Dios, y que solo puede ser feliz poseyendolo, debia ser producida por un nuevo género de creacion; debia venir de lo alto, y tal es la significacion de ese soplo de vida que Dios saca de su boca.

Recordemos que Moises propone á los hombres, por medio de imágenes sensibles, verdades puras é intelectuales. No creamos que Dios sopla como soplan los animales; no creamos que el alma humana es un aire sutil, ni un vapor tenue. El soplo que Dios inspira, y que lleva en sí mismo la imagen de Dios, no es vapor ni aire. No creamos tampoco que el alma es una porcion de la naturaleza divina como han dicho algunos filósofos: porque Dios no es un todo que se divide en partes. Aun cuando las tuviese, no serian cosas hechas; porque el Criador, el ser increado, no puede componerse de criaturas. El alma ha sido hecha; y hecha de tal modo, que sin ser nada de la naturaleza divina, está formada á su imagen.

BOSSUET.

MOISES.



MOISES, instruido por la tradicion en las cosas pasadas, y exaltado por el espíritu divino, ha escrito de las obras de Dios, con una exactitud y una sencillez que promueven la confianza y la admiracion, no hácia él, sino hácia Dios. Junta las cosas pasadas, que contenian el origen y la historia antigua del pueblo de Dios, con las maravillas que Dios estaba haciendo para salvarlo. Para esto no cita otros testigos á los Israelitas, que su mismos ojos. Moises no les refiere hechos ocurridos en retiros impenetrables, ó en cuevas profundas; no habla en vano: sino particulariza y especifica todo lo que cuenta, como hombre que no recela ser desmentido. Funda todas las leyes y toda la república de los Judios, en los portentos que ellos mismos han presenciado. Estas maravillas no eran nada menos que el trastorno de la naturaleza entera; la separacion y division de la mar, para abrir paso al pueblo fujitivo; un alimento caido del cielo; aguas sacadas de

las rocas por medio de una vara; una señal visible y luminosa, enviada de lo alto, para dirigir los pasos de los Israelitas; en fin, otros milagros semejantes que ellos habian estado viendo por espacio de cuarenta años.

El pueblo de Israel no superaba en inteligencia ni en sutileza á los otros pueblos, que, entregados á sus sentidos, no podian concebir un Dios invisible. Era, al contrario, grosero y rebelde, tanto como, ó mas que ningun otro pueblo: pero este Dios invisible en su naturaleza, se daba á conocer de tal modo por continuos milagros, y Moises los inculcaba con tanta eficacia, que, al fin, aquel pueblo carnal se llegó á penetrar de la idea pura de un Dios que no era mas que espíritu, razón é inteligencia.

De esta manera, mientras la idolatria, aumentándose desde los tiempos de Abraham, cubria ya toda la tierra, solo se preservó del contagio la posteridad de aquel patriarca. Sus enemigos lo confesaban así, y los pueblos en que no se habia extinguido de un todo la verdad de la tradicion, exclamaban admirados: «no se ven ídolos en Jacob; no se ven alli presagios supersticiosos, adivinos ni sortilegios. Es un pueblo que confia en el Señor su Dios, cuyo poder es invencible.»

Para imprimir en las almas la unidad

de Dios, y la perfecta conformidad que exigía en su culto, Moises repite con frecuencia que este Dios único elijiría en la tierra de promision un lugar, para que en él solo se hiciesen las fiestas, los sacrificios y todo el servicio público. Entretanto, Moises construyó el tabernáculo: templo portatil, en que los hijos de Israel presentaban sus homenajes al Dios que habia hecho el cielo y la tierra, y que no se desdénaba de viajar en cierto modo con ellos y de conducirlos.

En este principio de religion, en este sagrado cimiento estaba fundada toda la lei: lei santa, justa, benéfica, recta, sabia, previsora y sencilla, que ligaba la sociedad formada por los hombres entre sí, con la santa sociedad formada entre Dios y el hombre. Moises añadió á estas santas instituciones, ceremonias majestuosas, fiestas que recordaban aquellos milagros por medio de los cuales habia sido libertado el pueblo de Israel, y, lo que ningun legislador habia osado hacer antes, seguridades positivas de prosperidad, en tanto que viviesen sometidos á la lei, anunciándoles al mismo tiempo que su desobediencia les atraeria inevitable y manifiesta venganza. Para dar este apoyo á las leyes, era preciso asegurarse en Dios, y los sucesos posteriores demostraron que Moises no habia hablado por sí mismo.

Para mantener la Religion y todas las tradiciones en las doce tribus, fué escogida una de ellas, á la cual Dios encargó el cuidado de las cosas sagradas, dotándola con los diezmos y las oblacones. Leví y sus hijos se consagran á Dios, como diezmo de todo el pueblo. En Leví, Aaron es elejido para ser soberano pontífice, y el sacerdocio llega á ser hereditario en su familia.

De este modo los altares tuvieron ministros, y la lei defensores peculiares, en tanto que el pueblo de Dios se justificaba por la sucesion de sus pontífices, que siguió sin interrupcion desde Aaron, el primero de todos. Pero lo mas hermoso que esta lei tenia, era que preparaba el camino á otra lei mas augusta, menos cargada de ceremonias, y mas fecunda en virtudes. Moises, para mantener al pueblo en la esperanza de esta otra lei, le confirma la venida de aquel gran profeta que debia salir de Abraham, de Isaac y de Jacob. «Dios, les dice, os suscitará, de enmedio de vuestra nacion, y del número de vuestros hermanos, un profeta semejante á mí: escuchadlo.» Este profeta semejante á Moises, legislador como él, ¿quién puede ser sino el Mesias, cuya doctrina debia algun dia ordenar y santificar el universo?

EL MISMO.

Uso de la Religion en la desgracia.

LOS principios religiosos son los únicos que dan confianza y seguridad en tiempos calamitosos. Con ellos bien podemos hacer frente á los mas acerbos infortunios. Apoyados en ellos, no solo nos es posible, sino facil atravesar las borrascas que nos amenazan en el piélago de la vida.

Consideremos qué poderosa virtud encierra en sí, contra toda índole de desgracia, la primera y la mas sencilla de las verdades que la Religion nos enseña. «Hai un Dios: un ser poderoso y sabio, que creó el mundo de la nada, y que continúa gobernándolo y sosteniéndolo: un ser á cuya bondad deben todas las cosas su existencia; un ser cuya sabiduria dirige todos los sucesos humanos á los fines que ella misma se propone.» En el momento en que esta idea consoladora penetra en el alma del desventurado, del pobre, del dolorido, ó ha renunciado al uso de su entendimiento, ó dirá en lo in-

terior de su alma. «Dios lo quiere y sabe lo que hace; no hai mal que pueda sobrevenirme, si su voluntad no lo consiente. Es imposible que un ser tan sabio se engañe en sus disposiciones, y se deleite en hacerme infeliz. Si me ha negado riquezas, salud, tranquilidad de espíritu, será porque ha previsto el abuso que yo haria de aquellos bienes. Si me aflige con privaciones, con enfermedades, con la pérdida de los objetos de mi cariño, ¿puedo yo asegurar que no son estos aparentes infortunios, otros tantos bienes disfrazados, cuya tendencia se oculta á mis limitados alcances? ¿no pueden ser estas calamidades otros tantos testimonios de su amor, por medio de los cuales se propone apartar mi alma de los bienes perecederos de este mundo, y fijar su anhelo en otro mundo donde se me reservan delicias que no perecen?» Estos pensamientos abren una nueva perspectiva de esperanza y consuelo á los desgraciados, y como la persuacion de que hai una Providencia los reconcilia con los males que padecen, el aspecto de la vida futura les da bastante fuerza para despreciarlos, como pequeñeces cuya importancia se disipa en comparacion de las venturas sin término que en otra existencia nos aguardan.

Las cosas no son grandes ni pequeñas, sino comparadas con otras. El que limita

sus miradas al estrecho círculo de este mundo, y no ajusta mas cuenta de males y bienes que los que le están destinados aquí abajo, bien puede en el término de su carrera exclamar con un patriarca de los tiempos bíblicos : « pocos y malos han sido los dias de mi peregrinacion. » Pero levante sus ojos al cielo, y contemple la inmortalidad de la vida futura, y su llanto se enjugará para siempre.

Estos son los socorros que la Religion nos ofrece, para acomodar nuestro espíritu á las vicisitudes de la vida. Por desgracia, como los remedios heroicos, solo se usan en las ocasiones peligrosas y graves, y vivimos desprevenidos contra los obstáculos y penalidades diarias, las cuales, sin embargo, forman una serie casi continua de molestias y aflicciones. Como las ligeras dolencias del cuerpo, estas desazones frecuentes no nos parecen dignas de una atencion especial, y para su cura, nos abandonamos al tiempo, y nos fiamos de las fuerzas naturales. Deberiamos considerar que las constituciones mas robustas, se debilitan por la negligencia, y la confianza imprudente, y que así como las precauciones sanitarias contribuyen á conservar la salud, y á darnos resistencia en las enfermedades, así los hábitos de paciencia y resignacion en los males pequeños, nos dispo-

nen á recibir con serenidad aquellos grandes dolores que sumerjen el corazon desahogado, en un abismo de amargura y desesperacion.

STERNE.

LA PALABRA DIVINA.

DIOS nos manda no solo honrar su santo nombre, sino tambien su santa palabra. Por la santa palabra de Dios, entendemos el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Los libros del Antiguo Testamento empiezan con una narracion de la primera edad del mundo, hasta donde no alcanza ningun recuerdo de la historia profana, aunque algunos de ellos la confirman. La Mitologia pagana está fundada en restos y fragmentos de la Historia Sagrada, y no pocos sucesos de los que refiere la Santa Escritura, se encuentran, aunque desfigurados, en los autores griegos. En cuanto á la verdad del diluvio, toda la superficie de la tierra, es un testimonio de su exactitud.

En la historia de los patriarcas se descubre una hermosa pintura de la sencillez primitiva. Allí vemos la naturaleza en su desnudez original, privada del realce que despues le han dado los progresos del saber: pero eminentemente revestida de un caracter religioso. Todo esto comunica á la biografia de aquellos eminentes personajes, un aspecto admirable de grandeza y elevacion.

A la historia patriarcal sigue la de los Judios. Aquí tenemos los principales sucesos de aquella nacion singular, gobernada directamente por Dios, y destinada á conservar y esparcir el conocimiento del verdadero Dios, al traves de los siglos de ignorancia que precedieron á Cristo. Ella nos manifiesta así mismo las imájenes y representaciones, que el Apóstol llama sombras de las buenas cosas venideras.

A estos libros, que contienen la historia y la legislacion de los Judios, suceden los escritos proféticos. Como se acercaba el tiempo de la realizacion de las promesas, era preciso que se hiciésen patentes los anuncios de su proximidad. El reino del Mesias, oscuramente indicado en las ceremonias de la lei antigua, se descubria en las profecias de un modo mas claro, y en language mas intelijible. La venida del Mesias, su ministerio, su vida, sus ac-

ciones, su muerte y su resurreccion, están bien delineadas en aquellos admirables escritos.

Se han añadido á ellos otros de un caracter poético y moral, que suministran mucha y mui sólida instruccion, y asunto de graves meditaciones á las almas devotas.

El Nuevo Testamento contiene, en primer lugar, la historia de Jesu Cristo, consignada en los cuatro Evangelios. Tambien se leen en ellos las excelentes instrucciones que el Salvador daba de cuando en cuando á sus discipulos, uniendo siempre el mandato con el ejemplo.

En seguida hallamos la relacion de la vida y acciones de algunos de los principales Apóstoles, juntamente con el cuadro del estado primitivo de la Iglesia Cristiana.

Las Epistolas de algunos de los Apóstoles, y especialmente las de San Pablo, forman otra parte mui importante de la Sagrada Escritura. El Salvador habia prometido dotar á sus discípulos de un poder de lo alto, para completar la gran obra de la promulgacion del Evangelio; y las Epistolas son las que realizan este santo designio. Alli se desplazan y desarrollan las verdades y doctrinas de la Religion Cristiana, ya que se habia consumado el plan de la redencion, por la pasion y muerte del Redentor.

Termina el sagrado volúmen con las revelaciones de San Juan, las cuales se cree que contienen la descripción profética del estado futuro de la Iglesia. Algunas de estas profecías, según opinión de varones doctos, están ya realizadas.

Tal es el inagotable tesoro de verdadera y sólida sabiduría que Dios se ha dignado abrir á los hombres, para que sepan como han de servirlo en esta vida, y lo que deben esperar ó temer en la futura. Toda la Religión, toda la ciencia de que el hombre necesita en la vida presente, consiste en el conocimiento del verdadero Dios y de Jesu Cristo, enviado por él para salvarnos. ¿Y en qué manantial iremos á buscar este conocimiento, sino en los Libros Santos? «¿Quién ha conocido los designios de Dios, ó quien ha entrado en él arcano de sus consejos? ¿Quién ha penetrado en la profundidad de los tesoros de su saber?» Solo aquellos «á quienes Dios ha querido descubrir las riquezas de la gloria de aquel doble misterio.» Solo los Evangelistas y los Apóstoles pueden decir: «hemos recibido el espíritu de Dios: conocemos los sentimientos de Jesucristo.» Sabemos que este don fué concedido á San Pablo en grado eminente. El mismo decia que no sabia mas que Jesucristo, y Jesucristo crucificado: todo lo demás le pare-

ce nada, comparado con aquel alto y sublime conocimiento. Muchas veces declara en sus Epístolas que «su vocacion es anunciar y descubrir á todos los hombres las riquezas incomprensibles del misterio de Jesucristo, del cual ha recibido una inteligencia particular, y manifestar cuan admirable es la economia de este misterio oculto en Dios, antes de todos los siglos.»

Hablemos ahora del lenguaje y del estilo de la Biblia, y guardemonos de confundirlos con el mérito literario de las obras profanas, y de buscar en la expresion de la palabra divina la satisfaccion de un placer vano. El fin que Dios se ha propuesto, cuando se ha dignado hablar á los hombres, no ha sido alimentar su orgullo ni su curiosidad; ni hacerlos buenos oradores y poetas. Su designio en los Libros Sagrados no ha sido complacer la imaginacion, ni enseñar el arte de seducir por medio de la palabra: sino purificarnos y convertirnos; apartarnos del mundo exterior, al que nos llaman sin cesar los sentidos, y concentrarnos en la rejion de la conciencia, que es donde la gracia nos alumbra y nos instruye.

Es cierto que la sabiduria divina todo lo hace bien, y que de ella dependen y ella misma suministra todas las perfecciones que los hombres admiran, aun poniendo apar-

te toda idea de religion y de piedad. La palabra de Dios es elocuente, y ¿cómo podría dejar de serlo, cuando ella es la que abre la boca de los mudos? «¿Quién ha hecho la boca del hombre?» dice el mismo Dios á Moises, cuando temia este no llegar á poseer el don de la palabra.» ¿Quién ha formado al mudo y al sordo, al que ve y al que está ciego? ¿No soi yo?»

Pero esta sabiduria divina, para hacerse mas inteligible á los hombres, ha querido humillarse hasta emplear nuestras mismas formas de locucion, y como su palabra era para todos, adaptarse al nivel de los entendimientos mas limitados: y de aquí viene que el caracter dominante del estilo de la Escritura es la sencillez.

Este caracter se hace mas notable en los libros del Nuevo Testamento, por una razon sublime, que nos ha explicado San Pablo. Desde luego, el designio del Criador habia sido atraer los hombres á su conocimiento, por el uso de su razon, y por la consideracion de la sabiduría eterna, ostentada en sus obras. En este primer plan, todo era grande y magnífico; todo correspondia á la majestad del que hablaba, y á la mejora de aquel con quien hablaba. El pecado ha trastornado este órden, y de sus resultas, Dios quiso adoptar otro plan opuesto al primero. «Dios, viendo que el

mundo, con la sabiduría humana, no lo habia conocido en las obras de la sabiduría divina, quiso salvar por la locura de la predicacion, á los que creyesen en él.» ¿Qué significan estas estrañas voces: locura de la predicacion? Quieren decir: esta locura consiste en la sencillez de la palabra y de la doctrina del Evangetio. Dios ha querido desacreditar la elocuencia, la vanidad de la ciencia y del espíritu de los filósofos; hacer despreciables el fasto y la hinchazon del orgullo humano; y para esto, dispuso que los Libros Santos, destinados á convertir á los hombres, estuviesen escritos en un estilo diferente del que empleaban los paganos. Todo el esmero de estos se empleaba en dar realce á las ideas, por medio de las galas y de los artificios de la locucion: los autores sagrados no hacen ostentacion de su ingenio y de su elegancia, para no privar á la cruz de Jesucristo del honor de convertir al mundo: para que no se creyese que habian contribuido á esta gran obra los mezquinos recursos de que echa mano el amor propio de los hombres.

Si apesar de esta sencillez, que es el verdadero carácter de las Escrituras, encontramos en ellas tantos pasajes elocuentes y poéticos, debemos considerar que estas excelencias no provienen de la afectacion ni del estudio, sino del fondo del asun-

to y de los pensamientos, cuya grandeza es tal, que envuelve en sí la magnificencia del estilo.

¿Qué escritor profano habria empezado á tratar de las maravillas de la creacion como lo hace Moises? «En el principio Dios creó el cielo y la tierra» ¡Qué majestad en este anuncio! y al mismo tiempo ¡qué sencillez! Al oir estas palabras tan terminantes y tan desnudas, parece que Dios mismo nos refiere sus obras, y que por lo mismo que le es tan fácil consumarlas, emplea este lenguaje indiferente y simple.

Los profetas, cuyo objeto era excitar nuestra admiracion á las maravillas del poder divino, hablan de ellas de mui diverso modo. «El Señor toma posesion de su imperio, dice uno de ellos; se ha revestido de su gloria. El Señor se ha revestido de su fuerza; él se ha armado de su poder.» El santo Rei, trasportado en espíritu al oríjen del mundo, pinta en términos magníficos, como Dios, que hasta entonces habia permanecido oculto en el secreto impenetrable de su ser, se manifiesta de repente por una muchedumbre de maravillas. «El Señor, dice, sale en fin de su soledad, no quiere ser el solo dicho-so, el solo justo, el solo santo. Quiere reinar por su bondad y por su munificencia. Pero ¿de qué gloria está revestido es-

te rei inmortal! ¡Qué riquezas acaba de ostentar á nuestros ojos! ¿De qué manantial salen tantas luces y tanta hermosura? ¿Donde estaban ocultos esos tesoros y esa rica pompa, que salen del seno de las tinieblas? ¿Cuál será la magestad misma del Criador, cuando nos imprime tanto respeto la que lo rodea? ¿Qué será él, cuando sus obras son tan magníficas?»

El mismo profeta en otro salmo, saliendo de una profunda meditacion sobre las obras de Dios, y penetrado de amor y de reconocimiento, se incita á sí mismo á bendecir y alabar la magestad y la bondad infinitas, cuyas maravillas lo asombran, y cuyos beneficios lo llenan de confusion. «Alma mia, exclama, bendice al Señor. Señor Dios mio, tú ostentas excelentemente tu grandeza; tú te has revestido de honor y gloria; tú te has cubierto de luz como de un manto.»

No será inútil comparar la sencillez del historiador con la sublime grandilocuencia de los profetas. Hablan de los mismos objetos, pero considerados bajo diferentes puntos de vista. Asi lo hacen cuando tratan de las diversas circunstancias de la creacion. Citaré algunos pasages de este género para que sirvan de estudio á los jóvenes.

«Dios, dice Moises, hizo dos grandes

luminares : el luminar mayor , para que presidiese al dia ; el luminar menor, para que presidiese á la noche . Tambien hizo las estrellas.» Solo á Dios toca hablar con tanta indiferencia de una obra tan asombrosa: «y las estrellas:» este modo de hablar manifiesta que no le costó trabajo sacarlas de la nada. Pero ¿quién puede penetrar la vasta estension de aquella palabra? ¿No consideramos que las estrellas son innumerables, infinitamente mayores que la tierra, y dotadas de manantiales inagotables de luz?

Oigamos ahora como se habla del sol en otro libro de la Escritura.» El sol es un vaso admirable, obra del Excelso. El quema la tierra en el mediodia. ¿Quién puede soportar el exceso de su ardor? Conserva un hogar de fuego siempre vivo. Quema las montañas con triple llama; lanza rayos de fuego, y la refuljencia de sus rayos deslumbra los ojos. El Señor que lo ha hecho, es grande, y el astro apresura su curso para obedecerle.»

Véase como habla el escritor sagrado de la creacion de la mar: «Dios dijo: reunanse en un solo lugar las aguas que están debajo del cielo, y aparezca el elemento árido.» Si los profetas no nos ayudasen á descubrir las maravillas ocultas bajo la superficie de estas palabras, su profundidad seria para nosotros mas impenetrable que

la del oceano mismo. Este mandato tan sencillo, y expresado con tanta naturalidad, es una amenaza terrible: un trueno, segun el Profeta: «Las aguas, dice David, habian sobrepujado los montes: pero las ha hecho huir tu voz amenazante. Al ruido de tu trueno, se han retirado con apresuramiento y con espanto.» Aquí vemos que las aguas, en lugar de manar tranquilamente, se agolpan, se amontonan unas sobre otras, como si debieran evacuar el espacio que habian usurpado en cierto modo al dominio del Eterno. En esta obediencia tumultuosa, cuando parecia que las aguas en el desórden de su crecimiento debian esparcir por su tránsito la asolacion y la ruina, una mano invisible las gobierna, como podria hacer una madre con el hijo tierno que lleva en sus brazos. «¿Quién puso diques al mar, cuando salia del seno en que habia sido contenido; cuando lo cubrí de una nube como de un ropaje, y lo rodeé de vapores, como de los paños de la infancia; cuando le dí órdenes, y le puse barreras y puertas, y le dije: hasta aquí vendras, y no iras mas lejos, y aquí romperas tus hinchadas olas?»

Sabido es que los autores mas excelentes griegos y latinos, pierden casi todo su mérito en la traduccion literal: porque la expresion constituye una gran parte de

su acierto. Como la elocuencia de los Libros Santos consiste mucho mas en los pensamientos que en las voces, vemos que subsiste y se deja conocer en las versiones menos artificiosas y mas sencillas y literales. Abrase por cualquier parte la Escritura, y comprobaremos esta verdad. «¡Ai de vosotros que juntaís casa á casa, y campo á campo, hasta que os falte lugar! Por ventura, ¿sois vosotros solos los que habitais la tierra? En mis oídos está la voz del Señor de los ejércitos: esta muchedumbre de casas grandes y hermosas, quedarán desiertas, y no habrá quien en ellas more.» La elocuencia profana no ha producido nada comparable á la aspereza de la reconvencion que el Profeta dirige aquí á los ricos de su tiempo, quienes perdiendo de vista la lei de Dios, en la cual se señalaba á cada individuo una porcion de la tierra prometida, con prohibicion de enajenarla, encerraban en sus vastas posesiones la viña, el sembrado y la casa de los que tenian la desgracia de ser sus vecinos. Pero la reflexion que añade el Profeta, no es menos notable, por mui sencilla que á primera vista parezca. «La voz del Señor de los ejércitos está en mis oídos:» es decir: mientras que nadie atiende mas que á los deleites; mientras que nadie escucha la lei de Dios, yo estoi oyendo el zumbido de su trueno, que va á lanzarse con-

tra la ambicion y la codicia. Dios hace sonar en mis oidos una continua amenaza contra aquellas temerarias empresas.

GILPIN Y ROLLIN

INMUTABILIDAD DE DIOS.

LAMAD á la memoria las victorias, los asedios, los tratados gloriosos, la magnificencia, los grandes sucesos de los primeros años del reinado presente. Recientes están todavía; muchos de los que me oyen, no solo las presenciaron, sino que tuvieron parte en su gloria y en sus peligros. ¿Qué ha sido todo aquello sino un sueño, un relámpago que ha desaparecido, y que cada dia se disipa mas y mas de nuestros recuerdos? ¿Qué será pues ese pequeño trozo de camino que nos queda por recorrer? ¿Nos figuramos por ventura que los dias del porvenir han de tener mas realidad que los pasados? Los años parecen largos cuando están lejos: cuando se acercan, los vemos pasar y desvanecerse y huir en instantes; y apenas volvemos

la cabeza, cuando nos hallamos, como si fuera obra de hechizo, en el término fatal que creíamos tan remoto, ó que mas bien no creíamos que llegase jamas. Comparad el mundo que habeis visto en vuestros primeros años, con el que hoy estais viendo. La corte del dia no es la que visteis entonces; otros personajes distintos de aquellos han subido á la escena; los papeles importantes están desempeñados por otros actores; los elogios y la censura se tributan ahora á nuevas intrigas, á nuevas pasiones, á nuevos heroes en la virtud y en el vicio; un nuevo mundo se ha levantado insensiblemente, y casi sin que lo hayais percibido, en las ruinas del mundo en que abristeis los ojos.

Todo pasa con vosotros y como vosotros. Una rapidez que ninguna fuerza humana puede detener, arrastra todo lo que existe hácia el abismo de la eternidad. Nuestros abuelos nos precedieron en este camino; nosotros precedemos á las generaciones futuras. Los siglos se renuevan; el aspecto del mundo cambia sin cesar; los muertos y los vivos se reemplazan y se suceden continuamente; nada se perpetua; todo cambia, todo se gasta, todo se extingue. Solo Dios es siempre el mismo; el torrente de las edades, que envuelve todo en su carrera, mana delante de sus ojos. El ve con indignacion

á los débiles mortales, arrebatados por aquel rápido curso, insultarlo de paso, constituir en aquel instante fugitivo toda su ventura, y caer despues en las manos de su cólera y de su venganza.

MASSILLON.

La Beneficencia prescrita en el Evangelio.

A obligacion de socorrer al pobre, es quizás la que con mas frecuencia nos inculcan los libros de la Sagrada Escritura. La descripcion que el Salvador nos ha dejado de lo que ha de suceder el último dia, fija de un modo harto positivo el deber de dar alivio al que padece. «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y con él todos los santos ángeles, entonces se sentará en el trono de su gloria, y ante él se congregarán todas las naciones, y él separará los hombres unos de otros. Entonces dirá á los que estén á su mano derecha; venid, benditos de mi Padre, he-

redad el reino preparado para vosotros, desde el principio de los siglos; porque yo estaba hambriento, y me disteis de comer; estaba sediento, y me disteis de beber; era extraño á vosotros, y me disteis albergue; estaba desnudo, y me vestisteis; estaba enfermo, y me visitasteis; estaba preso, y vinisteis á mí.» No es necesario entender este pasage como una relacion exacta de lo que ha de ocurrir aquel dia; es mas bien una indicacion de las reglas que han de dirigir las sentencias del Juez Supremo, cuando distribuya las penas y las recompensas de la Eternidad; es una manifestacion de la importancia que tienen á sus ojos aquellas virtudes. Los Apóstoles las describen tambien como medios de obtener el favor divino en eminente grado, y estas recomendaciones han producido su efecto. Y en verdad, no vemos que antes de los tiempos del Cristianismo hubiese en el mundo hospitales, hospicios y otros establecimientos de esta clase. Ademas de esto, vemos que en las naciones cristianas prevalece un gran espíritu de liberalidad para con los necesitados, aun en medio de la decadencia de otras virtudes.

PALEY.

Necesidad de principios religiosos en la niñez.

INMEDIATAMENTE que el hombre es capaz de reflexion, percibe la diferencia del bien y del mal en las acciones humanas. Observa que no todos los que nacen con las mismas ventajas de cuna, hacienda y dotes naturales, llegan en el curso de la vida al mismo grado de prosperidad y buena opinion. Unos consiguen por medio de una conducta prudente y moral, el respeto y la confianza de sus semejantes, y pasan una vida tranquila, en medio del aprecio de los hombres. Otros, con los mismos principios favorables, abandonándose al torrente de los vicios, y rompiendo las barreras que las leyes divinas y humanas oponen al desenfreno de nuestros apetitos, decaen de la altura en que nacieron, y se precipitan en un abismo de miseria, abandono y deshonra. No hai escusa pues para el jóven que por sí mismo no aprende esta

máxima importante, á saber: que la felicidad y la desventura, el honor y la infamia, no dependen de la situacion en que el hombre nace, ni de las circunstancias ajenas de su voluntad que le rodean: sino del papel que represente en el teatro del mundo; del partido que tome en la gran cuestion de la observancia ó desprecio de las obligaciones morales. Ahora bien, cuando el jóven va á iniciarse en esa carrera de vicisitudes y peligros que se llama vida humana ¿puede haber cosa mas importante y mas necesaria á su bienestar, que el arreglo meditado de un plan de conducta que lo lleve á tan satisfactorio resultado? Si en lugar de ejercer nuestra inteligencia en la resolucion de una cuestion de tanto momento, nos entregamos al impulso de las sensaciones, y nos adormecemos en el ocio, en el abandono y en los deleites; si no escuchamos otros consejos que los de nuestras propensiones, ni nos ponemos en movimiento sino cuando las seducciones del placer nos incitan; si nos ponemos á merced de la corriente de las impresiones, dóciles al movimiento que nos impriman, ¿qué podemos aguardar de tan culpable aturdimiento sino ruina, pobreza, ignominia, y toda clase de calamidades? ¿No vemos á cada instante las consecuencias de esta conducta en los otros? ¿Pues qué razon hai para que nos preservemos noso-

tros de las mismas, si obramos como ellos han obrado? ¿Seremos nosotros tan privilegiados que podamos arrostrar los mismos peligros, sin padecer los mismos males? ¿Serán la felicidad y la buena reputacion plantas que nazcan espontaneamente para que nosotros las cojamos, mientras que los otros hombres no las consiguen sino á fuerza de esmero, cultivo, vigilancia y estudio? no nos alucinemos con tan arrogante presuncion. La Providencia no cambiará sus leyes eternas por darnos gusto. Ella ha querido que cierta serie de acciones vaya siempre acompañada de cierta serie de consecuencias; que los principios religiosos amolden el alma, si en esta se han de abrigar los sentimientos que nos aseguran nuestra propia estima y la de nuestros semejantes. No hai pues mas que un camino para llegar á este término tan apetecido por todos los seres humanos; y este camino es la Religion.

BLAIR.

EXTRACTOS MORALES.

*V*entajas de la buena educacion.

CONSIDERO al alma, cuando la educacion no la amolda, como el mármol en la cantera, que no descubre ninguno de los primores que encierra, hasta que el trabajo del artífice le da lustre, y descubre las venas y matices que dispuso en él la naturaleza. Del mismo modo, la educacion, cuando se aplica á un entendimiento sano, y á un temple bien dispuesto, saca á luz todas las prendas que lo adornan, y las lleva á la perfeccion. Aristóteles dice que la estatua existe oculta en la roca, y que lo único que hace el escultor es despojarla de la materia superflua, y de todo lo que le impide ofrecerse á

nuestros ojos en su forma verdadera. Lo que hace el escultor con la piedra, hace la educacion con el alma. El santo, el filósofo, el heroe, el sabio, el virtuoso, el gran hombre, se ocultan muchas veces en esa muchedumbre de hombres inútiles y vulgares, que pasan por la escena de la vida, sin dejar el menor rastro de su existencia. Prueba de esta verdad es lo que los viajeros nos cuentan de las naciones salvajes, en las cuales se notan los principios de grandes y nobles cualidades; pero, por falta de buena educacion, su valor dejenera en ferocidad, su constancia en obstinacion, su prudencia en astucia, su paciencia en desesperacion.

Las pasiones obran diversamente en los hombres, segun que es mas ó menos enérjico en ellos el imperio de la razon. Cuando oimos decir que un negro se ahorca de un árbol, porque su amo se ha muerto, como muchas veces ha sucedido ¿cómo no admiraremos esta prueba de fidelidad, aunque expresada de un modo tan horrible? ¿Qué partido no podria sacar una buena educacion de aquella atroz magnanimidad?

Luego es un beneficio inefable haber nacido donde florecen el saber y la instruccion; aunque es preciso confesar, no sin rubor, que en esas mismas rejiones

privilegiadas, existen millares de criaturas humanas, apenas superiores en cultura mental á los pueblos mas apartados y embrutecidos.

Observemos tambien la diferencia que resulta de los diversos grados de perfeccion, á que llega la educacion que los hombres reciben: porque, volviendo á nuestro primer símil, el pedazo de mármol puede estar simplemente bosquejado por el cincel; puede empezar á descubrir facciones y posturas naturales y bellas; puede representar una estatua acabada y de buenas proporciones, aunque mui raras veces saldrá de su seno una obra tan perfecta, que nada tendria que añadirle el cincel de Fidias ó el de Praxisteles.

SPECTATOR.

INMORTALIDAD DEL ALMA.

 doloroso pensar en esos hombres que no vacilan en rebajarse hasta creerse productos de un acaso ciego, y que se reusan á reconocer en las facultades excelsas de que gozan, un bosquejo, aun-

que débil, de la inteligencia soberana. En lugar de aplicar su razon á la investigacion y esclarecimiento de verdades que nos consuelen, ó de esperanzas verosimiles que recreen y engrandezcan la imaginacion, se empeñan en combatir las y embarazar con dificiles sutilezas las instrucciones que pueden fortificar las inclinaciones mas vehementes del alma. Se materializan, digamoslo así, con toda intencion, en lugar de levantarse, como podrian hacerlo, con las fuerzas de su espíritu, y arrebatarnos tras sí por los senderos de la ventura. No quieren que haya eternidad sino para el polvo de donde creen que sacan su origen: se la niegan á la parte mas noble de su ser, al pensamiento de que se sirven y con que se envanecen.

¿Qué honor puede resultar al hombre de la superioridad que en sí reconoce, si esta superioridad no tiene otro principio que el mismo en virtud del cual crecen las plantas? ¿En dónde está nuestro orgullo, si nuestras facultades espirituales, lejos de perderse, en cierto modo, en la inteligencia infinita, lejos de unirse á un principio grande y elevado, se identifican con esa deleznable estructura, flaca y vacilante, cuya duracion depende del accidente mas trivial? ¿Qué dignidad puede haber en aquellas facultades, si solo deben servir-

nos para recorrer el círculo imperceptible de la vida; si solo podemos valernos de ellas para levantarnos sobre el nivel de nuestros iguales, durante esta existencia precaria que va á disiparse en la extension de los siglos, como un ligero vapor en la inmensidad del espacio? Ah! ¿Para qué hablamos de grandeza, de triunfo, de fama, y de porvenir, si renunciamos voluntariamente á lo mas noble, á lo mas digno, á lo mas elevado que hai en nosotros! Queremos participar del buen nombre de nuestro pais, de la opinion de nuestra familia; y la única gloria que apartamos de nosotros es la de la humanidad entera, la que pertenece á la sublimidad de nuestro oríjen!

NECKER.

Los remordimientos y la conciencia.

 A conciencia suministra una prueba irrefragable de la inmortalidad del alma. Cada hombre tiene dentro de su co-

razon un tribunal, en que empieza juzgándose á sí mismo, en tanto que el árbitro soberano confirme la sentencia. Si el vicio no es mas que una consecuencia física de nuestra organizacion ¿de dónde viene el espanto que turba los dias de una prosperidad culpable? ¿Por qué es tan terrible el remordimiento, que muchos hombres prefieren la miseria á la adquisicion de bienes ilegítimos? ¿Por qué hai voz en la sangre, y reconvenciones en las piedras? El tigre devora su presa, y se duerme; el hombre mata á su semejante y vela. Busca los lugares solitarios, y la soledad lo espanta. Su mirada está inquieta y turbada; no se atreve á fijar la vista en las paredes donde resuenan los gritos del festin, temeroso de leer en ellas palabras que lo condenen. Parece que sus sentidos se perfeccionan solo para atormentarlo; en medio de la noche distingue resplandores portentosos; el olor de la muerte lo circunda; hasta en los manjares que prepara, él mismo descubre el sabor del veneno; en el mas profundo silencio llegan á su oido sonos lúgubres y dolientes, y cuando se echa en los brazos de un amigo, le parece tentar bajo su ropa un puñal oculto.

CHATEAUBRIAND.

La verdadera y la falsa filantropia.

DOS modos hai de entregarse á los hombres. El primero es cuando uno procura inspirarles amor, no para que lo adoren como á un ídolo: sino para emplear su confianza en hacerlos felices. Esta filantropia puede llamarse divina. El otro modo es una especie de moneda falsa, pues consiste en entregarse á los hombres para agradarles, para deslumbrarlos, para usurpar por medio de la lisonja, una autoridad que los someta. Esto último no es amar á los hombres, sino amarse uno á sí mismo. El que así obra no tiene mas resorte que el interes ó la vanidad. Finje que ama á los hombres, para que en cambio de este fingido amor, ellos le den toda su confianza y toda su obediencia. Esta falsa filantropia hace el oficio de pescador, que echa el anzuelo con cebo, no para dar de comer á los peces, sino para matarlos. Todos los tiranos, todos los poderosos, todos los hombres públicos que tienen ambicion, pare-

cen benéficos y generosos. Lo que quieren es apoderarse de los pueblos, y para esto se presentan á sus ojos como hombres consagrados á la felicidad pública, y al bien general. Hacen su pesca en los convites, en las tertulias, en las reuniones públicas, donde ponen en ejercicio su espíritu adulador, flexible, artificioso, con el cual corrompen las costumbres y avasallan á aquellos de quienes necesitan. Son francos y sociales, no por afecto á sus semejantes, sino para abusar del género humano. Cuando se corrompe lo que es perfecto, resulta el mas pernicioso de todos los males. Estos hombres son la peste de la sociedad. El amor propio de un misántropo no es mas que áspero, y no hace mas daño que ser inútil: pero el de estos falsos filántropos es traidor y tiránico. Prometen virtudes á la sociedad, y lo que hacen es traficar con ella. El misántropo da miedo y hace menos daño. Una serpiente que se oculta entre las flores, es mas temible que la fiera que huye á su guarida cuando se encuentra con el hombre.

FENELON.

LA AMBICION.

LA ambicion señala á los hombres á quienes aturde, como término de sus esfuerzos, un estado floreciente, en que nada tendran que apetecer; en que todos sus deseos estarán colmados; en que se anegarán en el placer que mas los lisonjea y que mas vivamente los afecta, á saber: el de dominar, el de regir á los otros; el de ser el árbitro de los negocios y el dispensador de las gracias; el de brillar en un puesto eminente; el de recibir el incienso y las genuflexiones del público; el de hacerse temible y respetado.

Todo esto, reunido en un punto de vista, le traza la mas grata de las perspectivas y figura á su fantasia el objeto mas caro al anhelo de su corazon: pero no es mas que una idea sin consistencia, y la realidad es que, antes de llegar al término apetecido, hai que transitar por un sendero lleno de espinas y dificultades. Pero ¡qué espinas y qué dificultades! Antes de llegar á ese punto en que la am-

bicion descubre tanto goce y tanta holguera, es indispensable adoptar una línea de conducta incómoda, enojosa, opuesta al bienestar diario, á los hábitos y á las inclinaciones; consumirse en cálculos y reflexiones; amontonar pensamientos sobre pensamientos, designios sobre designios; contar las palabras y medir los movimientos; tener la atención perpetuamente fija ya en sí mismo, ya en los otros. Para satisfacer una sola pasión, el ambicioso se espone á ser víctima de todas las pasiones: porque ¿hai una sola en nosotros que la ambición no suscite contra nosotros?

¿No es ella, en efecto, la que, segun las diversas coyunturas y sentimientos que la impulsan, ya nos agria con el mas amargo despecho, ya nos emponzoña con el odio mas irreconciliable; unas veces nos inflama en la mas violenta cólera, y otras nos sumerge en la mas profunda tristeza; ora nos consume con la mas negra melancolia; ora nos devora con la envidia mas roedora, condenandonos, en todo caso á una especie de infierno, en que mil verdugos interiores y domésticos nos destrozán? ¿Y por qué es esto? Porque para llegar á la cúspide á que aspiramos; para penetrar por los grandes obstáculos que nos cierran el camino, es preciso aceptar la guerra propuesta por los competidores,

cuyas pretensiones son iguales á las nuestras; cuyas miradas acechan y descubren todas nuestras arterías; cuyas operaciones turban nuestros planes, y nos detienen en medio de nuestra jornada. Es imposible seguir adelante sin combatir un influjo con otro influjo; sin alzar un protector contra otro protector, y todo esto requiere diligencias enojosas, disgustos sin número, enajenarse uno de sí mismo, y vivir en perpetuo tumulto y en interminable confusion. Antes de conseguir el objeto deseado, al cual nunca se llega de golpe, nos aguardan eternas dilaciones, capaces, no solo de poner á prueba, sino de agotar la paciencia. Pasan años y años en las oscilaciones de la incertidumbre, balanceándose el hombre entre la esperanza y el temor, y muchas veces, tras imponderables sacrificios, pasa el ambicioso por la afrenta de ver abortados sus designios, sacando por galardón de tanto tiempo perdido, la rabia en el corazón, y la vergüenza en el rostro.

Digo mas: el logro de todas aquellas gigantescas esperanzas, dado que se consigan, lejos de poner limites á la ambición, y de apagar su fuego, no hace mas que atizarlo, y comunicarle mas vigor; porque, subido un escalon, otro se presenta, y es preciso subirlo, y no se descubre aquel donde ha de fijarse definitivamente

la planta. Entonces es cuando todo se desea, y de nada se goza; entonces es cuando se abre delante de la imaginacion una sucesion perpetua de miras, de deseos, de empresas, y, por una consecuencia forzosa, de tormentos infinitos.

BOURDALOUE.

LAS MALAS COMPAÑÍAS.

«  A mala comunicacion, dice el Sabio, corrompe las costumbres.» Esta proposicion es general: mas puede aplicarse especialmente á la niñez, tan desnuda de experiencia, tan apta á recibir impresiones.

Antes de considerar los peligros de las malas compañías, veamos lo que se entiende por estas palabras. En la frase comun, lo contrario de las malas compañías es la de la jente de clase; la que brilla por su lujo, por su delicadeza, por su urbanidad: la que impone la lei en el imperio de la moda. Yo quisiera que se entendiese aquella voz en otro sentido; quisiera que el

vicio fuera detestado por si mismo , no por la calidad de la gente que lo practica; quisiera que su odiosidad resaltase apesar del brillo, de la nobleza , y de la opulencia de sus sectarios.

A tres clases pueden reducirse los malos compañeros. La primera abraza los enemigos del Cristianismo ; los que se mofan de la Revelacion ; los que blasfeman de las cosas santas, y tratan con desprecio las ideas religiosas. Incluyo en la segunda á los que propenden á destruir en nosotros los principios de integridad y honradez. Entran por último en la tercera, los hombres esclusivamente dedicados al placer, á la satisfaccion de sus apetitos, á todo lo que hace grata y deleitosa la vida humana. Ademas de estas malas compañías, hai otras que no llegan á tanto grado de perversidad, á saber: hombres superficiales, insipidos, sin ocupacion, sin principios fijos, indiferentes á lo bueno y á lo malo; hombres que disipan el tiempo en friolerías, y de los que lo mejor que puede decirse, es que no son viciosos.

El peligro de las malas compañías consiste principalmente en nuestra aptitud á la imitacion ; en la facilidad con que copiamos las costumbres y los sentimientos de los otros hombres; en el poder del hábito; en el esmero con que los malos pro-

curan que todos los que se les juntan sean tan malos como ellos. Este contagio es muy notable en la edad tierna. Los movimientos y las palabras imperfectas del niño, anuncian el caracter de las personas que lo rodean. Ya en aquella época temprana se echa de ver el germen de la buena ó de la mala educacion, y se puede casi vaticinar cuales serán las prendas ó defectos que han de predominar en lo sucesivo.

A medida que el mancebo se adelanta en la vida, su conducta, sus modales, su conversacion, todo su ser exterior se impregnan, digámoslo así, de sus impresiones habituales y diarias. La diferencia que hai entre el hijo de un campesino, y el de un habitante de la corte, salta á primera vista. Y sin embargo, la Providencia ha dado las mismas disposiciones á uno y otro. Pero han nacido en escenas de un caracter opuesto; tratan con personas de opuestos temples y costumbres; y en esto solo estriva el contraste que ofrecen.

Y así como se propagan insensiblemente los hábitos y las modales, se comunican las opiniones y las costumbres. En la niñez y en la juventud, cuando no hai bastante consistencia para pensar uno por sí mismo, adopta con facilidad los pensamientos de otros. Cuando el alma ha tomado este doblez, no es fácil extinguirlo.

Nuestra pereza natural se complace en ahorrarse el trabajo de la meditacion y del exámen, y en sacar provechó de lo que no nos cuesta nada.

El gran poder y la fuerza de la costumbre suministran otro argumento contra las malas compañías. Por mui bien dispuestos que nos hallemos en favor de las cosas buenas; por mui repugnante que nos parezca todo lo que lleva el sello del vicio, la familiaridad con las ideas viciosas, va disipando poco á poco aquellas sanas aptitudes. La costumbre suaviza todas las asperezas, y allana todas las dificultades. Esta es ciertamente una sabia disposicion de la Providencia, para facilitarnos el trabajo y la fatiga, que son la suerte del hombre en la tierra. El recluta que tiembla de espanto la primera vez que se espone al fuego del enemigo, llega á ser, despues de pocas campañas, un veterano aguerrido y valiente. El hábito lo ha familiarizado con el peligro, y ahora le es indiferente lo que antes le parecia formidable.

Pero el hábito, que se nos ha dado para nuestro bien, puede convertirse, como otros muchos de los dones que hemos recibido, en instrumento de daño y ruina. El jóven bien intencionado, que por primera vez entra en mala compañía, se horroriza de lo que ve y de lo que oye. Los

buenos principios de que está embebi-
do, le dan un grito de alarma, y le ad-
vierten el peligro enmedio del cual se ha-
lla. Pero la segunda reunion de amigos jo-
viales y festivos, suaviza en gran manera
lo horrible de la pintura. Poco á poco se
va echando de ver que la virtud es un fre-
no demasiado duro; que la prudencia es
una precaucion de almas pusilánimes; que
el decoro tiene en sí mucho de hipocresía.
De cuando en cuando la conciencia le ha-
bla al oido, y le dice: «no pensabas así
cuando eras inocente:» pero esta voz, an-
tes tan eficaz y respetada, se va convirtien-
do insensiblemente en eco imperceptible.
Al fin, el horror al vicio ha ido dejeneran-
do, por transiciones lentas, en aficion, en
apego y en necesidad.

Tambien nuestras malas inclinaciones
pueden servir de argumento contra las ma-
las compañías. Tenemos que gobernar tan-
tos apetitos y pasiones; tantas y tan diver-
sas son las propensiones sobre las cuales
debemos ejercer una esmerada yigilancia,
que en medio de tal muchedumbre de e-
nemigos interiores, importa que los de afue-
ra no los ayuden, y cooperen con ellos á
nuestra ruina. El corazon del hombre, co-
mo dice la Escritura, y lo confirma la expe-
riencia, está en perpetua guerra consigo mis-
mo. Sus inclinaciones viciosas lo llaman á

una parte; la virtud lo impulsa en sentido opuesto. Y si tal es la condicion del varon justo, como leemos en los Libros Santos; del hombre cuyas pasiones se han enfriado, cuyas meditaciones están siempre fijas en la virtud, y en los medios de perfeccion ¿cuál será la suerte del jóven, en cuyo seno dominan los ardores del apetito, y en cuya razon no hai todavia bastante consistencia y mesura para combatir enemigos poderosos, y resistir pérfidos alicientes?

GILPIN.

EL AMOR PROPIO.

STE nombre no explica bastante bien la naturaleza del sentimiento de que se trata: porque el hombre puede amarse á sí mismo de muchas y distintas maneras. Es preciso hacerse cargo de otras cualidades, para comprender esta delicada materia. En primer lugar, tengamos presente que el hombre corrompido no solo se ama á sí mismo, sino que su amor no tiene otro objeto que él mismo. Para sí solo desea

los bienes, los honores, los placeres, todo lo cual no tiene existencia á sus ojos, si no es cuando él los disfruta. El se constituye en centro de todo; quisiera dominarlo todo; quisiera que todas las criaturas solo se ocupasen en contemplarlo, en darle gusto, en cantar sus alabanzas. Esta disposicion tiránica hace á los hombres violentos, injustos, crueles, ambiciosos, aduladores, envidiosos, insolentes y turbulentos: en una palabra, encierra las semillas de todos los crímenes y de todos los desarreglos de los hombres, desde el mas ligero hasta el mas detestable. He aqui el monstruo que abrigamos en nuestro seno. Vive dentro de nosotros y nos domina absolutamente, á menos que Dios destruya su imperio, derramando otro amor en nuestro corazon. Es el principio de todas las acciones que pertenecen á la naturaleza corrompida, y lejos de mirarlo con horror, cuando amamos ó aborrecemos las cosas que estan fuera de nosotros, no las amamos ni las aborrecemos sino en cuanto son ó no son conformes á nuestras propensiones é intereses.

Pero este principio que tanto nos complace en nosotros, se mira bajo otro aspecto cuando lo descubrimos en los otros hombres. Entonces se nos presenta en su forma natural, y tanto mas lo aborrecemos

cuanto mas arraigado está en nosotros; porque el amor propio de los otros hombres se opone al nuestro. Quisieramos que todos nos amasen, nos admirasen, y se doblegasen á nuestros caprichos; que no tuviesen por única ocupacion sino complacernos y hacernos grata la vida; y no solamente no están dispuestos á darnos ese gusto, sino que se burlan de nosotros cuando lo descubrimos, y nada omiten para humillarnos, y para exigir de nosotros lo que nosotros exigimos de ellos. De este modo, la lucha entre hombre y hombre es perpétua; y si el que dijo que el estado natural de los hombres es la guerra, y que cada hombre es el enemigo nato de todos los otros, hubiera querido representar solamente los sentimientos que los hombres abrigan con respecto á sus semejantes, sin dar á este estado hostil un caracter de legitimidad y de justicia, habria dicho una cosa tan conforme á la verdad y á la experiencia, como es inicua y falsa la opinion, en el sentido que la toman sus autores.

NICOLE.

LA PRODIGALIDAD.

 S la suerte de todas las pasiones estorvar el fin á que ellas mismas se encaminan, si salen de los límites que la naturaleza les señala. El guerrero demasiado enardecido en el combate, pierde la circunspeccion necesaria para vencer; el comerciante demasiado ansioso de ganar arruina su crédito; el lógico demasiado astuto dejenera en sofista. Del mismo modo, la prodigalidad, que es hija de la vanidad, y del amor al placer, raras veces produce otra cosa que deshonor y miseria.

Si la alabanza debe ser apreciada por el mérito de los que la tributan, poca satisfaccion deben ocasionar al pródigo los elogios que solicita. ¿Quién puede celebrar á un derrochador sino el libertino, el imprudente, el que no piensa en el porvenir, el que no sabe estimar el mérito de la moderacion y de la templanza? ¿Quién puede complacerse en que otro se arruine, sino la sirena, interesada en seducirlo, ó el Cíclope ansioso por devorarlo? Todo

hombre cuya opinion tiene algun valor, sea por su saber, sea por su virtud, mira con ojos de compasion ó de desprecio (sentimientos no mui gratos al que los excita) al insensato que se deja atraer y despojar por los que hacen profesion de vivir y gozar á costa ajena. ¿Y qué papel hace en efecto en el mundo, el juguete de los intrigantes, de los jugadores y de los petardistas? el que se convierte en objeto de mofa, para los mismos que le han chupado la sustancia? el que entrega indefenso la bolsa, aturdido por el rumor de alabanzas finjidas y pérfidos aplausos? Porque tal es la popularidad, tal la reputacion que adquiere el pródigo. Aun cuando no descubra la falsedad de los elogios que se le tributan, bastariale reflexionar en el temple de sus autores, cuya sinceridad está corrompida por su interes, y cuya aprobacion miraria como un baldon todo hombre de sensatez y probidad. Estos instrumentos de la intemperancia y desórden, saben que cuando su víctima vuelva en sí, perderán ellos las ventajas que sacan de su obcecacion.

Con todo, demos por sentado que aquellas lisonjas pueden ser blandos arrullos en los oidos de una pueril vanidad; pero el tiempo vuela, y llega el caso de que aun este pequeño triunfo se desvanezca, y entonces los mismos que impulsaron al pró-

digo en el camino de su perdicion , le vuelven la espalda con desden ó le echan en cara su locura.

Ni se lisonjée el gastador con la esperanza de disfrutar goces intensos y durables. No hai ventura, no hai placer sin seguridad, y nadie puede ser feliz á la orilla de un precipicio, en que está expuesto á caer á cada instante. ¿Cómo puede ser verdadera la felicidad de un hombre, que ve acercarse la pobreza á pasos acelerados, sabiendo que cada gasto que hace apresura su ruina? ¿Y no le será tanto mas dura, tanto mas insoportable la pobreza, cuanto mayor haya sido el desenfreno de sus goces, la abundancia en que haya vivido, y el lujo de que se haya rodeado?

Es evidente que la frugalidad sirve de estímulo á toda clase de goce, y realza grandemente su mérito. Los hombres disipadores de dinero , á quienes no puede ocultarse que están labrando su perdicion, y corriendo precipitadamente á la desnudez y á la penuria , dejan traslucir, aun en medio de sus diversiones y lucimientos, síntomas nada equívocos de impaciencia y de inquietud. Unas veces arrojan el dinero con una especie de aturdimiento desesperado , como el reo que mira descaradamente el suplicio á que no puede escapar. Otras veces, en medio de su aparen-

te generosidad, reusan pagos mezquinos y economizan en pequeñeces insignificantes: porque ni tienen bastante firmeza para resistir á sus pasiones, ni bastante valor para satisfacerlas ampliamente: y así, condenan sus propias operaciones, y el remordimiento y el temor del porvenir empozoñan la copa de sus deleites.

RAMBLER.

LA AVARICIA.

L avaro guarda solo por el placer de guardar: no para satisfacer sus necesidades. Mas precioso es á sus ojos el dinero, que la salud, que la vida, que él mismo. Todos sus afectos, todas sus ideas, todas sus meditaciones se fijan exclusivamente en aquel vil pensamiento. No se cura de lo que otros digan, ni toma la menor precaucion para disfrazar á los ojos del público la indigna propension que lo tiraniza: porque tal es el distintivo de esta pasion vergonzosa, que á todos se hace manifiesta, menos al que la lleva en su corazon. Las o-

tras pasiones respetan á lo menos las apariencias, y procuran ocultarse á los ojos de la muchedumbre. Arrancales quizas su velo alguna imprudencia inevitable: pero su inclinacion general es buscar las tinieblas, y huír de la publicidad. No así la avaricia, la cual trasluce en todos los movimientos de su víctima, sin que esta eche mano de la mas trivial precaucion para disimular la fealdad que lleva escrita en sus palabras, en sus acciones, en toda su conducta, y, puede decirse, hasta en su frente.

La edad y la reflexion curan por lo comun las otras pasiones: pero la avaricia se reanima y toma nuevas fuerzas en la vejez. Mientras mas se acerca para el avaro el momento fatal en que ha de separarse del lodo inmundo que ha estado acumulando toda su vida, mas tenazmente se fijan en él las ansias de su corazon. La muerte lo llama, y él no aparta la vista de su tesoro; en él se recrean todavia sus turbias miradas; en él contempla los goces de un porvenir quimérico. Así es como la edad rejuvenece esta infame propension; con los años y las dolencias se arraiga mas y mas en el alma. Los remedios que alivian ó curan todos nuestros apetitos viciosos, no hacen mas que inflamar y nutrir el amor al dinero. Ha habido hombres que encorvados en una decrepitud capaz apenas de

sostener su estructura exánime, próxima á desmoronarse, no conservaban un vestigio de sensibilidad, una señal de vida, sino para su dinero. Este solo pensamiento podia sostener los restos de su vitalidad; él solo arrancaba sus últimos suspiros. El avaro moribundo consagra sus postreras miradas al tesoro que la muerte le arranca, sin que ella misma haya podido arrancar de su corazon la pasion que lo ha devorado.

MASSILLON.

EL POBRE Y EL RICO.

 **Q**UE es un rico en el idioma del mundo? Es un ser cuya existencia se compone de placeres, de diversiones, de goces dispendiosos y exquisitos; cuya gloria consiste en ser orgullosamente frívolo; cuyo mérito estriva en no reusar nada á sus pasiones. Es un hombre que, no reconociendo mas límites á sus deseos que los de su caudal, por lo comun pasa una existencia sembrada de excesos y escándalos.

En el orden de la Providencia, el rico

es un ángel de paz y de consuelo colocado entre Dios y los hombres, para encargarse de la recta distribucion de los bienes de la tierra; es el embajador del cielo, una especie de apóstol de la Providencia, obligado á darla á conocer á los que la desconocen, y á disculparla para con los que la acusan. Semejante al astro del dia, cuyo curso resplandeciente proclama la gloria de su autor, el rico habla de la bondad, y de la sabiduria de Dios, á todos los corazones, empleando el lenguaje de la benevolencia. Puede llegar á ser para los pueblos un objeto de terror ó de consuelo, segun se muestre avaro ó generoso, sensible ó empedernido; puede ser considerado como númen ó como monstruo.

¿Qué es un pobre á los ojos del mundo? Ah! ¿Qué colores bastaran á pintarlo? El pobre es un ser aislado, proscripto, miserable desecho de la humanidad entera; que parece, segun la Biblia, escapado de la Providencia: que se arrastra penosamente por la superficie de la tierra; en cuya frente ha impuesto la miseria una señal de vergüenza y de ignominia. El pobre es un ser vagabundo, fujitivo, separado del resto de los humanos, semejante á los lugares en que ha caido el fuego del cielo, y á los cuales no pueden acercarse los hombres si no es temblando. Si lo encontramos, nos aflige; si nos

toca, nos estremecemos. Cuando le hablamos, creemos hacerle merced. En él la humanidad ha perdido sus derechos, y el infortunio su dignidad. Aun cuando lo compadecemos y aliviamos, nos repugna. Reducido al extremo de avergonzarse de su existencia, parece que ha dejado de ser hombre solo porque es desgraciado.

En el orden de la Providencia, al contrario, el pobre es, en cierto modo, la mas interesante de sus obras, y por un secreto de su sabiduria, un elemento precioso y necesario al rico. Ella ha dispuesto que el rico sea el protector del pobre, y que este salve al otro de los peligros que la riqueza envuelve en sí, ofreciéndole el medio de convertirla en obras de caridad, con las cuales pueda comprar el cielo. De modo que el pobre, en el orden de la Providencia, es el juez que tiene en su mano la suerte de los grandes y de los ricos; el que les proporciona bendiciones ó anatemas.

En una palabra, el rico y el pobre en el orden de la Providencia, son exactamente lo contrario de las ideas que por lo comun se ligan con aquellas palabras. El rico es el ministro de la Providencia; el pobre es el objeto de su predileccion; el rico ejecuta sus órdenes; el pobre recibe de ella sus derechos, uno para dar, otro

para recibir. Y así como la Providencia confia á los Padres la educacion de las familias, á los legisladores el gobierno de la sociedad, á la Religion la direccion de los imperios, asi da riquezas á algunos hombres, para confiarles la suerte de los necesitados, y solo les ha dado bienes para distribuirlos á los que de ellos carecen, y llenar con su liberalidad el vacio abierto por la miseria entre ellos y sus hermanos.

CAMBACERES.

DEL AGRADECIMIENTO.

NO hai ejercicio mas grato al alma que el de esta virtud amable y generosa. La acompaña constantemente una satisfaccion tan viva, que considerada como obligacion, el acto de cumplirla lleva en sí su propio galardón. No es penosa y difícil, como el ejercicio de otras virtudes: sino que tal placer nos ocasiona, que aun cuando no existiera el mandato positivo que la prescribe; aunque no estuviera asegurado su premio en otra vida, un alma

jenerosa se consagraria á practicarla, solo por el deleite que de ello resulta.

Si el agradecimiento es una deuda de hombre á hombre, ¿cómo no ha de serlo tambien del hombre con respecto al Criador? El Ser Supremo no solo nos confiere los beneficios que provienen directamente de su mano, sino los que recibimos de otros hombres. Toda ventura de que gozamos, cualquiera que sea el conducto por el cual se nos comunice, es donde aquel que se llama autor de todo bien, y padre de las misericordias.

Si el agradecimiento, cuando se tributa á un ser que es nuestro igual, naturalmente produce una sensacion agradable, nos exalta en suaves arrebatos cuando la tributamos al Ser benéfico que nos ha dado todo lo que poseemos, y del cual aguardamos todo lo que nos es lícito desear.

La mayor parte de las obras de los poetas paganos eran ó himnos dirijidos á sus divinidades, ó alabanzas de sus respectivos atributos y perfecciones. Los que están familiarizados con la Literatura de los Griegos y Romanos, habrán tenido lugar de hacer frecuentemente aquella observacion. ¡Cuán de extrañar es que los poetas cristianos no hayan seguido tan buen ejemplo, especialmente cuando la idea cristiana de

la Divinidad, no es solo infinitamente mas noble y mas grande que la que pudo entrar en la mente de un pagano, sino que levanta la imaginacion á su mayor altura, y encierra en sí el gérmen de los pensamientos mas sublimes.

Plutarco habla de un pagano que cantaba un himno á Diana, en el cual la encomiaba por el deleite con que acogia los sacrificios humanos hechos en su honor. Un poeta presente y algo mejor instruido en materias filosóficas le dijo: «pues tan altas perfecciones te parecen dignas de loor, suplica á la Diosa te conceda una hija dotada de tan amables prendas.» Era imposible, en efecto, hablar de las cualidades que aquellos hombres tributaban á sus númenes, sin caer en mil contradicciones á cual mas absurdas.

Los Judios, únicos poseedores de la idea del verdadero Dios, antes del Cristianismo, dieron al mundo cristiano un ejemplo admirable, manifestando el verdadero uso que debe hacer el hombre á quien la Providencia ha concedido el don de la Poesía. Los hombres de genio que aquella nacion produjo, nos han transmitido sublimes composiciones líricas, que sobrepujan, tanto en el asunto como en la ejecucion, á todo lo que los Griegos y los Romanos nos han dejado en este género.

SPECTATOR.

Extractos históricos

Y NARRATIVOS.

La verdadera ciencia de la Historia.

CUANDO vemos desvanecerse en un instante, no solo los reyes y los emperadores, sino los grandes imperios que han hecho temblar el mundo; que los Asirios antiguos y modernos, los Medos, los Persas, los Griegos y los Romanos, se presentan sucesivamente á nuestra vista, y caen unos tras otros, este espantoso tumulto nos manifiesta que no hai nada sólido en la humanidad, y que la inconstancia y la agitacion son inherentes á todo lo que depende del hombre. Pero á fin de que este espectáculo sea mas útil y mas

agradable es preciso reflexionar no solo en la elevacion y caida de los imperios, sino tambien en las causas de sus progresos y de su decadencia: porque ese mismo Dios que ha hecho el encadenamiento del universo, y que, Omnipotente por sí mismo, ha querido, para establecer el orden, que las partes de tan gran todo dependiesen unas de otras, ha dispuesto tambien que el curso de las cosas humanas estuviese como ligado á una serie de causas y efectos: es decir, que los hombres y las naciones tuviesen cualidades proporcionadas á la elevacion en que debian ponerse, y que, excepto algunos golpes extraordinarios, en que Dios queria ostentar solo el poder de su mano, no se haya verificado jamas mudanza alguna en los sucesos de los hombres, sin que la hubiese preparado otro suceso en las épocas anteriores. Y como en todo hecho hai algo que lo predispone, algo que le da oríjen, y algo que lo lleva á su consumacion, la verdadera ciencia de la historia consiste en observar, en cada periodo, las secretas disposiciones que han precedido á los grandes trastornos, y las coyunturas importantes en que estallaron. No basta enterarse en los grandes sucesos que deciden repentinamente de la suerte de las naciones. El que aspira á entender á fondo las cosas humanas, debe tomar-

las desde mas arriba, y observar las inclinaciones, las costumbres, el caracter dominante tanto de los pueblos en jeneral, como de cada príncipe de por sí, y en fin todos los hombres extraordinarios, que, por la importancia del papel que han representado en la escena pública, han contribuido en bien ó en mal, á las mudanzas de los estados y á la fortuna de las razas humanas.

BOSSUET.

LA PERSIA PRIMITIVA.

 **TODO** lo que nos queda del mundo primitivo se reduce á fragmentos de mal interpretadas poesias, y cánones de reyes cuya autenticidad es dudosa. Los pueblos que han ejercido mas influjo en Europa, entraron en ella por Persia, pais de antigua civilizacion, y donde se encuentran todavia vestijios del culto de Zoroastro. Las naciones que habitan el Sur de las grandes montañas del Asia, han tenido siempre mas espíritu de invencion que las del Norte, y han conservado mas tenazmente sus cos-

tumbres, ya porque la fertilidad de sus provincias y la sobriedad de sus hábitos les proporcionaban mas estabilidad y reposo, ya porque no sentian ese prurito que impele las naciones á salir de sus límites. Las ruinas de la antigua capital de Persia, las que se encuentran en Egipto y en algunas regiones bañadas por el Ganjes, tienen el sello de una grandeza magestuosa, y del noble deseo de inmortalizar ciertas ideas y ciertos sucesos. Es imposible atribuir solamente á la accion del clima la elevacion de sentimientos que suponen estos monumentos sublimes: porque hoy, en los mismos paises, la aficion á lo extravagante ha ocupado el lugar de la sencillez antigua. ¿Será cierto que el hombre tenía mas verdadera grandeza cuando estaba mas cerca de su origen? ¿Pensaba mas que ahora en la eternidad, y menos en los goces de la vida?

Al occidente de Persia se encuentran los llanos fértiles que bañan el Tigris y el Eufrates cerca de su embocadura. A ellos se aplica mas especialmente la descripcion que Hipócrates hace del Asia. «Las producciones de este pais, dice, son mas robustas y mas hermosas que las nuestras: el temple del aire y las costumbres son mas suaves; los habitantes son benéficos y hospitalarios; no hai pais en el mundo, excepto Egipto, en que sean mas fecundos

los hombres y los animales; ninguno en que la raza humana sea mas hermosa y mas fuerte. Los habitantes del Asia se entregan á todos los placeres, y no por esto son débiles ni cobardes. Ciertas peculiaridades nacionales les dan una fisonomia de familia que no tienen los pueblos de Europa, en los cuales las variedades de clima producen diferencias notables.»

Parece que inmediatamente despues de la gran inundacion, cuyo recuerdo se ha conservado en casi todas las naciones conocidas, la especie humana ocupó las llanuras de Asiria, donde ciertas tribus adquirieron en poco tiempo una gran preponderancia. Parece tambien que en eras mui remotas, bajaron algunas tribus salvajes de las montañas en que residian, se civilizaron en aquellas hermosas llanuras, y prosperaron largo tiempo, bajo el mando de reyes desconocidos. Se ignora hasta donde ampliaron su dominio, y nada se sabe de las dinastias que las gobernaron: pero la armonia que reinaba entre sus constituciones y sus costumbres, su caracter tranquilo, y el sistema de cambiar frecuentemente los gobernadores de las provincias, debieron naturalmente prolongar la duracion de los imperios. Dan al gobierno monárquico mucha estabilidad la sencillez de su mecanismo, y su semejanza con los vínculos de fami-

lia que ligan al padre, al hijo y á los servidores, al mismo tiempo que la perpetua sucesion de monarcas lo hacen grato á los amigos de la variedad.

MULLER.

Costumbres de los antiguos Griegos.

LOS Griegos vivian en un pais delicioso, imájen verdadera de la juventud de la tierra. Entregados á la gloria, y á los placeres; educados en medio de fábulas risueñas; acostumbrados á las tradiciones poéticas de su historia, todas sus ideas, todos sus sentimientos, todas sus acciones tenian un caracter particular de movilidad y de enerjía, que los distinguia de los otros pueblos. Su religion los asemejaba á los dioses, dando á estos las pasiones y las debilidades humanas.

La Religion acompañaba en cierto modo al Griego, durante toda su existencia. Júpiter le anunciaba su cólera, con el estallido del trueno; Marte lo conducia á la victo-

ria; Neptuno aplacaba las olas para dar paso á las naves de Temistocles; Diana guiaba al cazador en sus correrías; Venus favorecía los amores, y las Driadas, y las Napeas, y Pan, y las Ninfas hermo­seaban con sus aereos prestijios los bosques y los ejidos, los prados y los arroyos. La naturaleza física no era mas que el símbolo de los seres sobrenaturales que poblaban el Olimpo. Todo era pœtico y alegórico en sus costumbres, en sus ceremonias y en las fórmulas de su vida social y política.

Las bodas se celebraban en Grecia del modo siguiente. Los esposos iban al templo, coronados de flores. El sacerdote les presentaba una rama de yedra, símbolo de su union. En seguida se hacian sacrificios á Diana y á Minerva, divinidades castas, que no se habian sometido al yugo del himeneo; á Júpiter y Juno, modelos de los amores eternos; al Cielo y á la Tierra, fuentes de fecundidad; á las Parcas, que prolongan ó abrevian la vida; á las Gracias, que hermo­sean la juventud; á Venus y á Cupido, protectores de la felicidad que dan los afectos tiernos. Cortabanse los cabellos, y los colocaban sobre los sepulcros de los labradores, en honor de la agricultura. Los padres unian al esposo y á la esposa; les exijian juramento de fidelidad, y volvian con ellos á la man-

sion paterna. Al volver del templo, los esposos, en lugar de guirnaldas de flores, llevaban en la cabeza cestos de frutas, símbolos de abundancia y prosperidad. Cantabanse himnos en honor de Himeneo, el cual habia sido un ciudadano joven de Argos, que libertó de los corsarios á unas doncellas atenienses, y que recibió en premio la mano de una de ellas. Los convidados y los esposos pasaban despues á la sala del banquete, donde los poetas cantaban epitalamios al son de la lira. El padre encendia la tea nupcial, y conducia á la esposa á casa del compañero de su suerte. La esposa llevaba en la mano la vasija de barro en que se hacia el pan. Los convidados bailaban en torno de la casa, cuya puerta estaba guardada por los amigos del esposo. Al dia siguiente, todos los que habian asistido á la ceremonia, iban á felicitar á los recién casados.

Las costumbres de los Griegos presentaban al extranjero dos cuadros harto diferentes. En Corinto y en Atenas, no veia mas que diversiones y placeres: mujeres hermosisimas, vestidas con seductora elegancia, y cubiertas de piedras preciosas. Los guerreros, los poetas, los filósofos obedecian sus caprichos, celebraban su belleza, y consultaban su ingenio y su buen gusto. Pero lo interior de las casas, el

templo de las divinidades domésticas, era el asilo de la paz, de la fidelidad, del orden y de la modestia. Los Griegos exigian de sus esposas una conducta sin tacha, la mesura en los movimientos y en las expresiones, el retiro y la obediencia. No se presentaban en público sino para asistir á las fiestas religiosas y nacionales, y aun entonces iban acompañadas de sus esclavas. Los majistrados cuidaban de tener á raya su lujo. La esposa infiel no podia asistir al templo.

Las mujeres griegas tomaban una parte activa en los trabajos de sus esposos, y en la gloria de su patria. En Esparta, estimulaban el valor y el patriotismo. Las Espartanas recibian enhorabuenas cuando sus hijos morian en defensa de la libertad. El cobarde no hallaba una doncella que admitiese la oferta de su mano.

Argos se salvó por el heroismo de una mujer. La ciudad iba á caer en poder de los Espartanos. Seis mil hombres, la flor de su juventud, habian quedado en el campo de batalla. Los habitantes, entregados al desaliento y á la consternacion, habian renunciado á toda esperanza de defensa, cuando Telesila, célebre ya por sus escritos, reúne á las mujeres de la ciudad; les pinta los males que la amenazan, la ignominia de la esclavitud, la pér-

dida del honor; les da armas, corre con ellas á las murallas, y confunde con el aspecto de tan extraña milicia la audacia de los invasores. El jeneral espartano, temeroso de las reconvenciones que la Grecia entera le haria, si derramara la sangre de una mujer, firma un tratado, y restituye á la ciudad amenazada su territorio y su independendencia. Las heroínas fueron recibidas en la ciudad con los mas altos honores, y el busto de Telesila, fué colocado sobre una columna, enfrente del templo de Venus.

La veneracion que los Griegos tributaban á los muertos, era parte esencial de su culto religioso. Sus cenizas se recojian en urnas elegantes, y se colocaban sobre los sepulcros. A ellos iban frecuentemente los parientes y los amigos á ofrecer libaciones, á derramar lágrimas, y á cubrir aquellos monumentos, de flores y perfumes.

Cuando moria un Griego, se envolvia el cadáver en plantas olorosas; se le cubria la cabeza de un velo; se le ponía en la mano una torta para apaciguar al Cerbero, y en la boca una moneda para pagar la barca de Aqueronte. El cadáver quedaba expuesto durante veinte y cuatro horas en la pieza principal de la casa, y á la puerta habia una vasija llena de agua

lustral, para purificar á los que iban á tributar al difunto los últimos honores. Llegada la hora de las exequias, los hombres se ponian en marcha, vestidos de negro, y entonando cantos lúgubres. Seguian las mugeres, dando gemidos, y cortándose trenzas de cabellos. Al fin de la ceremonia, los concurrentes pronunciaban la despedida final y eterna, y volvian graves y silenciosos á sus casas. Los guerreros que morian en defensa de su patria, recibian honores extraordinarios. El orador mas elocuente de la nacion pronunciaba el elogio fúnebre.

Los Griegos eran tan aficionados á juegos públicos, que ni las revueltas civiles, ni las invasiones extranjeras los distraian de aquella diversion. Todos los males se olvidaban en el circo ó en el teatro. La carrera, la lucha, las representaciones trágicas y cómicas llamaban toda su atencion, y los hacian indiferentes á los grandes sucesos que cambiaban la suerte de los estados. Los sitios en que se celebraban los juegos, estaban llenos de monumentos consagrados á los que en ellos habian sido vencedores. Los teatros eran magníficos. El de Atenas podia contener treinta mil espectadores. La escena estaba dividida en dos partes: la superior para los actores, la inferior para los músicos. Las mujeres hon-

radas estaban separadas de los hombres; los majistrados y los guerreros ocupaban lugares preeminentes; el pueblo se reunia en tropel, y pasaba los dias y las noches en el teatro, comiendo, bebiendo, charlando y criticando ó aplaudiendo á los autores y á los representantes.

Las letras, las ciencias y las artes estaban en alta estima en la mayor parte de los estados griegos. Los artistas, los poetas y los filósofos eran recibidos generalmente con aprecio, y mui frecuentemente con veneracion y entusiasmo. Hasta los pobres oian con atencion á los *rapsodos*, que iban cantando por las calles y campos fragmentos de las obras de Homero, y á los sofistas, que defendian indiferentemente el pro y el contra de todas las cuestiones. Los Griegos de las clases mas humildes raciocinaban sobre Filosofia y Literatura, examinando ora los fundamentos de un nuevo sistema, ora el mérito y los defectos de un cuadro ó de una estatua. La dignidad que daban el genio y el saber, era mas respetada que la autoridad y la riqueza. Los filósofos eran lejisladores; los poetas eran maestros públicos de filosofia moral y de buen gusto. Eran los Griegos tan sensibles al poder de la Elocuencia, que los oradores manejaban á su arbitrio la opinion del pueblo, y lo impulsa-

ban á tomar las resoluciones mas arrojadas, y á veces las mas inicuas. Mas no era dado á todo el mundo conseguir la reputacion de hombre elocuente: porque el pueblo era juez mui severo en esta materia; y no solo no perdonaba las faltas graves de diction, estilo y propiedad, sino que ni aun disimulaba un descuido en la pronunciacion ó en la prosodia, una repeticion de palabra ó de frase, ó un gesto inoportuno. Cuando el pueblo concurría á la plaza pública, en circunstancias graves, para deliberar sobre negocios públicos, se revestia de un caracter de elevacion y autoridad, que lo asemejaba en cierto modo, á un congreso de soberanos. Demóstenes echó en cara á los Atenienses este género de orgullo, en una de las muchas oraciones que pronunció contra Filipo. «Vosotros, les dice, creéis que todo el que respira el aire de Atenas, tiene derecho á decir cuanto se le antoje, y así permitis que los extranjeros y los esclavos hablen sin rebozo sobre toda clase de asunto. Solo en esta tribuna se coarta la libertad de la palabra: porque solo en las reuniones populares sois intolerantes y soberbios. Lo que exijis de los oradores es que os lisonjeen; que os digan cosas agradables; y esta delicadeza es la que os ha llevado á la márjen del precipicio. Si persistis hoy

en esta disposicion, no tengo que hacer sino retirarme; pero si podeis resolveros á permitir que se os haga patente sin adulacion lo que conviene á vuestros intereses, estoi pronto á tomar la palabra : porque, apesar del deplorable aspecto que han tomado los negocios públicos; apesar del mal estado á que nos ha conducido vuestra negligencia, todo puede repararse, si os resolvéis á cumplir con los deberes que la patria os impone.»

Conviene notar de paso que Demóstenes poseia perfectamente el arte de manejar la opinion, y de decir al pueblo verdades duras sin ofenderlo, mezclando con admirable artificio lo dulce y lo amargo, y censurando sus extravios, al mismo tiempo que lisonjaba sus pasiones. He aquí un fragmento curioso de la segunda Olintiana, que demuestra su destreza en este género: «nuestros antepasados, que no se dejaban adular por sus oradores, y á quienes estos no trataban como os tratan á vosotros los oradores del dia, dominaron la Grecia por espacio de sesenta y cinco años; merecieron la confianza de toda la nacion; poseyeron en su tesoro mas de diez mil talentos; ejercieron en los reyes de Macedonia el dominio que cumple á los Griegos ejercer en los pueblos bárbaros; alzaron trofeos ganados en combates por

mar y tierra, que sobrepujaron á cuantos la historia habia transmitido, en fin, dejaron á los siglos futuros una gloria digna de envidia. Eso fueron aquellos hombres en los negocios de Grecia. Examinad ahora su vida pública y privada. Esos templos que veis, cubiertos de tantos y tan bellos adornos, cuya magnificencia no podrá ser igualada en el porvenir, son los frutos que dieron sus majistraturas. Y en medio de esto, vivian con tanta modestia, y perseveraban con tanta constancia en la antigua sencillez de costumbres, que si, por acaso, alguno de vosotros sabe donde vivia Aristides ó Focion, ó cualquier otro de sus ilustres contemporaneos, bien echará de ver que no hai ninguna apariencia de esplendor que distinga aquella casa de la vecina. Pensaban aquellos hombres que en el manejo de las cosas públicas, debian proponerse el engrandecimiento de su patria, no el de sus familias. Asi es como, por medio de una escrupulosa atencion al bien jeneral de los Griegos; de una ejemplar piedad relijiosa; de una modesta igualdad con respecto á sus conciudadanos, llegaron al colmo de una felicidad bien merecida. Tal fué la suerte de vuestros abuelos bajo tan dignos jefes. ¿Cuál es hoi la vuestra, bajo esos melifluos oradores que os gobiernan? Habrá quién me diga que si nuestros ne-

gocios políticos van mal en nuestras relaciones con los otros pueblos, caminan mucho mejor en lo interior. ¿Qué pruebas se alegarán en defensa de esta opinion? ¿Se citarán algunas almenas blanqueadas, algunos caminos compuestos, algunas fuentes construidas, y otras frioleras de esta clase? Echad la vista en los hombres á quienes debeis estos beneficios. Los unos han pasado de la miseria á la opulencia; los otros de la oscuridad al esplendor. Algunos de ellos han edificado para su uso, mansiones suntuosas, que eclipsan la magnificencia de los edificios públicos. De estos hombres podemos decir que mientras mas se enriquecen, mas se empobrece el estado. ¿A qué principio atribuiremos este trastorno universal? ¿Porqué se desmiente en nuestros dias el órden maravilloso de los tiempos pasados? Porque entonces el pueblo tenia bastante valor para dirigir por sí mismo los negocios militares; mantenia á los majistrados bajo su dependencia, y disponia como soberano de los empleos y de los favores. Ahora, por el contrario, los majistrados disponen de los destinos y de los privilejios, y ejercen un poder despótico.»

Los Griegos no eran menos aficionados á las artes que á las letras, y hasta en las clases humildes reinaban ideas correc-

tas y sanas sobre la belleza artística. Sus obras sirven aun, y servirán siempre de modelo á los que deseen imitar la naturaleza hermoseada. La sensibilidad de sus órganos era tan exquisita, que el menor defecto en el plan, en la expresion ó en el dibujo, los ofendia y provocaba su amarga censura. La Arquitectura no ha dado un paso mas allá del límite que ellos le señalaron. Sus templos, sus palacios, sus tribunales reunian á la armonía del conjunto, la hermosura de los adornos, y la grandiosidad de las dimensiones. En el traje, en las armas, en los utensilios domésticos, brillaban el esmero de la ejecucion, y la correccion del gusto. Ningun pueblo ha desfigurado la naturaleza menos que los Griegos: ninguno se ha acercado mas que ellos á la orijinalidad de sus tipos, á la pureza de sus inspiraciones. Sus poetas sabian estudiar el corazon humano, y dar á cada pasion el lenguaje que le corresponde.

En la guerra eran mas arrojados que sufridos; mas intrépidos que prudentes. Sus hostilidades no tenian muchas veces mas orijen que el amor á la gloria. Sacrificaban al deseo de triunfar sus relaciones mas íntimas con los otros estados. En el ardor de la accion los cegaba la sed de la victoria.

El verdadero patriotismo no ha existido como pasión nacional y base de las costumbres públicas, sino es en Grecia. Debiase en gran parte la energía de este sentimiento, á la pequeñez de los estados, que permitia al poder democrático el libre uso de su acción y de su influjo. Mirábanse como propios y domésticos los asuntos públicos y jenerales. Allí no habia secretos de gabinetes, ni vanas teorías políticas. El instinto de la conservación dirigia la conducta de los gobiernos, precipitándolos á veces, cuando los extraviaban ideas erróneas, en la discordia, en guerras destructoras, en coaliciones imprudentes. Los pueblos se aficionaban mas á las personas que á las doctrinas y á las máximas. El que lisonjeaba las pasiones de la turba, el que la seducia con cláusulas brillantes y con imágenes risueñas, excitaba su entusiasmo, arrancaba sus aplausos, y la conducia á su arbitrio.

Un pueblo tan ligero, tan inconstante, tan inclinado á todo lo que recreaba la imaginación, no podia hacer grandes progresos en el comercio. De todas las ciudades griegas, Corinto fué la única que por su posición adquirió riquezas mercantiles. De allí se distribuian en toda la Grecia los frutos y las mercancías del Archipiélago, de Siria, de Fenicia, de Egipto y

de Italia. Rodas , mas prudente y mas industriosa, llevaba á todas partes sus vinos, sus maderas, su miel y sus mármoles. Los poetas decian que llovía oro en aquella isla. Sin embargo las colonias griegas de Europa y Asia , como Marsella y Esmirna, se constituyeron en centros de una gran actividad de cambios, y sirvieron de vínculo de union entre pueblos separados entre sí por grandes distancias, y atraídos á mercados comunes, por la reciprocidad de necesidades y de intereses.

Las naciones griegas pasaron mui en breve, en la carrera política, de la infancia á la decrepitud , y del vigor á la debilidad. Los estados no pueden conservarse sino por la moderacion y la buena armonia. El lujo, la ambicion, las empresas atrevidas , los proyectos gigantescos, los corrompen , los desunen y los aniquilan.

ANONIMO.

CONSTITUTION DE ROMA.



LOS primeros siglos de Roma fue-

ron los tiempos de su mas brillante prosperidad. Roma sostenia entonces luchas continuas que nutrian y reanimaban su energia. Su constitucion iba poco á poco adquiriendo mas elementos populares que los que tuvo al principio: sin embargo, el Foro contenia casi siempre mayor número de guerreros que de labradores y artesanos. El Senado conocia cuan importante le era, al mismo tiempo que conservaba su propia dignidad, atraerse la buena voluntad de los ciudadanos: asi es que procuraba ganarse el afecto de los tribunos, sin permitir por esto que se corrompiesen las costumbres, manteniendo la exterioridad de las formas constitucionales.

La equidad natural sirvió por largo tiempo de única regla en los juicios. Algo mas de doscientos noventa años despues de la fundacion de Roma, el tribuno Terentilo propuso un decceto en que se ordenaba la formacion de un código civil. El Senado previendo que esta disposicion coartaria su poder, le hizo una oposicion que duró nueve años. Al cabo fué preciso ceder, y se nombró una embajada á los atenienses, pidiéndoles copia de las leyes de Solon. Ocurrió esto en la época de la gran prosperidad de Atenas bajo el gobierno de Pericles.

Las leyes de Solon sirvieron de mo-

delo á las de las doce tablas, fundamento de esa admirable legislación romana tan variada y tan completa, empezada por el pueblo, acabada por los emperadores, reunida en cuerpo de leyes hácia los tiempos de la decadencia del imperio, y restablecida en toda su autoridad á mediados del siglo doce. Los Decemvros, que eran los que habian formado las leyes de las doce tablas, tuvieron el arrojo de prolongar su poder mas allá de lo que permitian las leyes, y la imprudencia de ejercerlo con orgullo y tiranía. Imaginábanse que los patricios jóvenes preferirian la tolerancia de sus desórdenes á la severidad republicana, y que los senadores viejos verian con gusto el poder en manos de los ricos. No creian que el Senado tendria bastante virtud y pureza, ni el pueblo bastante decision para derribar su despotismo. El atentado de Apio contra Virginia destruyó el poder de aquellos opresores: pero no se abolieron las leyes de las doce tablas, porque los Romanos supieron distinguir el mérito de la obra, de los vicios con que se habian hecho odiosos sus autores.

Poco á poco fueron perdiendo los nobles su preponderancia, porque los plebeyos los fueron igualando en riqueza y en saber, y porque frecuentemente se ce-

lebraban enlaces matrimoniales entre individuos de una y otra clase. La nobleza perdía algunos privilegios, mas entretanto la plebe adquiría sentimientos elevados. Hubo cónsules plebeyos, y algunas veces preservaron la República de grandes peligros.

Veamos ahora como se gobernaba esta gran nacion. Los jefes del gobierno eran dos cónsules que presidian en el Senado, ejecutaban sus decretos, é introducian en su seno los embajadores de las naciones extrañas. Tambien presidian las reuniones del pueblo y proclamaban el resultado de la votacion; levantaban ejércitos, y les pasaban revista; exigian de los aliados los contingentes respectivos, y nombraban los tribunos de las lejiones; tenian por fin á su cargo la disciplina militar, y castigaban sin apelacion los delitos cometidos en los campamentos y en el campo de batalla.

Los censores nombraban los miembros del Senado: pero los candidatos debian ser hombres de bastante caudal para poder vivir en cierta independendencia. Para ser senador no se necesitaba ser ciudadano de fecha mui antigua. Apio Claudio fué el primero de su familia que obtuvo la ciudadania, y en pocos años subió á las primeras dignidades de la República. El

Senado administraba la hacienda , examinaba las cuentas, decretaba los gastos, y designaba á los censores las sumas que debian gastar en construir los edificios destinados á la hermosura y conveniencia de la ciudad. Eran de su incumbencia la direccion de las relaciones entre Roma y los otros estados de Italia. Trataba con los embajadores; declaraba la guerra; negociaba tratados de paz , alianza y proteccion, y juzgaba en último grado las conjuraciones , los crímenes de alta traicion, los asesinatos y los envenenamientos. Los cónsules tenian una autoridad casi monárquica en tiempo de guerra, porque entonces la necesidad de una obediencia exacta y de una ejecucion pronta, requiere la unidad del poder; la aristocracia residia en el Senado, compuesto de ciudadanos opulentos, interesados en la conservacion del órden. Las atribuciones del Senado lo ponian en aptitud de reprimir los excesos de los cónsules.

Los negocios de gran entidad se decidian en los comicios ó reuniones del pueblo. Allí se conferian las altas dignidades. Los jóvenes que aspiraban á la vida pública, y que buscaban ocasiones de dar á conocer su saber y su elocuencia, no podian abrirse camino, sin granjearse el afecto de la muchedumbre por su afa-

bilidad y modestia, y era indispensable que adquiriesen opinion, por medio de la pureza y austeridad de las costumbres. El dia de las elecciones, los hombres mas ilustres solicitaban por todos los medios posibles los votos del pueblo, cuya preponderancia se mantuvo hasta la abolicion de los comicios. Los majistrados elegidos guardaban grandes consideraciones con sus conciudadanos: por que los empleos no duraban mas que un año, y el que abusaba de su autoridad, podia ser condenado por la misma reunion del pueblo que le habia confiado el poder. A ella pertenecia el derecho de vida y muerte; mas como para pronunciar el fallo de muerte era preciso que votasen todas las tribus, el acusado tenia tiempo de evitar el suplicio, desterrándose voluntariamente; y á poca distancia de Roma, ya estaba su vida segura. De este modo se evitaban las consecuencias de un juicio precipitado, y asi es que el pueblo llamó muchas veces, y recibió en triunfo á los que se habian sustraído prudentemente al primer ímpetu de su enojo. El dia en que Ciceron volvió de su destierro, fué el mas glorioso de su vida. El pueblo que disponia del poder ejecutivo, y juzgaba á sus depositarios, era al mismo tiempo el supremo legislador. Adoptaba ó desechaba las leyes

propuestas por los tribunos, y axaminadas antes en el Senado, y ratificaba las declaraciones de guerra y los tratados con otras naciones.

El pueblo gozó de estos privilegios por espacio de cuatrocientos años, sin abusar de ellos y sin embarazar la direccion de los negocios públicos. Jamas reusó su apoyo al Senado, en los momentos de apuro. En la guerra, en los comicios, en el campo de Marte, se mostró generoso, noble, magnánimo, sometido á las leyes, dócil al influjo de la virtud. Pero las riquezas del Asia, y la extrema corrupcion de los grandes alteraron al cábo sus costumbres.

Los poderes estaban hábilmente equilibrados en Roma. Los cónsules procuraban estar bien con el Senado, porque este disponia de las sumas necesarias para pagar y mantener á las tropas; porque él solo concedia el triunfo, y prolongaba el mando del ejército en el Cónsul que lo obtenia, pasado un año, que era el término legal. Por otra parte, los cónsules lisonjeaban al pueblo, porque necesitaban del afecto de sus soldados para vencer; porque el pueblo les tomaba cuenta de su administracion, y podia aprobar ó desechar los tratados que habia negociado con otros gobiernos.

El Senado no podia hacer nada contra las libertades públicas; el veto de un solo tribuno bastaba para suspender el examen de un decreto propuesto. Apesar de esta sujecion, aquella corporacion influia mucho en todas las clases de ciudadanos. El poder judicial de que estaba revestido, le daba tanta mas preponderancia, cuanto que la imperfeccion de las leyes abria un vasto campo á la interpretacioa arbitraria. Como ademas su jurisdiccion abrazaba todos los negocios relativos á empresas de edificios públicos, canales, acueductos, diques, puentes, minas y caminos, era necesaria su proteccion á los que tomaban á su cargo estos grandes trabajos.

El plebeyo respetaba á los cónsules, porque en tiempo de guerra dependia enteramente de ellos. Con negarles obediencia, no lograria mas que el nombramiento de un Dictador, igualmente temible á los enemigos del Senado y á los de Roma.

De este modo la constitucion romana daba á la República, en tiempos críticos y calamitosos, la enerjía de la democracia, y la celeridad de accion propia de la monarquía, moderados estos dos principios por la circunspeccion del Senado. En tiempos serenos, los conflictos de los partidos ocasionaban frecuentes turbulencias:

pero el equilibrio de los poderes evitaba excesos y trastornos. Habia agitacion, pero no desórden, y la fermentacion perenne de la opinion era una señal evidente de la vida del cuerpo político.

MULLER.

JULIO CESAR.

JULIO César tuvo que luchar á los principios con la aspereza de la fortuna, que despues se volvió en su favor. Era hombre de pasiones y deseos desarreglados, pero de un entendimiento mui claro, y de una resolucion mui firme. Asi lo manifiesta la suma destreza con que superó los obstáculos que se le opusieron; y lo hizo, ya con acciones, ya con palabras, porque nadie lo excedió en obrar pronto, y en hablar claro. Su voluntad y sus apetitos eran por demas inquietos, y lo empujaban mas allá de los límites de sus facultades. Sin embargo, las transiciones de su conducta no fueron nunca repentinas, y en todas sus empresas guardaba cierta

regla y periodo. Así vemos que, despues de haber obtenido grandes victorias en España, y restablecido la tranquilidad en aquellos pueblos, no se satisfizo con esto: sino que, habiendo extinguido hasta los últimos restos de la guerra civil, y dejado las cosas ordenadas á su gusto, emprendió inmediatamente su expedicion contra los Partos.

Era sin disputa hombre de alma grande y noble, aunque mas adicto á sus ventajas privadas que al bien público: pues él se constituia en punto central de todas sus acciones. De aquí provino su grande y casi constante prosperidad, ya que ni los intereses generales, ni la relijion, ni los buenos oficios de amigos y parientes, bastaron á refrenar ni moderar sus desig-nios. No parece que tuvo empeño en perpetuar su memoria, pues no vemos que hubiese introducido mudanzas fundamentales en el gobierno, ni alzado grandes edificios: siempre se encaminaba á lo presente, y á lo que podia convenirle, confinando sus pensamientos á la época y á la ocasion. Es cierto que aspiró á la reputacion y á la fama: mas esto era porque creia que le serian útiles. Quería el poder, y no hacia caso de la dignidad; y la buena opinion no era para él un fin, sino un instrumento.

Con esto se cautivó la afición del pueblo, que no tiene dignidad que perder: pero los nobles deseaban conservar sus honores, y miraban con recelo á un hombre tan arrojado y emprendedor. Ciertamente tenían razon: porque Julio César era naturalmente audaz, y nunca se cubrió con el velo de la modestia, sino con segunda intencion. Sin embargo, sabia temprar los impulsos de su índole, de manera que no lo acusasen de temeridad ni de altanería, y la muchedumbre atribuía su conducta á la franqueza del carácter, unida á la elevación del nacimiento. Pasaba por hombre abierto y sincero, mas bien que por astuto y caviloso, y aunque amaestrado en el disimulo, y tan dueño de sí mismo, que no dejaba obrar su naturaleza, sino sometiéndola á sus planes, su porte exterior no descubria la menor señal de arte ni estudio. No se crea por esto que descendió á bajos amaños, tan frecuentes en los hombres novicios en las prácticas del mundo, los cuales se fían mas en la habilidad de los otros que en sus propias fuerzas. El sabia como manejar á los hombres, y manejaba todo negocio importante por sí mismo, sin intervencion ajena.

Poseyó el gran secreto de imponer silencio á la envidia, y muchas veces lo

hizo á expensas de su dignidad. Aspirando únicamente á la realidad del poder, repugnó casi constantemente , y aplazó para mui tarde, la exterioridad y la pompa vana de la grandeza : hasta que, al fin , saciado de goces , y corrompido por la lisonja, llegó hasta revestirse con las insignias de la dignidad real : y esta fué la causa de su ruina. Aspiró al mando desde su mas temprana juventud : idea que le fué fácilmente sujerida por el ejemplo de Sila, la afinidad de Mario, la emulacion de Pompeyo , y los desórdenes y revueltas de la época. Fué admirable el modo con que preparó el camino que debia conducirlo al término de sus aspiraciones. Desde luego, tenia que luchar con el poder y la autoridad del Senado, y sabia que mientras hubiese aquel obstáculo, no habia medio de empuñar la soberania. Despues, se le oponia la rivalidad de Pompeyo y de Craso , y no podia deshacerse de ellos sino por medio de las armas. A estas dos clases de hostilidades creyó con razon hacer frente, valiéndose primero de la sedicion , y despues de la fuerza militar. Por tanto empezó mostrándose mui liberal con el pueblo ; corrompiendo los tribunales : renovando la memoria de Mario y de su partido ; promoviendo la lei Agraria; iustigando tribunos sediciosos, y

favoreciendo á Catilina y á sus conspiradores. Con el mismo fin, desterró á Ciceron, que era el alma del Senado, y por último, se unió con Craso y con Pompeyo.

Habiendo consumado esta primera parte de su plan, emprendió la ejecucion de la segunda. Fué nombrado Procónsul de las Galias por cinco años, y este término se amplió á otros cinco, y por este medio se vió á la cabeza de muchas legiones, y dueño de una provincia belicosa, próxima al territorio de Italia. Fortificado de este modo en el poder de las armas, ni Craso ni Pompeyo podian hacerle frente: porque el uno solo confiaba en sus riquezas y el otro en su reputacion; el uno decaia en años, y el otro en autoridad, y ni uno ni otro apoyaba sus aspiraciones en sólidos fundamentos. Todo lo que habia pensado le salió á medida de su deseo; y como se habia atraído el apego de los senadores, de los majistrados, y de todos los que tenian cargos públicos, por medio de beneficios privados, no tuvo que temer conspiraciones ni oposicion alguna á sus designios, hasta que invadió abiertamente el estado. A la verdad, este habia sido siempre su plan: pero no manifesto ni declarado, en términos que, lejos de hacerse odioso á la muchedumbre, hizo inclinar

la balanza del odio al lado de sus enemigos, ya sea aparentando moderacion en sus demandas, ya disminuyendo el brillo de sus triunfos, ya manifestándose mui amigo de la paz, ya por fin recurriendo á las armas, cuando parecia que solo le quedaba este recurso para su conservacion y seguridad. Al fin de la guerra civil, se echó de ver la falsedad de todos estos pretextos; porque entonces, todos los enemigos que podian hacerle frente habian desaparecido: su autoridad era tan ilimitada como la de un monarca, y lejos de trabajar en el restablecimiento de la república, ni siquiera por hipocresia y disimulo habló de semejante cosa. Toda esta conducta manifiesta que, desde los principios, la soberania fué el objeto de su ambicion: y para realizarla, vemos que no se aprovechaba de las ocasiones á medida que se presentaban, sino que las suscitaba á propósito, á fin de acomodarlas á sus proyectos.

El arte de la guerra fué la gran escena de su superioridad, y de tal modo sobresalia en él, que no solo sabia mandar un ejército, sino amoldarlo perfectamente á sus ideas y principios. Porque era tan diestro en manejar las pasiones de los hombres, como en dirigir los negocios graves: y para esto, no empleaba los reglas comunes de la disciplina, requiriendo obe-

diencia por medio de la ignominia y la severidad, sino lo hacia con tal arte y destreza, que inspirando á sus tropas una animacion y una confianza extraordinarias, las hacia entrar en accion con la seguridad del triunfo. Por esto, el amor que le tenia el soldado era tal, que ponía en peligro la libertad pública. Como estaba tan bien versado en toda clase de guerra, y le eran tan familiares los negocios civiles como los militares, ningun suceso le ocurría tan repentino, que no lo hallase dispuesto á dominar sus consecuencias; ninguno tan desgraciado, que no supiese aprovecharlo en ventaja propia.

En la guerra, cuidaba mucho de su persona, y en todas las grandes batallas que dió, permanecía sentado en su tienda, comunicando desde allí las órdenes necesarias. Esta práctica le era doblemente útil, porque lo alejaba del peligro, y en casos urgentes, lo ponía en aptitud de acudir con su persona á reanimar el espíritu de sus tropas. En sus disposiciones militares no se limitaba á seguir las prácticas antiguas, ni el ejemplo de otros grandes capitanes, sino que, con exquisito discernimiento, tomaba aquellas medidas instantáneas que la urgencia del momento requería.

Era indulgente, constante y generoso con sus amigos: pero no tuvo por tales á

los que podian ser obstáculos á sus miras, sino únicamente á los que se hallaban en el caso de sostenerlas y ayudarlas. La naturaleza y el hábito lo conducian, no á sobresalir entre los hombres eminentes, sino á dominar á los inferiores: por esto se hizo de muchas criaturas en la clase humilde. En cuanto á los nobles, solo se ligó con aquellos que podrian serle útiles, y ningun hombre gozó de su confianza, sino aquel cuyas esperanzas estaban cimentadas en su fortuna.

Era medianamente instruido, y lo que mas á fondo sabia era el arte de la política. Estaba bien versado en la historia, y entendia perfectamente el peso y el alcance de las palabras. Como se fiaba mucho en su estrella, afectaba inteligencia en la astronomía. Su elocuencia era natural y pura.

Era dado á los placeres y profuso en ellos: lo cual le sirvió de mucho para enmascarar su ambicion: porque nadie recelaba miras osadas en tanta disipacion y lujo. Sin embargo, esta aficion no lo dominaba, antes bien aguzaba lejos de embotar el vigor de su espíritu. Era moderado en la comida; no mui delicado en ciertas intimidades; magnífico y agradable en las ocasiones de lucimiento y aparato.

De este conjunto de calidades, resultó

que cayó, como debia caer, por los mismos medios que sirvieron á su elevacion. Siempre aspiró á la popularidad, y nada es mas popular que el perdon de los enemigos. Fuese virtud, ó fuese sistema, esto fué lo que le costó la vida.

BACON.

OCTAVIO AUGUSTO.

NO hubo jamas hombre de alma mas grande, mas serena, y mas bien arreglada, que Octavio Augusto, como parece por las acciones heróicas de su juventud: porque los hombres de índole turbulenta, comunmente se dan á diversos extravíos en los primeros años de su vida, y hasta la madurez de ella, no empiezan á aplicar su turbulencia á cosas graves: pero los que son templados y reflexivos, desde el principio dan á entender lo que son. Y como la perfeccion del alma, á manera de la del cuerpo, consiste en la gracia, en la salud y en la fuerza, en esta

última Octavio era igual á su tio Julio César: pero en belleza de alma y gracia, lo excedia. Aun siendo Julio César de inquieto ánimo, como todos los ambiciosos, supo abrirse camino á sus designios, con grande astucia y prudencia. Su error consistió en no fijar acertadamente el término de sus miras, y en ampliarlas mas y mas, con insaciable y desacordado apetito. Por el contrario, Octavio Augusto, mesurado, y teniendo presente que era mortal, pesó sensatamente sus acciones, y las preparó con admirable orden. Primeramente, aspiró al mando supremo; luego procuró mostrarse digno de obtenerlo; despues, como hombre de juicio, creyó conveniente disfrutar de su exaltada fortuna, y por último, juzgó que era llegado el tiempo de perpetuar su nombre, y de transmitir á los siglos futuros alguna imájen, y algunos resultados de su gobierno. Así lo que deseó en su juventud, fué el mando; en su edad media, el respeto; en su madurez, el placer, y en su ancianidad, la fama y el bien de los hombres.

EL MISMO.

EL MISMO ASUNTO.

 OCTAVIO fué el hombre destinado á introducir una nueva forma de gobierno en el mundo romano. Era hijo de una sobrina de Julio César, y todavía no tenia veinte años, cuando su tio lo adoptó, y lo nombró su heredero. Hallabáse estudiando en Grecia, cuando, noticioso de la muerte de su tio, pasó inmediatamente á Roma; tomó el nombre de César: distribuyó al pueblo todo el dinero que habia heredado, y de este modo se hizo de un partido fuerte contra Marco Antonio, el cual aspiraba al poder supremo.

Ciceron fué el que mas eficazmente contribuyó á la elevacion de Octavio. El gran orador gozaba entonces de mucho poderío en la república. En él se fijaban todas las miradas, como en el mas firme apoyo, y el mas celoso defensor de la libertad. Su odio contra Antonio, de quien tenia mucho que temer, lo indujo á inclinarse en favor de Octavio: pero tambien

se aficionó á él por un movimiento secreto de vanidad y de ambicion, esperando que las armas de aquel jóven asegurarian y aumentarían su influjo y su autoridad, para bien de la República.

Esta habia sido siempre la flaqueza de Ciceron, y la que le hizo cometer tantas bajezas con respecto á César, despues de su victoria; lo que le estorvó desconfiar de Augusto, como habria debido hacerlo, y como se lo aconsejaban sus amigos, haciéndole ver que no debia dar fé á sns palabras, y que ademas, era fácil descubrir, á pesar de ellas, lo que pensaba y el fin que se proponia. Pero Ciceron gustaba de la alabanza, de la lisonja, y de la distincion. César supo emplear estos medios; colmaba á Ciceron de elogios y señales de aprecio; lo llamaba padre: queria depender en todo de él, y no hacer nada sin su consentimiento. Por esto Ciceron, que era mui vehemente en todos sus empeños, lo éxaltó tanto en el Senado y delante del pueblo, y fué el verdadero promotor de los honores y privilejios que se le concedieron, ensalzando sobre las acciones mas gloriosas, el valor con que Octavio se habia opuesto á Marco Antonio. Y como los hombres sensatos, que columbraban sin duda en César una gran ambicion, sin desconocer las grandes prendas que lo

adornaban, temiesen que unas distinciones tan extraordinarias tuviesen enfadosas consecuecias, y de sus resultas padeciese detrimento la libertad pública, Ciceron, para tranquilizarlos, no cesaba de repetir que, lejos de recelar, todo lo bueno debía aguardarse de aquel jóven, cuyos sentimientos conocia él á fondo, y para el cual nada era mas caro que la República, nada mas respetable que la autoridad del Senado, nada mas precioso que la estimacion de los hombres de bien, nada mas grato ni mas apetecible que la verdadera gloria.

Ciceron empezó á conocer su error, cuando echó de ver que Octavio se le iba, por decirlo así, de entre las manos. Entonces descubrió el gran compromiso que habia contraído con la República. Sin embargo, no se desanimaba todavia, porque le parecia que habia muchos recursos en la buena indole de su protegido: pero le inspiraban miedo la lijereza y docilidad de su juventud, y, sobre todo, la turba de aduladores que no cesaban de circundarlo, y que se empeñaban en trastornarlo, inspirándole falsas ideas de una grandeza vana y frívola.

Los conjurados que habian dado muerte á César, y á cuyo cabeza se hallaba Bruto, habian sido colmados al principio

de alabanzas y de honores. El mismo Octavio se habia declarado en su favor, interesándole mas que todo la ruina de Marco Antonio, á quien perseguia como enemigo de la República. Pero ya que vió afianzado su poder, se quitó la máscara, y obró abiertamente. Este cambio de conducta afligió en gran manera á Ciceron, porque previa sus consecuencias, y no podia evitarlas. Le escribió sobre este asunto, implorando su proteccion en favor de los conjurados: pero lo hizo de tal modo, que ofendió vivamente á Bruto, á quien, sin duda de concierto con Ciceron, Atico habia enviado una copia de la carta.

Octavio echó de ver mui á los principios que los hombres de bien querian encerrar en los justos límites de un poder lejítimo, la autoridad que él ejercia. Tambien supo que Ciceron, que no podia contener su humor chancero, se habia explicado contra él en una frase equívoca, que podia significar al mismo tiempo una lisonja y un ultraje, y se propuso poner remedio á este daño.

Hizolo en efecto, declarándose contra los conjurados, y haciendo que se les formase causa. Ademas, se reconcilió con Marco Antonio y con Lépido, y habiendo formado con ellos la famosa liga conocida con el nombre de segundo triunvira-

to, dividió con sus dos compañeros el mando de las provincias, y, de acuerdo con ellos, fulminó las horribles proscripciones, que costaron la vida á tantos ilustres ciudadanos. César, para lograr sus fines, después de una débil resistencia, sacrificó la vida de su bienhechor Ciceron, á los sentimientos de Marco Antonio. El que, por espacio de tantos años, habia empleado su voz en bien de la nacion y de los ciudadanos privados, murió violentamente, sin que hubiese una sola persona qu osara tomar su defensa.

Octavio se deshizo de sus dos compañeros y rivales, y se vió dueño absoluto de Roma, y de todas las naciones sometidas á la República. Entonces consultó á sus dos amigos Agripa y Mecenas, sobre si convendria restablecer el gobierno popular, devolviendo la autoridad al Senado y al pueblo, ó concentrar en sí mismo el poder soberano. Agripa, aunque compañero de su suerte, y marido de su sobrina, le aconsejó lo primero. Mecenas le hizo ver, con graves razones políticas, que el Estado no podia ya subsistir sino dominado por un hombre solo; que el mismo Octavio ponía en riesgo su vida, si se despojaba del mando supremo, y que, gobernando con moderacion y prudencia, no solo podria contribuir á su seguridad,

sino ganar nombradia y gloria. Octavio abrazó este partido.

Despues de la tiranía del triunvirato, y de las calamidades que habia producido la guerra civil, Octavio, á quien llamaremos de ahora en adelante Augusto, quiso gobernar por medio de la razon, el pueblo que habia sometido por medio de la fuerza; y disgustado de un sistema de violencia, á que quizas lo habian obligado las circunstancias, supo establecer una bien entendida sumision, menos parecida á la servidumbre que á la antigua libertad. Uno de sus principales esmeros fué poner á los Romanos en situacion de apreciar la ventura que su modo de gobernar proporcionaba, y en lo posible, hacer insensible su dominio. No quiso hacer usode títulos desapacibles al pueblo, huyendo sobre todo del de Dictador, detestado en tiempo de Sila, y odioso en el de César. Quiso disfrazar su elevacion con títulos ya conocidos de dignidades familiares á los Romanos. De cuando en cuando adoptaba el dictado de Emperador, para conservar el mando de las lejiones, y fué nombrado tribuno, para disponer del pueblo, y príncipe del Senado, para dominar aquella corporacion.

Pero al reunir tantos poderes, se encargó tambien de las obligaciones que ellos

imponian, y así fué el alma de la tropa, del pueblo y del Senado, no usando de su poder sino para extirpar la confusion que en todas las instituciones se habia introducido. Así es que reintregó al pueblo en sus derechos, suprimiendo tan solo los manejos que se empleaban en las elecciones; devolvió al Senado su antiguo lustre, purificándolo de la corrupcion que lo contaminaba: porque se satisfizo con una autoridad templada, que no le permitia obrar mal; pero la quiso absoluta, para imponer á los otros la necesidad de obrar bien. De resultas de esta combinacion, el pueblo fué menos libre, para ser menos sedicioso; el Senado menos poderoso, para ser menos injusto. La libertad perdió la aptitud de hacer daño, sin disminuir en lo mas pequeño su virtud propia de contribuir á la ventura de los hombres.

Ya en los primeros dias de su autoridad soberana, tuvo la satisfaccion de ver cerradas las puertas del templo de Jano; lo que no se hacia sino cuando todo el imperio estaba en paz. Eusebio observa que hallándose próximo el hijo de Dios á bajar á la tierra, para traernos la verdadera paz, con Dios, con nosotros mismos, y con los demas hombres, quiso, al mismo tiempo, presentarnos una imájen de aquella paz interior, estableciendo en la

tierra una paz exterior y visible. Este reposo general, esta reunion de un gran número de monarquías en una sola, eran circunstancias altamente favorables á los designios de la Providencia, facilitando á los predicadores del Evangelio la seguridad necesaria para pasar de una provincia á otra, llevando por todas ellas la luz de la fé. Los pueblos entretanto, libres de los desatres y del tumulto de la guerra, escuchaban sin recelo la palabra divina, y la adoptaban gozosos, cuando Dios abria sus corazones por medio de la gracia.

ROLLIN.

ATICO.

POCOS de los mas distinguidos personajes romanos se han acercado tanto como Atico, á la perfeccion moral, que cabia en la esfera del Paganismo. Este hombre célebre juntó á la mas acendrada prudencia, la cortesania mas exquisita y elegante. Se le ha echado en cara, como muestra de doblez y falsedad, su amistad

intima y simultanea con hombres rivales en política, y alistados en partidos opuestos: con César y Pompeyo; con Antonio y con Bruto; con Ciceron, Clodio y Hortensio. En mi opinion, esta conducta era sensata, y cede en honor suyo. Si hubiera tomado parte alguna en las facciones que dividian entonces la República, toda su astucia no habria bastado á preservarlo del odio de la faccion contraria. Si hubiera sido bajo, rastrero, artificioso, habria incurrido en el desprecio jeneral. Lo cierto es que Atico tenia un temple demasiado elevado para bajarse á los mezquinos manejos de un partido. Su filantropía general predominaba sobre sus afectos privados, y tanto admiraba la excelencia de sus amigos, que no echaba de ver las faltas en que incurrian, á impulso de las animosidades que los separaban. Aunque vivia distante de Roma, y no procuró ejercer su influjo, si tuvo alguno, tal era su dignidad personal, que en las íntimas relaciones que mantuvo con Ciceron, y los mas altos personajes de su tiempo, no se manifestó inferior á ellos bajo ningun punto de vista. Todos ellos lo trataron con la mas alta consideracion, y el respeto que inspiraba era el que resulta de la verdadera sabiduría y de la virtud, el cual nunca puede ser imitado por la ostentacion ni el artificio.

Y no solo tuvo amistad estrecha con muchos hombres eminentes, sino que les hizo grandes beneficios: porque la Historia acredita que él no fué cortesano de la Fortuna. Siempre estuvo pronto á socorrer al que lo necesitaba, sin curarse de si sabria ó no agradecerlo. Protejió á la mujer y á los hijos de Marco Antonio, cuando estaban completamente arruinados, y varias veces envió dinero á Bruto, en el tiempo de su indigencia y persecucion.

Dedicado á las letras, y á todos los estudios que pulen y elevan el alma, era idolatrado en Atenas, donde halló grato asilo que lo escudase de turbulencias y facciones. Su situacion en aquella ciudad era digna de envidia. Colocado en el centro del saber y del buen gusto; dotado de un discernimiento exquisito para saber apreciar las obras del ingenio; amado por todos los que lo conocian, y aun festejado por los grandes y poderosos, pasó todo el tiempo de su residencia, circundado de goces puros, y de impresiones agradables. Su salida de aquel pueblo, excitó los lamentos públicos de los habitantes; y este sentimiento, expresado por hombres de tan acertado juicio como los Atenienses, es mas honorífico al ilustre Romano, que lo habria sido la pompa de la ovacion.

Aunque era hombre de mui buen gus-

to, aficionado á las letras, y amigo de tantos personajes elevados, no le faltó tiempo para emplearse en la economía doméstica. Tomó, con respecto á su familia, ciertas disposiciones particulares, propias de un filósofo. Todos sus esclavos sabian leer, y podian servirle de amanuenses. Era, segun dice un historiador, elegante, pero no magnífico; espléndido, pero no profuso. Lo que mas le agradaba era la hermosura sin afectacion, y preferia la delicadeza y el órden, á la ostentacion y á la opulencia.

Una de sus mas notables prendas, era la vehemencia con que detestaba todo lo que tenia visos de falso. Aborrecia la mentira, y por esto el doblez que algunos atribuyen á su conducta, carece de toda probabilidad. Si es cierto que se mostró poco sensible á las desgracias de Ciceron, naturalmente seria por falta de este hombre célebre, cuyas flaquezas son notorias. Quizás Ciceron se quejaba sin motivo: porque la desgracia suele ser quejumbrosa.

La bondad de su alma se manifestó en la constancia de sus amistades, y en el deleite que experimentaba en hacer bien á los hombres: pero nunca brilló mas que en toda su conducta como hijo y como hermano. Su madre vivió hasta la edad de noventa años, y él solia decir que jamas habia alterado la mas pequeña nube,

la cordial armonía en que habia vivido con la que le habia dado el ser. Tambien se gloriaba del cariño reciproco que se tenían él y su hermano.

Murió en avanzada edad, y es de lamentar que despues de una vida tan arreglada, precipitase este hombre su muerte, negándose á tomar alimento, á fin de evitar los dolores de una enfermedad aguda. Obró en esto conforme á las doctrinas de la secta filosófica en que se habia alistado, y una de cuyas máximas era considerar el dolor como el mayor de los males. Otro habria sido el fin de Atico, si hubiera vivido en época posterior, cuando empezaron á dominar en el mundo preceptos mas sanos que los de Epicuro.

Knox.

Reinado del Califa Abdurraman en Córdoba.

 A familia de los Abasides ocupaba el trono de Bagdad. Era aquella ciudad, no solo el centro del poder político, sino la morada de la magnificencia, de los placeres, del saber y de la literatura. Allí se recojian cuidadosamente los restos de la ilustracion griega, y el Califa procuraba celosamente fomentar su estudio: «porque, decia, los elejidos de Dios, y sus servidores mas gratos y mas útiles, son aquellos cuyas vidas se consagran á la mejora del entendimiento.»

Los Califas de Egipto no cedian á los de Bagdad en aficion á las cosas buenas. Componian su biblioteca cien mil volúmenes, copiados con la mayor elegancia, y encuadernados con lujo, y los prestaban liberalmente á todos los estudiantes del Cairo.

Sin embargo, los Omeyades de Córdoba sobrepujaban á unos y á otros en su amor á las letras, como tendremos ocasion de manifestarlo, en lo que vamos á decir sobre el reinado de Abdurraman III.

Subió este monarca al trono el mismo dia en que fué enterrado su abuelo Abdalá, y al punto le confirió el pueblo muchos títulos que indicaban su afecto y veneracion: pero el que usaba él con mas frecuencia, era el de *Defensor de la lei de Dios*. Su madre se llamaba María, y era hija de padres cristianos. La índole del nuevo príncipe era excelente; grande su saber, y su prudencia harto superior á su edad; porque apenas tenia veinte y dos años cuando subió al trono. En sus modales era agradable y comedido; de buena presencia, tez blanca, ojos azules y vivos, y tenia una conversacion afable, que indicaba la gentileza y bondad de su corazon. Estas prendas lo hacian tan grato al pueblo, que el dia en que tomó posesion del mando, fué de gran regocijo en toda la nacion. El príncipe Almudafar, su tio, fué el primero que le juró fidelidad, y el Califa recibió este homenaje con lágrimas de ternura.

El primer acto de su reinado fué apaciguar la rebelion que habia amargado los últimos años de la vida de su abuelo. Con-

tribuyeron en gran parte al logro de este objeto sus suaves persuasiones, y la notoria dulzura de su temple. Muchos de aquellos disturbios habian provenido de las reyertas en que habian tomado parte las principales familias de Arabes y Africanos establecidas en España. El halló modo de poner término al mal, ya con reconvencciones amistosas, ya con favores concedidos á los agraviados, para evitar todo motivo de envidia. Tan buen efecto produjeron estas medidas, que cuando expidió la proclama anunciando su salida á campaña, en contra del rebelde Hafsun, todos los hombres que podian llevar armas, se presentaron voluntariamente á servirlo, y en la eleccion que se hizo entre ellos, resultaron cuarenta mil combatientes robustos y aguerridos. Almudafar tomó á su cargo la direccion de la campaña, como habia hecho en el reinado precedente, y el mando de la vanguardia; el Califa se puso á la cabeza del cuerpo principal del ejército, y confió las alas y la retaguardia á caudillos expertos.

El ejército de Abdurraman, aunque inferior en número al de los rebeldes, lo superaba en la fuerza de caballeria, y en la calidad de las armas: así que, despues de un obstinado combate, que duró un dia entero, Hafsun se retiró vencido, dejando

siete mil muertos en el campo de batalla. Esta victoria costó al Califa la pérdida de tres mil de sus mejores soldados. Vió con horror la escena de este destrozo, y mandó que los heridos de uno y otro bando fuesen asistidos con igual esmero. Despues de esta accion, dejó el cuidado de la guerra en manos de su tio Almudafar, y volvió á Córdoba, de donde salió el año siguiente para el Sur, con el designio de comprimir á los jefes árabes, que, habiéndose declarado independientes, en las inmediaciones de la Sierra Elvira, asolaban el pais y exijian contribuciones de los hacendados. La aproximacion del Califa con un ejército poderoso, bastó para que aquellos desacordados se le sometiesen, y el recibimiento que les hizo los aficionó tanto á su persona, que desde entonces fueron sus mas celosos partidarios y defensores.

Por los años de 917, los buques de Abdurraman, que volvian de una expedicion á diversos puertos del Mediterraneo, le trajeron ciertas noticias, que lo indujeron á temer graves peligros contra la seguridad de las costas de España. Decíase que los Moros de Barca y otros estados africanos, habian invadido la Sicilia, saqueado algunas ciudades de Calabria, y amenazado los puertos de Francia. Inmediatamente dió órdenes para que uno de sus mejores ge-

nerales recorriese toda la costa, y Giafar de Sevilla, hombre de gran experiencia en materias navales, pasó á Mallorca, á tomar el mando de las fuerzas que estaban allí reunidas. Entretanto, todos los arsenales se emplearon en preparar buques, capaces de hacer frente á los de los invasores.

El Califa hizo entonces un viaje á las principales ciudades de sus dominios, y en ellas fué recibido con extraordinarias demostraciones de afecto y veneracion. Detuvóse en las inmediaciones de Zaragoza, por estar todavia aquella ciudad en manos de los partidarios del rebelde Hafsun. Mas el pueblo era fiel á su lejítimo soberano, y, esparcida la noticia de su aproximacion, muchos jóvenes rompieron las puertas, y fueron á su campamento á prestarle homenaje. No tardaron los magistrados en presentarle las llaves de la ciudad: con lo cual hizo su entrada en ella, y concedió un perdon general á sus habitantes. Durante su residencia en Zaragoza, vino una embajada de Hafsun, con ciertas proposiciones de reconciliacion. Sus condiciones eran inadmisibles, y el Califa, encargando de nuevo al valiente Almudafar la campaña contra el rebelde, cuyas tropas ocupaban una parte de la Navarra, volvió á Córdova, donde llamaban su atencion algunos síntomas de insurreccion que se per-

cibian en las Alpujarras. Pudo desde luego comprimirla por algun tiempo: pero los belicosos y feroces árabes, que se habian apoderado de aquellas escabrosas alturas, continuaron en un estado mui turbulento, por espacio de tres años.

Toledo habia resistido largo tiempo á las fuerzas del Califa: pero sus medidas vigorosas la redujeron á las estremidades del hambre, y mui pronto á la necesidad de someterse. Desde entonces empezó á decaer el partido de Hafsun. Algunos de sus gefes huyeron á Galicia, donde, finjiéndose convertidos, obtuvieron el favor del rei, y dirijieron algunas invasiones de los Cristianos en los dominios del Califa. Sus tropas, vencedoras tambien en Africa, afianzaban el poder de una nacion amiga y aliada, y rechazaban en Portugal, los ataques de Ramiro, rei de Leon, con quien se habia ligado el alcaide moro de una plaza de la frontera.

Pero los trabajos pacíficos de Abdurraman le han adquirido mas ilustre renombre que sus hazañas y conquistas. Por los años de 936 puso fin á la construccion del palacio de Azahra, en una hermosa posicion, á orillas del Guadalquivir, cinco leguas de Córdoba. Rodeabánlo prados extendidos, y á estos una espesa y antigua selva. Las amistosas relaciones del

Califa con los emperadores griegos, le facilitaban mármoles y operarios de Oriente, aunque tambien empleó arquitectos cordobeses, famosos por su habilidad y buen gusto. Habia en aquel edificio cuatro mil y trescientas columnas de mármol, trabajadas con gran primor. Eran del mismo material los pavimentos; y muchos de los adornos que cubrian los muros. El maderaje era de cedro tallado. En las salas y grandes cámaras habia fuentes de piedras escojidas, y la que adornaba el salon llamado del Califa, tenia enmedio un cisne de oro exquisitamente trabajado, que arrojaba agua por el pico. Coronaba esta pieza una cúpula, de cuyo centro pendia una perla de tamaño extraordinario, regalo del emperador griego. Los jardines contiguos al palacio estaban divididos en cuadros de laureles, mirtos y árboles frutales, y por medio circulaban arroyos, en cuya superficie se reflexaban las escenas deleitosas de aquellos sitios. En la cima de una elevacion situada en el centro de los jardines, estaba el pavellon del Califa, donde una fuente de azogue manaba continuamente, convirtiendo los rayos del sol en admirables vislumbres. Tambien habia allí baños de mármol, separados por cortinas de oro y seda, cuyos tejidos representaban frutas, flores y animales. Al

rededor de esta magnífica residencia fué formándose poco á poco una ciudad, cuya mezquita rivalizaba en riqueza y tamaño con la de Córdoba.

Los últimos años de la vida de Abdurraman fueron emponzoñados por una catástrofe doméstica. Nombró por sucesor á su hijo Achakem, con cuyo motivo se celebraron fiestas espléndidas. El príncipe merecía aquella distincion, como lo acreditó despues en su reinado, por sus no comunes virtudes y prendas. Su hermano Abdalá, que lo igualaba en amor á las letras, en generosidad y en ideas caballerescas y nobles, gozaba en mas alto grado que él de la aficion de los pueblos, y no faltaban en la corte personas mal intencionadas, que le inspiraban resentimiento contra la eleccion de sucesor hecha por su padre, como dictada por una parcialidad injusta. El principal amigo de Abdalá era Aben Abdildar, hombre ambicioso, quien ademas de hallarse ofendido por no habérsele dado un empleo á que aspiraba, creia que, subiendo Abdalá al trono, él seria el que realmente ejerceria el poder. Animado por estos sentimientos, trabajó incesantemente en indisponer al príncipe contra su padre, hasta que en mal hora aquel desalumbrado jóven tomó parte en una conspiracion, cuyos objetos eran

destronar al Califa, y dar muerte á su hijo Alhakem. Un cadí fiel descubrió estos designios al monarca, el cual, vacilando entre dudas y recelos, consultó á su tío Almodafar, y este, por medio de un oficial de su confianza, sorprendió á los conspiradores, reunidos á la sazón en uno de los palacios de Córdoba. Todos ellos fueron presos y conducidos á la residencia de Abdurraman en Azahra. Cuando el príncipe culpable fué presentado ante su padre, no dió otra respuesta á sus reconvenciones, que el silencio y el llanto. Aben Abdildar se quitó la vida aquella misma noche. Reunióse el Consejo de Estado y examinó al príncipe, cuyo crimen era tan claro, que fué condenado á muerte. En vano intercedió Alhakem por su hermano, á quien amaba tiernamente. El Califa le respondió: «tus súplicas son naturales, y si yo tuviera la dicha de ser un hombre privado, haria lo que me pides, y lo que me dicta el corazon. Pero como soberano, debo fijar mi vista en la posteridad, y dar al pueblo un ejemplo de mi justicia. Deploro la suerte de mi hijo, y lo lloraré toda mi vida: pero ni tus lágrimas, ni mi afliccion, ni la de toda mi familia, libertarán á ese hijo desgraciado de la pena que merece su manifiesto crimen.» Pocas horas despues fué ejecutada la sentencia.

El año de 949, llegó un embajador de Constantinopla con cartas del Emperador para el Califa. Fué recibido con gran pompa en el pavellon del jardin de Azahra, adornado para esta ocasion con ricas colgaduras de oro y seda. Abdurraman, rodeado de una corte brillante, y de una numerosa guardia de Esclavones, acojió al embajador con gran cortesia, y recibió de sus manos la carta del Emperador, escrita en vitela, iluminada de oro y azul, y encerrada en una preciosa caja, en la que estaban grabados el rostro de Jesus, y el retrato de Constantino. En la carta se recordaba la antigua alianza de los soberanos moros de España y los emperadores de Occidente, contra los Califas de Bagdad, y se pedia la renovacion de aquel tratado. El embajador, despues de haber permanecido algun tiempo en Córdoba, donde fué magníficamente hospedado, salió para Constantinopla, llevando consigo regalos suntuosos que Abdurraman enviaba al Emperador.

El último suceso notable de su vida, fué una guerra en Africa, motivada por el apresamiento que hicieron de una de sus naves, los corsarios del Soldan de Egipto. Las tropas del Califa desembarcaron en Oran, arrasaron todo el pais, hasta las puertas de Tunez, ciudad opulenta, habitada

principalmente por Judios. Los Andaluces, sedientos de botin, la atacaron furiosamente por mar y tierra. Al fin los sitiados propusieron una capitulacion, por la cual se obligaban á entregar inmensas sumas de dinero. Los sitiadores exigieron ademas grandes cantidades de tejidos preciosos, de especerías, joyas y otras riquezas, y un cierto número de esclavos y esclavas. Con esto parecieron satisfechos, y se retiraron. Una parte de estos ricos despojos se empleó en aumentar y adornar las fuentes de Córdoba, especialmente las de la mezquita principal, cuyo jardin era ya entonces célebre por la abundancia y magnitud de los palmeros y naranjos que contenia.

Todas estas satisfacciones no bastaron á curar la profunda melancolía en que el Califa estaba sepultado desde la muerte de su hijo Abdalá. Retiróse á lo mas privado de sus jardines, se alejó poco á poco de los negocios públicos, confió su direccion al príncipe Alhakem, y pasaba su vida rodeado de su familia, y de los sabios y poetas que abundaban en su corte. Uno de sus mas íntimos amigos y asiduos compañeros era el célebre Abu Ayub, hombre de saber y de otras buenas prendas, notable por el humilde traje que vestia, y por su amor á los pobres, á quienes distribuia con sus manos limosnas cuantiosas.

A este fué á quien dirigió el Califa unas palabras memorables que nos han transmitido las crónicas árabes. « He reinado, dijo, por espacio de cincuenta años, casi siempre en paz, y cuando no, victorioso. He sido amado de mis vasallos, temido por mis enemigos, respetado por mis aliados. A mi voz han acudido las riquezas y los placeres, el poder y los honores: ninguno de los bienes que el hombre puede apetecer ha faltado á mi felicidad. En esta situacion, he hecho la cuenta de los dias de felicidad pura y sin mezcla de amargura que me tocaron en suerte, y he visto que no han pasado de catorce. ¡Oh hombre! no pongas tu confianza en este mundo.»

Hácia el fin de sus dias, uno de sus mayores recreos era escuchar las canciones de Moyna, esclava jóven que le servia de secretario, y de Ayesa, cordobesa ilustre, mui nombrada por sus virtudes, saber y hermosura. Sin enfermedad aparente se fué debilitando de dia en dia, conservando enmedio de su tristeza, la suavidad y benevolencia que siempre le atraieron el cariño de cuantos lo rodeaban. Murió á los setenta y tres años de edad, y cincuenta y uno de su reinado, año de 991.

MARIA CALLCOTT.

GUERRAS DE FELIPE II CONTRA

TURCOS Y ARABES.



 HACIA la mitad del siglo XVI, el imperio otomano habia llegado al ápice de su grandeza. Soliman, rival de Cárlos Quinto, habia ensanchado sus dominios por todos los puntos de sus fronteras. Sus ejércitos habian triunfado en Persia, en Hungría, en Africa. Arrebató la isla de Rodas á los caballeros de San Juan; despojó á los Venecianos de una parte considerable de sus posesiones; saqueó las costas de Italia y España, y toda Europa estaba llena del terror que su nombre esparcía. Aliado de Francisco I contra Cárlos V, se mantuvo fiel á la alianza francesa, despues de la muerte de aquellos dos príncipes, y cuando estalló la guerra entre sus sucesores, armó una poderosa escuadra, y la envió á molestar las posesiones españolas. Piali, que mandaba aquellas fuerzas, desembarcó en Italia, en Pro-cita y en Menorca, incendió las ciudades

abiertas, y se llevó millares de cautivos á Constantinopla. Con esto los Franceses pudieron restablecerse de los desastres de S. Quintin. Felipe II se vió en la necesidad de dividir sus fuerzas, y no tardó en firmar la paz. Pero el Sultan continuó las hostilidades en las costas de Italia y España, y sobre todo, en las del norte de Africa.

El cardenal Ximenez de Cisneros habia sometido en 1509 toda la costa de los Estados Berberiscos, desde Oran hasta Trípoli. Los Españoles estaban acostumbrados á vencer á los Moros y á los Arabes, que eran quienes poblaban y defendian aquel territorio. Pero mui en breve se presentó un nuevo enemigo. Los Turcos, formidable retaguardia del mundo mahometano, vinieron á disputar á Felipe el norte de Africa y el imperio del Mediterraneo. En 1517 se apoderaron de Arjel; en 1538 ganaron la batalla naval de Prevesa; en 1552 tomaron á los caballeros de San Juan la ciudad de Trípoli. Cuando subió Felipe II al trono, esta última ciudad estaba en poder de Dragut, heredero de las altas prendas y de la fama de Barbaroja. Desde allí salian todos los años sus buques á saquear las costas de Sicilia, de Nápoles y de Andalucia.

Las únicas posesiones del rei de Es-

paña en Africa, eran Tunez, Oran y Merzel-Kivir, que se considera como el mejor puerto de aquella costa peligrosa, y algunos otros puntos menos importantes. Eran enemigas suyas las tribus árabes que los Turcos de Arjel y Trípoli sostenian. El primer ataque debia dirigirse contra ellos: su derrota habria llenado de consternacion á los Moros y á los Arabes, los cuales se habrian sometido á la mano de Dios, y humillado la cerviz al mas fuerte. Felipe II resolvió atacar desde luego á los Arabes. Mandó al conde de Alcaudete, gobernador de Oran, que se apoderase de Tlemecen. Embarcaronse tropas en Cartajena y en Málaga, para tomar parte en esta expedicion. De España se enviaron todas las municiones, y hasta los buyes necesarios para la conduccion de la artilleria, porque los Arabes habian dejado de concurrir á los mercados, desde el principio de las hostilidades. El Conde de Alcaudete se puso en marcha, entrado Julio, asoló todas las sementeras que halló en su tránsito, y puso fuego á las poblaciones. Los soldados llevaban seis dias de viveres. Una escuadrilla de diez galeras costeaba en frente del camino que el ejército seguia. A los siete dias de marcha los Españoles tomaron posesion de Mazagran, castillo fortificado, cuyos habitantes hu-

yeron á Mostaganem, cuando vieron acercarse el enemigo. Pero el mismo dia, los Arjelinos, mandados por Hachem, hijo de Barbaroja, sorprendieron la escuadrilla española, y se apoderaron de ella, despues de un combate que duró algunas horas. Los soldados presenciaron este combate desigual, desde una colina que domina á Mazagran, con el dolor de ver perecer á sus hermanos, sin poder socorrerlos. Apesar de este reves, Alcaudete prosiguió su jornada á Tlemecen. Habia llegado ya á los muros de Mostaganem, y su artilleria habia abierto fuego contra la fortificacion, cuando se vió de pronto rodeado por una nube de ginetes árabes. Al mismo tiempo el Dei de Arjel desembarcó á la cabeza de ocho mil hombres, que fueron á juntarse con los enemigos. Los Españoles eran á penas otros tantos. Cansados, sedientos, faltos de viveres, oprimidos por el calor, los Cristianos no se hallaban en estado de continuar el asedio. Entonces empezó una retirada llena de desastres. Los ginetes árabes caracoleaban al rededor del ejército, molestaban la retaguardia, y mataban á los hombres sueltos que se quedaban atras. En fin, sostenidos por las tropas de línea de los Turcos, atacaron á los Españoles con tanto empeno, que lograron penetrar en sus filas. El Conde procuró en

vano contener el desórden y la fuga de sus tropas. Arrebatado por el torrente de los fugitivos, murió ahogado á las puertas de Mazagran, adonde se agolpaban los suyos, por evitar la venganza de los enemigos. Todo el ejército se entregó á discrecion aquel mismo dia, y los que sobrevivieron á los desastres de la jornada, fueron conducidos á Arjel, y vendidos como esclavos.

Quiso Felipe aventurar otra tentativa, y enviar, al mismo tiempo, una escuadra contra Arjel: pero el Duque de Medina Celi, gobernador de Sicilia, y La Valette, Gran Maestre de los Caballeros de Malta, no habian cesado, por espacio de tres años, de representarle la necesidad de oponerse á los progresos de Dragut, gobernador de Tripoli en nombre de Soliman. Decidióse pues á enviar un ejército contra aquel pirata. El Papa, Florencia, Genova, los Caballeros de Malta y el Príncipe de Mónaco, le suministraron socorros contra el enemigo comun de la Cristiandad. La escuadra que se destinó á esta empresa, constaba de doscientas galeras, y llevaba quince mil soldados. Dióse el mando jeneral á Medina Celi, y se pusieron á sus órdenes Don Sancho de Leiva, Almirante de la escuadra de Sicilia, Don Berenguer de Requesens, que lo era de la de Nápoles, y

Guimaron, Comandante de los Caballeros de Malta. El jeneral Español, Don Alvaro de Sandi, tenia á su cargo las tropas de desembarco. La escuadra salió de Mesina en Octubre de 1559: pero tuvo que detenerse algunas semanas en Siracusa, donde los vientos contrarios la obligaron á recalar. Allí murieron muchos soldados, de la epidemia que ocasionó la mala calidad de los víveres. En fin, los vientos cambiaron, la escuadra dió vela, y llegó con felicidad á Malta: pero ya las enfermedades habian dado cuenta de la mitad de los soldados. Para llenar aquel vacío, fué necesario pedir refuerzos á Nápoles y á Sicilia: de aquí, nuevas dilaciones, de que supo aprovecharse el enemigo. En fin, Medina Celi se puso en movimiento, y en lugar de sacar ventaja del primer espanto de los Turcos y de encaminarse á Trípoli, creyó que, para facilitar esta empresa, seria conveniente apoderarse de la Isla de Meninje, situada á poca distancia de la ciudad, y llamada Djerbe por los Arabes. Habíala fortificado Dragut, mirándola como uno de los baluartes de Trípoli. La guarnicion se entregó despues de una débil resistencia: pero Medina Celi, perdió un tiempo precioso en dilaciones inútiles. Quiso reparar las fortificaciones de la Isla, y dió tiempo á que Dragut avisase á Soliman la posicion

de los Españoles, haciéndole ver cuan fácil seria destruirlos en el ancladero que ocupaban. El Sultan aprobó la idea. Ochenta galeras con lo mas escogido de los jenízaros, salieron de Constantinopla, y se dirigieron á la isla. Mandabalas Piali. Medina Celi tuvo noticia del peligro que se le acercaba, por un buque Maltes. Todavía era tiempo de hacerse á la mar, y de evitar una costa sembrada de escollos: pero el caudillo español, aturdido y confuso, y vacilando en sus determinaciones, dejó que los Turcos lo envolviesen por todas partes. Piali venció sin combatir: los soldados españoles estaban dispersos en lo interior de la isla, y los buques, casi vacios de defensores, cayeron facilmente en poder de los enemigos. Treinta fueron los tomados; murieron mil Españoles, y cinco mil quedaron prisioneros. El Duque de Medina Celi, cuya impericia habia sido la causa esclusiva del desastre, pudo escaparse, y se refugió en Malta. Habia dejado en el mando del fuerte á Sandi, prometiéndole pronto auxilios. Aquel valeroso soldado se defendió muchas semanas, contra todas las fuerzas de Piali y de Dragut. En fin, estrechado por el hambre, y no contando ya con los socorros prometidos, resolvió morir con las armas en la mano, mas bien que pasar por los males del cautiverio.

Reunió á sus soldados, y los exhortó á combatir hasta la última extremidad. Todos se comprometieron á ello con juramento solemne. A media noche salen del fuerte, y pasan con el mayor silencio las tres líneas de trincheras que habian alzado los Turcos. Sandi marchaba á la cabeza de la guarnición, y á sus dos lados Requesens y Leiva. Llegan á lo interior del campamento; sorprenden á los Turcos dormidos, y hacen en ellos horrible estrago. Ya se aproximan á la tienda de Piali, cuando les salen al encuentro los jenizaros. Empieza de nuevo con mayor vigor el combate. Los Españoles mueren, vencidos por el número: pero su jeneral se abre camino con la espada en la mano, por enmedio de tropeles de enemigos, y habiendo llegado á orillas del mar, se mete en un barco, que habia encallado durante el último combate. Allí se defiende solo hasta el amanecer. Los jenizaros, llenos de admiracion le instan á que se rinda. El no quiso entregar la espada sino á Piali.

Grande fué el regocijo que ocasionó en Constantinopla el estandarte de los Españoles, en que estaba la imájen de Cristo crucificado, y que Piali envió al Sultan, como trofeo de su victoria. Soliman fué hasta la orilla del mar, á honrar con su presencia la vuelta triunfal del vence-

dor. Acompañábalo una muchedumbre inmensa, y saludaba á Piali con estrepitosas aclamaciones. Venian en el navio almirante Sandi y sus dos tenientes, Leiva y Requesens. Bajelos turcos remolcaban las galeras vencidas, ya despojadas de mastiles y timones. Los prisioneros fueron conducidos por las calles de Constantinopla, en medio de las rechiflas del populacho, y vendidos como esclavos los que no pudieron pagar rescate.

Las derrotas de Mazagran y Meninje obligaron á Felipe II á quedarse en defensiva. En todas las costas de los dominios Españoles del Mediterraneo, se temian invasiones, desembarcos y saqueos. Felipe distribuyó fuerzas de tierra en las costas españolas, y mandó venir á España las galeras de Nápoles. Eran veinte y ocho, y entraron en Málaga, al mando de Juan Mendoza: mas estas fuerzas eran insuficientes para preservar tan dilatada costa marítima, de los ataques de los corsarios arjelinos, envalentonados por la victoria de Piali. La escuadra de Mendoza quedó destrozada en una tormenta, con pérdida de tres mil hombres, y habiéndose salvado solo tres buques. Gran dicha fué para Felipe que Soliman estuviese entonces empeñado en su guerra con el Emperador. Tuvo tiempo de respirar, y de apercibirse á los nuevos golpes

que debia aguardar de sus implacables enemigos.

En Africa fué donde empezaron de nuevo las hostilidades. Hachen se encaminó á Bujia, y despues de tomar aquella ciudad, puso sitio por mar y tierra á Merz-el-Kivir. Creia que la destruccion sucesiva de dos escuadras, no permitiria á Felipe enviar socorro á los sitiados y que el hambre los reduciria en breve tiempo. Entre tanto, millares de Arabes á caballo se adelantaban hasta las puertas de Oran. Mandaba en esta plaza el jóven Conde de Alcaudete, el cual habia confiado la defensa de Merz-el-Kivir, á su hermano Don Martin de Córdoba. Estos dos jefes opusieron una heróica resistencia al enemigo. Córdoba rechazó once asaltos, y se negó á capitular, aun despues de haber sido destruidas las murallas por el cañon del enemigo. Sin embargo, la falta de víveres lo apretaba. Felipe hizo esfuerzos inauditos para equipar otra escuadra, capaz de hacer frente á los enemigos. En los puertos de España y Nápoles se hicieron considerables armamentos marítimos, á los cuales se unieron los que suministraron el Papa y los Genoveses. Hubo tambien donativos en dinero hechos por los nobles y ricos; y muchas personas principales tomaron parte en la expedicion, á fin de contribuir á la e-

mancipacion de sus parientes y amigos. Tal era ya la decadencia de la nacion, que fue preciso emplear en esta nueva empresa las naves de guerra destinadas á convoyar los galeones de las Indias. En fin, se logró que saliesen de Cartajena treinta y cuatro galeras de gran porte, Mendoza que las mandaba atacó intempestivamente y derrotó la escuadra arjelina. Hachen levantó el sitio, y condujo el resto de sus tropas á Arjel.

Felipe continuó haciendo preparativos, temiendo que la nueva escuadra que armaba Soliman estuviese destinada á intentar un desembarco en España ó en Italia. Ayudado por el rei de Portugal, por el Papa, los Genoveses y los Florentinos, reunió en Málaga ochenta y ocho buques, y trece mil hombres, cuyo mando obtuvo el conde D. García Toledo. Estas fuerzas se dirijieron al Peñon de Velez, asilo de innumerables corsarios. La empresa tuvo un éxito favorable, y Toledo recibió en galardón al vireinato de Sicilia. Dragut y Hachem empezaron á tener miedo, y suplicaron al Sultan que los ayudase á expulsar á los Cristianos del Africa. Soliman abrigaba miras mas audaces: queria nada menos que atacar de un golpe á los Caballeros de Malta y al rei de España. Aconsejaronle que se apoderase desde lue-

go de Sicilia , y ya pensaba en practicar este designio , cuando supo que los Caballeros habian apresado el galeon de las sultanas , y juró en un arretrato de cólera que Malta seria destruida. Mil y doscientos buques y ochenta mil genizaros , mandados por Mustafá y Piali , fueron destinados á ejecutar aquella resolucion. Al presentarse esta formidable expedicion á vista de la isla , los Caballeros resolvieron perder la vida , antes que ceder. El intrépido La Valette dirijia la defensa , y no obstante el peso de los años , sostenia con su ejemplo el valor de sus hermanos. Todos los asaltos de los Turcos fueron rechazados , y ya habian perdido la mitad de su jente , cuando la llegada de seis mil Españoles acabó de destruirlos. Piali levantó el sitio , y condujo á Constantinopla los restos malparados de su ejército.

Soliman murió al año siguiente , y dejó el trono á su hijo Selim II. El nuevo Sultán resolvió dar principio á su reinado por un gran golpe contra los Cristianos. Aconsejábanle que atacase algun punto de la península española , expuesta entonces á gran peligro , por la rebelion de los Moriscos. Estos desventurados habian implorado el socorro de Selim , y el Mufti apoyaba su solicitud , incitando á su soberano á que aventurase una expedicion,

que le coronaria de gloria, aun en el caso de tener un éxito desgraciado, y que, en la suposicion contraria, podria tener resultados inmensos. Selim se decidió por una empresa mas fácil; mandó á Piali y Mustafá que se apoderasen de la Isla de Chipre, dominada por los Venecianós. Mientras estos dos jefes desempeñaban cumplidamente su encargo, otra expedicion turca, por un ataque tan imprevisto como audaz, conquistaba á Tunez.

Los Turcos mancharon su victoria con horribles crueldades. Grande fué el dolor que estos sucesos ocasionaron en toda Europa: de cuya impresion se aprovechó Paulo V, para predicar una cruzada contra aquellos bárbaros. Venecia y el rei de España, que acababa de exterminar los Moriscos de las Alpujarras, respondieron al llamamiento. Formóse una liga contra los Turcos. Felipe II se comprometió á pagar la mitad de los gastos; Venecia las tres cuartas partes de la otra mitad, y el Papa á completarla. Pronto se puso en ejecucion aquel pacto. España equipó una escuadra de setenta bajeles; á ellos se unieron todas las fuerzas marítimas de los otros dos aliados, y no tardó en salir de Mesina una escuadra de doscientos cincuenta buques, con cincuenta mil soldados. Don Juan de Austria era el jeneralísimo de todas estas

fuerzas. Bajo sus órdenes, Antonio Colona mandaba las galeras del Papa, y Venerio las de Venecia. Selim por su parte habia hecho armamentos formidables. Halí mandaba las galeras turcas. Las dos escuadras se encontraron en el golfo de Lepanto: el combate fué largo y tenaz. Cervantes, que se distinguió entre los mas valientes, perdió la mano derecha de un balazo, y no quiso retirarse del conflicto. La victoria fué de los Cristianos. Desanimados por la pérdida de su jeneral, y ansiosos de escapar á tantos peligros, los Turcos se dispersaron por las costas de Livadia, abandonando sus bajeles al vencedor. Habian perdido veinte y cinco mil hombres en la refriega; diez mil entregaron las armas; ciento y treinta buques enemigos quedaron en poder de los Cristianos, y Don Juan tuvo la satisfaccion de romper las cadenas de diez mil cautivos. Los restos de la escuadra turca se incendiaron ó se fueron á pique, y treinta galeras solamente entraron en Constantinópla. Los Turcos tuvieron que confesar por primera vez, que si Dios les habia dado el imperio de la tierra, el de la mar pertenecia á sus enemigos.

La noticia de tan ínclita hazaña fué recibida en toda Europa con el mas vivo entusiasmo. Don Juan de Austria fué ce-

lebrado como el héroe de todas las naciones, y el vengador de la Cristiandad. El Papa aplicó al vencedor las palabras de la Escritura: «hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan.»

Sin embargo, la jornada de Lepanto no tuvo todas las consecuencias que de un hecho tan importante podrian aguardarse. La discordia debilitó á los vencedores. El almirante Veneciano se negó á tomar parte en la expedicion que meditaba Don Juan de Austria para apoderarse de los Dardanelos. Por otra parte, el rei de España no permitió que su hermano aceptase la corona real que le ofrecian los Cristianos de Albania y de Macedonia. Durante estas vacilaciones, los Turcos empezaron á volver en sí. Cuando el embajador de Venecia pidió una audiencia al Gran Visir, este le respondió con altaneria: «vienes sin duda á saber como nos ha sentado el golpe que hemos recibido. Sábeta que hai gran diferencia entre vuestras pérdidas y las nuestras. Con quitaros un reino, os hemos cortado un brazo; con dispersar nuestra escuadra, no habeis hecho mas que afeitarnos. Un brazo cortado no vuelve á crecer: la barba sí.»

Esta respuesta no era una fanfarronada. Durante el invierno que siguió á la batalla de Lepanto, los Turcos construyeron

en los arsenales de Constantinopla ciento y cincuenta galeras, y ocho galeotas, y el mes de Junio del año siguiente, salió de aquel puerto una escuadra de doscientos cincuenta navios. Los Venecianos se asustaron y pidieron la paz. Las condiciones con que la obtuvieron eran tales, que no parecia sino que los Turcos habian triunfado en Lepanto. Felipe recibio aquella noticia con aparente frialdad, y aseguró que solo habria entrado en la liga, por dar gusto al Papa. «Abandonenme en buen hora, dijo, los Venecianos. Pelearé solo con los infieles, y solo yo defenderé la Cristianidad.»

Don Juan de Austria tuvo orden de recobrar á Tunez. El capitan Bajá habia regresado á Constantinopla. La mar estaba libre, y la empresa parecia tanto mas fácil, cuanto que los Turcos no ocupaban mas que la ciudad, y los Españoles habian quedado en posesion del fuerte de la Goleta. Don Juan dio la vela en Zavignana, puerto de Sicilia, á 7 de Octubre de 1572, aniversario de la batalla de Lepanto, y despues de una feliz travesia, se presentó á vista de Tunez, con una escuadra de noventa galeras, y un numeroso cuerpo de tropas de todas armas. Los Turcos evacuaron inmediatamente la ciudad, y de ella tomó posesion Don Juan, en nombre del

Rei de España. Hechas las disposiciones que creyó convenientes para reforzar sus fortificaciones, Don Juan volvió á Sicilia, dejando el mando de Tunez á Gabriel Zerbellones, con cuatro mil Españoles, otros tantos Italianos, y un cuerpo de caballeria.

El Papa á la sazón solicitaba de Felipe II para Don Juan de Austria la soberanía de sus conquistas, y, pendiente esta negociacion, se hacian grandes preparativos en Turquía para recobrar á Tunez. Delante de esta plaza se presentó, á mediados de 1574, una escuadra de doscientos sesenta y ocho galeras, con cuarenta mil hombres de desembarco. Don Juan se dió prisa á reunir fuerzas para contrarestar esta empresa. Pero las borrascas tan frecuentes en aquellos mares, y los vientos contrarios lo detuvieron muchas semanas en los puertos de Sicilia, mientras que los Turcos recibian poderosos auxilios de Arjel y de Trípoli. Habian empezado al mismo tiempo las hostilidades contra Tunez y la Goleta. La ciudad cedió sin esfuerzo, y fué saqueada por espacio de tres dias: pero la ciudadela opuso una resistencia tenaz. Doscientos cañones, y treinta y tres estandartes cayeron en poder de los Turcos. Sinan Bajá que los mandaba, hizo volar las fortificaciones, para quitar á los Españoles toda esperanza de reconquista. En seguida, puso

asedio á otro fuerte recientemente construido, y que aun no estaba enteramente acabado. Pagano Doría y Juan Sinoghera le opusieron una resistencia heroica. Tres veces subieron los Turcos al asalto, y tres veces fueron rechazados por todas partes. En fin, al cuarto asalto, la superioridad del número les aseguró la victoria. No conservaban ya los Españoles sino un castillo colocado en una Isla, al cual se refugiaron los dos jefes que hemos nombrado. La guarnicion se defendió largo tiempo, con un valor digno de mejor suerte: pero fueron inútiles todos sus esfuerzos. Rindiose, y fué esclava. Los Turcos demolieron los tres fuertes, y desde entonces quedaron dueños de Tunez, que llegó á ser, como Arjel y Trípoli, un nido de piratas.

Felipe II quedó reducido á mantenerse en un sistema puramente defensivo. Inspirábale grandes recelos la suerte de las otras posesiones que conservaba en Africa, y le era preciso poner al abrigo de un ataque las costas de sus vastos dominios en el Mediterraneo. Selim II murió poco despues de los sucesos de Tunez. Amurates III, que ocupó su trono, hizo con Felipe una tregua de tres años: pero no la observó fielmente. Cada primavera salia el Capitan Bajá de Constantinopla, con cincuenta navíos, para que las chusmas no olvidasen

las prácticas de la guerra y de la navegacion, y para sostener el espíritu belicoso de los jenízaros, con la codicia del botin. Entonces los habitantes de las costas de Italia y España, huían tierra adentro, llevándose consigo sus familias y sus bienes. Pero muchas veces los Turcos los alcanzaban en su fuga, y los trasladaban á sus bajeles, para venderlos como esclavos en los mercados de Oriente. Los ataques periódicos de los corsarios africanos, aumentaban el terror que inspiraba la media luna. Sin embargo, no hubo ya hostilidades regulares ni abiertas entre Turquía y España, y la tregua de 1578, se prolongó hasta el fin del reinado de Felipe, no obstante los esfuerzos que repetidas veces hizo la reina Isabel de Inglaterra, para inducir á los Turcos á un solemne rompimiento.

WEISS.

EXTRACTOS DESCRIPTIVOS.

LA NATURALEZA Y EL ARTE.

SI examinamos la aguja mas fina con la ayuda del microscopio, veremos que la punta no es mas que una masa desigual y escabrosa. La superficie, tan lisa á los ojos desnudos, se presenta cubierta de agujeros y tolondrones, como el hierro que acaba de fundirse. Pero si se observa del mismo modo el aguijon de una abeja, hallaremos que su exquisita tersura no tiene la menor interrupcion, y que la punta acaba en una linea tan sutil, que su extremidad no puede distinguirse, ni aun con el vidrio mas fuerte. Coloque en el mismo aparato un pedazo del lienzo el mas delicado y fino, y se nos presentará como una celosía tosca, ó como un tejido de sogas de esparto. Un pelo de seda, visto con el mismo instrumento, ofrece una línea perfectamente bruñida y brillante.

En general, mientras mas de cerca observamos las obras de la naturaleza, mas nos asombra su exquisita perfeccion. ¿A quién no sobrecoje de admiracion la pequenez incalculable de los órganos de esos insectos casi imperceptibles? ¡Qué profusion de magníficos tintes en sus alas! ¡Qué lustre en el barniz de sus corazas! ¡Qué delicadeza en todos sus miembros! Un insecto que apenas pueden distinguir nuestros ojos del grano de arena mas menudo, encierra un aparato complicadísimo de músculos, venas, tendones y otros amaños necesarios á su subsistencia y propagacion.

La misma regularidad y hermosura se nota en los vegetales. Cada tallo, cada pimpollo, cada pelo, cada semilla ostenta figuras, proporciones y armonías, que están mucho mas allá del alcance del arte. No hai planta por despreciable que parezca, cuya hoja mas menuda no contenga una muchedumbre infinita de poros y vasos, admirablemente dispuestos para la transmision de los jugos necesarios á su nutricion y aumento.

Alguno podrá preguntar ¿de qué sirve tanto aparato en tan insignificantes producciones? Ese mismo esmero con que la Providencia las ha tratado, manifiesta que no son tan insignificantes como á primera vista nos parecen. Si ella no se hubiera pro-

puesto otro fin que el de comunicarnos por este medio una idea de su poder y sabiduría, esto solo bastaría para justificar la ejecucion de tantos portentos, y esto solo debería inducirnos á estadiarlos, y sacar de ellos nuevos motivos de adoracion, respeto y amor al Ser que los ha creado.

En fin, la naturaleza es una magnífica pintura que representa á nuestra inteligencia la perfeccion de la Divinidad. No solo nos revela su existencia, sino su unidad; su poder, su sabiduría, su independencia y su bondad. Su unidad está patente en la armonía que vemos dominar en todas las partes de la Creacion; en el único fin á que todas ellas están encaminadas; en la conformidad con que se ajustan á este fin los medios con que todas las operaciones se desempeñan, y todos los fenómenos se producen. Por todas partes descubrimos la accion y la reaccion, empleadas en conservar en unos casos el orden, en otros la vida; siempre el equilibrio, la armonía y la estabilidad. La demasiada humedad pudriria las simientes; el calor demasiado las secaria. Ni en uno ni en otro caso podria haber vejetacion. Para que la haya, es preciso que aquellos dos principios opuestos se modifiquen y neutralicen entre si; que de su misma oposicion brote la fecundidad. Esta lucha de

fuerzas contrarias se observa en todo, lo que vive, en todo lo que se mueve, en todo lo que existe.

La sabiduría, el poder y la independencia lucen en todo el plan del universo, tanto como en la mas imperceptible de sus partes. Solo la sabiduría infinita pudo multiplicar con tan asombrosa variedad las causas, los agentes, los movimientos, los fines y los medios, las facultades, las combinaciones, las mudanzas, las vicisitudes de las cosas creadas. Solo el poder infinito fué capaz de convertir la nada en moles tan portentosas como los astros; de esparcir en los cielos, como si fueran granos de arena, tantos cuerpos opacos y luminosos; de mantener esos hogares de fuego vivísimo, cuya intensidad no cabe en los límites de nuestra fantasia. Solo una infinita independencia pudo trazar y llevar á cabo un sistema tan vasto de seres, productos y fenómenos, en que se descubre un solo pensamiento, cuya sujecion á otro pensamiento extraño, seria la mas absurda, la mas contradictoria de las suposiciones.

Y en cuanto á la bondad divina ¿á quién puede ocultarse que todo lo que existe, existe para nuestro bien y nuestra perfeccion? Solo con habernos hecho capaces de amar, nos ha conferido un beneficio que reclama nuestra mas sincera gratitud:

porque con el amor, bien dirigido y cimentado en la práctica del bien, no solamente nos es dado endulzar las penas de la vida, y sentir los goces mas suaves y puros; no solo nos iniciamos en el ejercicio de la caridad y de la beneficencia, que son manantiales perpetuos de solaz y delicia, sino que las puertas del cielo se nos abren, y nos hacemos dignos de aquellas recompensas que el mismo Dios ha prometido á los que amaron mucho.

FERGUSON.

La naturaleza inculta y la naturaleza cultivada.

 A Naturaleza es el trono exterior de la magnificencia divina. El hombre que le contempla y estudia, se eleva por grados al trono interior de la Omnipotencia. Destinado á tributar adoraciones á Dios, por esto solo tiene derecho á dominar las otras criaturas. Vasallo del Cielo, rei de

la tierra, el hombre la puebla y la enriquece; introduce en los seres vivos el orden, la subordinacion y la armonia; ennoblece su aspereza, cultivándola y ensanchando la esfera de su fecundidad. Ved esas playas desiertas, esas tristes rejiones en que el hombre no ha fijado su morada; vedlas cubiertas, ó mas bien, herizadas de bosques espesos y oscuros; de árboles encorvados, rotos; cayéndose de decrepitud los unos; los otros abatidos, pudriéndose sobre montones de los ya podridos; ahogando los brotes dispuestos á dilatarse y florecer. El aspecto que ofrece aquí la naturaleza, es el de la vejez degradada. La tierra, oprimida de un peso inútil, no da mas que frutos impuros y viles.

En las rejiones mas bajas, las aguas, se estancan y se corrompen. El fango, masa inmundada ni sólida ni líquida, reusa toda especie de servicio y utilidad á los habitantes de la tierra y del agua. Los pantanos, revestidos de plantas acuáticas y fétidas, no alimentan sino insectos venenosos y animales impuros.

Entre estos pantanos infectos, y las selvas decrepitas que ocupan las tierras altas, se estienden unas llanuras que no presentan la menor semejanza con los prados. Las yerbas malas, que abundan en su superficie, ahogan las bellas y las útiles.

No busquéis allí el cespéd suave y esmaltado, señal de fertilidad y de riqueza. Solo vereis yerbas duras, espinosas, vegetales agrestes, entrelazados unos con otros, como para luchar entre sí y rechazarse reciprocamente. No descubrireis un sendero, una huella, un solo vestigio de inteligencia ó de trabajo. El hombre sigue la traza de la fiera, perdido en aquellos matorrales; detiénese al escuchar un ruido asombroso, el cual no le asusta menos que el fúnebre silencio de aquellas soledades. Entonces vuelve atras y dice: «la naturaleza bruta es horrible: mas yo puedo darle vida y hacerla agradable. Demos curso á estas aguas detenidas; purguemos esos pantanos de la humedad dañosa que los contamina; formemos con ellas canales y arroyos; empleemos ese elemento activo y devorador, que con nuestros esfuerzos hemos sacado de las masas en que residia oculto. Apliquemos la llama á esas selvas, y destruyamos con el hierro, lo que el fuego no haya podido consumir. Entonces desaparecerán los juncos y la maleza, y ocupará su lugar una vegetacion hermosa y productiva. Los triscadores rebaños se gozarán en ese suelo rejuvenecido; en él encontrarán sabroso alimento, y se multiplicarán en razas numerosas. Empleemos estos nuevos seres en la consumacion de nues-

tra obra. Sometidos al yugo, los bueyes rompan la tierra, y preparenla á tributar-nos continuas riquezas. Transformese la naturaleza por medio del cultivo, y salga espléndida, fructífera y hermosa de nues-tras manos.»

Si: hermosa es la naturaleza cultivada: pero lo que mas contribuye á su hermosu-ra, lo que forma su principal ornamento es el hombre. El es la mas noble de sus producciones. Con él se multiplican todos los gérmenes productores que la naturaleza guarda en su seno, de donde él solo ha sabido sacarlos. Ved cuantas cosas se de-ben al trabajo del ser privilegiado. Con su ingenio y con sus manos perfecciona y mul-tiplica sin término las flores, las frutas y los granos; transporta, propaga y aumenta las especies de animales útiles; persigue, reduce y confina las dañosas; arranca de las mas hondas cavernas el oro, y el hier-ro mas precioso que el oro; comprime los torrentes, y dirige y encajona los rios; somete y reconoce los océanos, y los atra-viesa de un continente á otro. Merced á su poderío y á sus esfuerzos, la tierra no contiene un punto donde no pueda pene-trar y enseñorearse. El ha cubierto los valles, de pastos abundosos; las llanuras, de ópimas cosechas; las colinas, de viñas y de verjeles; sus cumbres, de selvas amenas

y de frondosas espesuras. Asi es como los desiertos se han convertido en ciudades; en sendas cómodas, en estados populosos y activos. Otros innumerables monumentos de gloria y de poder testifican el doble dominio que ejercen conjuntamente en la tierra la naturaleza y el hombre.

Sin embargo, el hombre reina, por derecho de conquista, y no reina tanto para poseer como para gozar. Solo á fuerza de esmeros, puede conservar su dominio. Si aquellos cesan, la naturaleza recobra su poderio, borra las obras del hombre, cubre de musgo y de polvo sus mas orgullosos monumentos, dejándole el sentimiento de haber perdido por su falta, lo que sus antecesores habian ganado con tanta fatiga. A estas épocas desventuradas, siglos de barbarie y de ruina, precede siempre la guerra, y siguen el hambre, y el contagio, y la despoblacion. El hombre, que solo es fuerte por el número, que nada puede sin union con otros hombres, que no es feliz sino en la paz, se arma para hacerse desventurado, y pelea por su ruina. Excitado por la insaciable codicia, obcecado por la ambicion todavia mas insaciable, abdica los sentimientos propios de la humanidad, dirige sus armas contra sí mismo, se empeña en destruirse, y se destruye en efecto; y tras largos dias de carniceria y de sangre, cuando

se disipa el humo de la gloria, echa sus miradas tristes, en la tierra despojada de sus tesoros, y contempla con dolor la ruina de las artes, la dispersion de las naciones, la desolacion de los pueblos, la aniquilacion de su propia ventura, y su poder convertido en penuria y flaqueza.

BUFFON.

El orden y el desorden en el mundo físico.

QUE significan estas palabras *orden y desorden*, aplicadas al gobierno del universo visible?

Penetremos en ese valle que tenemos á la vista. Protejen su recinto montañas empinadas, cuyas cimas cubiertas de eterna nieve, reflejan en vistosos tornasoles, todas las luces del astro del dia. En alturas desiguales, debajo de la rejion de las nieves, se descubre un vasto y espeso pinar, que da mas realce á la brillantez del

cielo, con el verde oscuro de sus copas. Las colinas mas ó menos elevadas, que se apoyan en los costados del monte, ofrecen á nuestras atónitas miradas, paisajes magníficos por un lado, por otro soledades agrestes; aquí, misteriosos y pacíficos asilos; allí, perspectivas remotas, cuyas líneas fujitivas van á confundirse en el azul de los cielos, ó á reflejarse suavemente en las ondulaciones inciertas del majestuoso lago que sirve de límite al horizonte. Despréndense de los altos depósitos que los alimentan, corrientes de agua tan pura como el aire que se respira, y distribuidas en transparentes arroyos, ó en vistosas cascadas, realzan la hermosura del golpe de vista. Ved cuan acertadamente se combinan esas cabañas dispersas, con el verde que las circunda. Protejenlas de los vientos del norte, y de los molestos calores del Estio, bien repartidos grupos de olmos, y de hayas y de encinas. Cada una de esas rústicas habitaciones tiene su vergel, con su frondoso vallado, en que brotan de cuando en cuando algunos fragantes arbustos. Delante están los sembrados, donde todos los años se recojen ópimas cosechas, mientras que en lo mas hondo del valle, pacen los ganados en las fecundas praderas, interrumpidas por bosquecillos de mosquetas y de chopos. Parece

que estamos en la mansion eterna de la paz y de la alegria. ¡Qué vivamente expresan su ventura los rostros de esas mujeres, de esos niños, de esos ancianos, reunidos en torno de sus habitaciones, y dedicados á los trabajos que sus fuerzas les permiten! ¡Cuánta elevacion y cuanta serenidad, qué sencilla confianza, y qué bondad varonil se advierten en las facciones de esos jóvenes robustos, que, al lado de sus venturosas familias, se encargan de los trabajos penosos de la labranza y del pastoreo! ¿Ois esos acentos prolongados, esos cantos melodiosos, que salen de todos los ámbitos de esa tierra bienhadada, para celebrar al repartidor de tantos bienes? ¿Cuán sublime es ese concierto solemne de adoracion y de gratitud?

Pero, decid, ¿de dónde viene esa suave agitacion que sentis involuntariamente, á vista de una escena tan grata? ¿Porqué teneis mas elevacion en los pensamientos, mas amplitud en la sensibilidad, mas vigor en vuestras facultades? Porque aquí no hai mas que realidad; no hai mas que vida; porque aquí todos los seres viven en armonía con otros, sin chocar entre sí, sin dañarse, sin estorvar sus mutuos progresos; porque, en medio de tanta diversidad de formas, de colores, de calidades y de destinos, no hai nada que altere el plan gene-

ral del conjunto; en una palabra, porque aquí se manifiesta en toda su majestad y en toda su abundancia, ese órden poderoso de la Naturaleza, cuya condicion esencial es dar á cada cosa su armonía, es decir, la plenitud de su ser y de sus relaciones, componiendo sin cesar, con todas las armonías particulares, nuevas armonías, progresivamente mas variadas y mas entendidas.

Pero se oye un ruido imprevisto. De lo alto de las montañas se precipita con estrepito un derrumbe formidable. Su enorme volúmen rompe, ajita, conmueve las columnas de aire que atraviesa en su caída. De este trastorno repentino, nacen los vientos precursores de la tempestad. Cediendo á su accion impetuosa, los vapores esparcidos en la atmósfera, se condensan y se transforman en nubes amenazadoras. El astro del dia se oscurece; propagase por el hemisferio y por los horizontes una tiniebla densa y portentosa, cuyos fúnebres tintes, ensanchándose rapidamente, envuelven los bosques soberbios, los prados alegres, y el verde risueño de las colinas. Estallan al fin los elementos; crúzanse en el cielo los relámpagos; retumba el trueno en los cóncavos espacios, y repitenlo con hondos mujidos los ecos de los montes. El lago se ajita violentamente, y alza con fu-

ror sus hinchadas espumas. Los árboles mas añosos vacilan; los arbustos tuercen sus tallos flexibles. De pronto, se desploman con estruendo raudales furibundos; hinchanse los arroyos, y se convierten en torrentes destructores; la lluvia se acumula, y el valle, que, hace poco, nos recreaba con tantas promesas de ventura y de abundancia, no ofrece ya mas que una confusa escena de desolacion y de ruina. ¿De dónde viene la turbacion que os ajita? ¿Porqué se conmueven vuestros sentidos, se entristecen vuestros pensamientos, y todas vuestras facultades se desazonan? Porque veis interrumpida la vida, dislocadas las realidades, y detenidos los progresos que admirabais hace poco; porque ya no descubris influjos saludables ni emanaciones benéficas: porque está en suspenso el orden, y no se os ha comunicado el desig-nio que la Omnipotencia se propone, cuando rompe con estas crisis espantosas, lo que nosotros creemos que es un plan constante, un sistema uniforme, como el que seguimos los hombres en nuestras deleznables empresas.

BERGASSE.

Excelencia de la naturaleza del Hombre

 **L** hombre indica en todo su aspecto que el dominio de la tierra le pertenece. Su actitud erguida y perpendicular manifiesta que es superior á todos los seres vivos. Impresa está en su rostro la nobleza de su oríjen. La excelencia de sus dotes naturales se descubre en sus órganos, y anima sus facciones con un fuego divino. Su porte majestuoso, su paso firme y enérgico, son señales de poderío y preponderancia. Las partes de su configuracion que se ponen en contacto con la tierra, son las que están mas lejos de aquellas en que residen la razon y los afectos: asi es que ve la tierra á sus plantas, como si su deber fuera desdeñarla. No le han sido dados los brazos para servir de puntos de apoyo á la masa de su cuerpo, ni para que sus manos se rocen con la tierra, perdiendo así la delicadeza del tacto, que reside principalmente en aquellos órganos: sino para mas nobles y mas útiles

servicios; para ejecutar las órdenes de la voluntad; apoderarse de las cosas remotas; apartar obstáculos y evitar choques y encuentros; para agarrar lo necesario, lo útil, lo agradable, poniéndolo al alcance de los sentidos.

Cuando el alma está tranquila, todas las partes del rostro se mantienen en reposo perfecto. Su proporcion, su union, su conjunto, anuncian la blanda armonía de los pensamientos, y corresponden á la serenidad interior. Pero cuando el alma está ajitada, el rostro humano llega á ser un cuadro vivo, en que las pasiones se pintan con tanta enerjía como finura. Cada movimiento del alma se expresa entonces en cada una de las facciones. A despecho de la voluntad, damos á entender claramente, por medio de signos inequívocos, todo lo que en secreto nos atormenta.

Los sentimientos se retratan principalmente en los ojos. A estos órganos parece que el alma pertenece con cierta especialidad. La mirada participa del temple del espíritu: expresa las pasiones mas vivas y mas tumultuosas, asi como los afectos mas suaves y delicados. Ella los interpreta con toda su pureza, con todo su vigor: de tal manera, que traslada á otra alma la passion ó el sentimiento que les da oríjen. Los ojos reciben y comunican la luz del pen-

samiento, y el calor de la voluntad. La vista es el sentido peculiar de la razon, y el lenguaje de la intelijencia.

BUFFON.

LA TIERRA Y EL MAR.

LA diámetro de la tierra no tiene menos de 2.500 leguas, ni menos de 7.000 su circunferencia. La superficie está dividida en parte sólida y parte líquida, y toda ella mide 66.504.197. leguas cuadradas, de las cuales 53.507.342 están ocupadas por oceanos y mares.

La superficie de la parte sólida del globo es un inagotable laboratorio de operaciones exquisitas. Su desigualdad, lejos de ser una imperfeccion, aumenta su utilidad y su hermosura, porque donde se hunde en valles profundos, en que vienen á manar, por las leyes constantes de los líquidos, las aguas desprendidas de las elevaciones, se agolpa la vejetacion abundosa y variada, para suministrar al aire los elementos que necesita la respiracion; para su-

ministrarnos copiosos y salutíferos alimentos; madera que el arte transforma en mil amaños necesarios y útiles; simples que curan nuestras dolencias; filamentos que cubren nuestras carnes, y un sin número de otros productos, que contribuyen eficazmente á nuestra holgura y á nuestros goces. Mas allá se dilata una estensa llanura, que el hombre hiende con el arado, para sacar de su seno las cosechas á que deben su alimento millones de seres humanos. A otro lado se elevan colinas de moderada altura, á cuyos pies se detienen las corrientes producidas por las lluvias invernales. ¿No veis en ellas otros tantos diques que evitan el desperdicio y la evaporacion de ese líquido precioso, indispensable al crecimiento del arbusto como del cespéd, del roble que cuenta siglos, como de la tenue corola donde acude la abeja á recoger su botín perfumado?

Detras de ese gracioso anfiteatro de colinas, se alzan mas voluminosas protuberancias; montes redondos y anchos, cortados por sinuosidades no demasiadamente profundas. No preguntéis de qué sirven. Vedlos cubiertos de cedros y hayas, de pinos y de robles, y contad si podeis los servicios que os presta esa sustancia tenaz y flexible, solidísima y lijera, que sostiene y adorna nuestras habitaciones, y que os ha

dado los medios de recorrer los mares, medir el globo y descubrir nuevos mundos. Y si os asombra ese último término de la perspectiva; ese gigante peñasco y tremendo cuya cima parece sostener la bóveda del firmamento, ¿no la veis constantemente envuelta en inmensos vapores condensados? Allí está la misteriosa manufactura de esas corrientes magníficas, que fertilizan el suelo y ponen en comunicacion los pueblos distantes. ¿Dónde está la cuna del Ganges sino en Himalaya? ¿Dónde la del Ródano sino en los Alpes? ¿Quién suministra sus raudales copiosos al Amazonas, sino las plateadas cúpulas del Chimborazo?

Descendamos del piso bajo de nuestra habitacion comun á sus cavidades subterráneas, y nos pasmaremos al examinar las precauciones que ha tomado, en aquellas hondas rejiones, la sabiduría divina, para llevar á cabo los fines benéficos que se propuso. Allí están dispuestas las capas de los diversos materiales que forman la costra del globo, del modo mas adaptado á la conservacion y distribucion de las aguas que los montes destilan; allí están depositados los metales, cuyo uso ha contribuido tan eficazmente al afianzamiento del dominio que el hombre ejerce en la creacion. ¿Quién puede enumerar los inconve-

nientes que amargarían nuestra existencia, las comodidades y placeres de que estaríamos privados. los admirables descubrimientos que nunca habrían salido á luz, sin el socorro de esa sustancia tosca, pesada, sin esplendor, que llamamos hierro? ¿Quién contará los tesoros que crea y fertiliza, las fuerzas enormes que pone en movimiento, las incalculables riquezas que saca de la nada el carbon de piedra? ¿A quién no pasman las transformaciones que dan á este producto las ciencias, y los grandes descubrimientos que por su medio se han hecho en las que mas contribuyen á la ventura del hombre? Las entrañas de la tierra suministran tambien esas piedras infinitamente mas útiles que las preciosas; esas sólidas masas que, convertidas en baluartes, pavimentos, cúpulas y estatuas, reprimen el furor de las invasiones, adornan las ciudades con templos y palacios, y abren á la escultura una escena de triunfos, no menos honoríficos al genio del hombre, que á su gratitud, cuando perpetuan la memoria de los ilustradores y bienhechores de su especie.

Las rocas que guarnecen algunas playas marítimas, parecen destinadas á contener la furia de las olas: pero la Omnipotencia no cuenta con este solo elemento para reprimir las usurpaciones del Ocea-

no. Un banco de arena basta en muchas partes para cumplir aquel designio, y ¿no es admirable que una materia tan despreciable y tan inconstante desempeñe mas eficazmente aquel propósito que los peñascos mas sólidos? Y así se verifica por regla general, pues se ha observado que en las costas arenosas, la mar retrocede poco á poco en el curso de algunos siglos, mientras lo contrario sucede en las que están guarnecidas de rocas.

Es tambien mui digno de notarse que estas rocas estrivan por lo comun en una capa de arena mui fina, y tan compacta, que apenas dejan trazas en ella las herraduras de un caballo. Ni el peso de tan enormes masas, ni la accion continua de las olas bastan á penetrar aquel durísimo pavimento; lejos de eso, cada ola que lo lame, lo afianza y consolida. Y si no fuera así ¿qué aspecto presentaria el globo de la tierra? No seria en verdad otra cosa que una serie de profundas hendiduras y ásperos barrancos, incapaz de mantener las familias humanas destinadas á poblarlo.

Lancemonos con la imaginacion á las espaciosas llanuras, por donde empuja sus espumosas montañas el Océano, de uno á otro continente. ¡Qué espectáculo de magnificencia y de terror! ¿Qué imaginacion puede resistir al sobrecojimiento que lleva

consigo tanta grandeza? Puede asegurarse que es la escena mas sublime de cuantas cubre la bóveda celeste.

Ved cuantas maravillas reunidas. Desde luego, la parte mas pequeña, mas imperceptible de ese cúmulo de aguas, una gota que se pegue á la punta de una aguja, se compone de otras partes mas sutiles, asi como estas, de otras que lo son mas, hasta no caber en la imaginacion del hombre, ni el número ni la pequeñez de estos glóbulos, ó átomos, ó fracciones inapreciables de la sustancia. Y si en tan reducido espacio caben tantos cuerpos distintos, aunque confusos y mezclados en la fluidez del gran elemento, ¿cuántos serán los que compongan el inmensurable volúmen del Océano?

Mas estas rejiones tienen tambien sus moradores peculiares, y en ellos, tanto la estructura interior como los órganos destinados al movimiento; tanto el aparato que sirve á la respiracion, como el tejido que cubre la superficie externa, convienen admirablemente al elemento en que viven, y al género de existencia que en él están destinados á gozar. Es imposible enumerar las especies diferentes que pueblan los hondos senos del mar, y quizás en nada se muestra tanto la variedad de la naturaleza como en sus formas y tamaños. No-

tanse en estos animales dimensiones colosales, instintos asombrosos, configuraciones extraordinarias y en nada semejantes á la de las otras criaturas. El pez espada ataca denodadamente á la ballena, y la atraviesa con la formidable arma de diez y seis pies de largo en que termina su mandíbula superior. El pólipo cubre, en los mares ecuatoriales, una desmesurada extension, con su informe masa de carne, y sus innumerables pies, semejantes á veces á los cables mas gruesos. El nautilo habita en un bote perfectamente contruido. Cuando le conviene, despliega una membrana tenue, que le sirve de vela, y con cuyo auxilio dirige acertadamente su rumbo. Si le falta el viento, la Naturaleza le ha dado remos, que sabe manejar con destreza. Si amenaza la tormenta, aprieta sus dos conchas y se hunde al fondo del mar.

Los que niegan los designios de la Providencia en el arreglo de las causas finales, hallarán suma dificultad en la explicacion de una circunstancia que se observa en los pobladores de las rejiones marinas. Como estos animales están en la continua necesidad de devorarse unos á otros para proveer á su subsistencia, es indispensable que haya una asombrosa reproduccion, sin la cual todas las especies cesarian

mui en breve de existir. Asi es que su fecundidad excede todo lo que puede concebir la imaginacion. Las huevas contienen millones de generaciones, no ya de individuos. En un pez de mediana magnitud, ha contado un naturalista aleman cerca de diez millones de huevos. Por este medio se perpetúa la gran obra de la reparacion, y se mantiene el equilibrio de los seres, en virtud de leyes constantes y benéficas.

El mar abunda tambien en producciones vegetales, unas blandas como algodón, otras tan duras como piedras. Algunas parecen arbustos deshojados; otras, se esparcen como anchas redes, nadando á merced de las olas. La vegetacion terrestre saca sus jugos del aire y de la tierra; los primeros por medio de las hojas; los segundos por medio de las raices. Las plantas marinas, teniendo bastante alimento en el líquido que las circunda, no necesitan de aquellos amaños. Lo que en ellas se parece á las hojas, y á veces son cintas magnificas, adornadas con los mas esplendidos colores, solo les sirve para flotar en la superficie; y lo que tienen en lugar de raiz, es una cuerda larga, tenue, elástica y fibrosa, que las sujeta á la roca en que viven.

Considerada bajo otro punto de vista,

la mar es el gran depósito de la fertilidad de la tierra. El sol y la atmósfera son los instrumentos que extraen de su seno esa preciosa humedad tan necesaria á las plantas. Las nubes son los acueductos que distribuyen el agua, en las estaciones oportunas, por toda la extension del globo. ¡Cuánto trabajo no cuesta al hombre sacar algunas gotas de agua pura de las entrañas del globo! Pero el astro del dia extrae continuamente del Océano millones de toneladas, en forma de exalaciones vaporosas, las cuales, transformadas en linfa cristalina y pura, descienden de las alturas del cielo, para destilarse en lluvia y rocío; para manar en mansos arroyos ó caudalosos vertientes; para atravesar ásperos desiertos y anchas rejiones, refrescando y fertilizando, hermoseando y enriqueciendo todos los terrenos en todos los climas.

FERGUSON.

EL REINO ANIMAL.

NO hai parte alguna de la naturaleza material que carezca de habitantes. Las selvas, las aguas, las profundidades de la tierra dan alojamiento y comida á numerosas familias de vivientes. Los aires y aquellas partes de la superficie de la tierra en que el hombre no penetra, sino á fuerza de arte, y expuesto á grandes peligros, están pobladas por criaturas, muchas de las cuales pueden mirarse como las mas hermosas de la creacion.

Cada familia animal está dotada de todo lo que necesita para vivir y propagarse en la localidad que se le destina. Sobresalen en esta línea las aves, las cuales, aunque ocupan en la Creacion un lugar menos digno que los cuadrúpedos, son superiores á los peces y á los insectos, tanto en la estructura de sus cuerpos, como en su sagacidad.

El cuerpo del hombre ofrece la mayor variedad en sus formas, y la mayor complicacion en su mecanismo. Menos perfec-

cion y menos diversidad se encuentran en los cuadrúpedos; menos que en estos, en los aves; y en los insectos, menos que en todos los otros seres animados. En el hombre, no se cuentan mas que tres ó cuatro especies; muchas mas en los cuadrúpedos; las de las aves son mas numerosas, aunque no tanto como las de los peces, y en los insectos, la variedad es inmensa. Segun algunos naturalistas, pasan de diez mil las especies conocidas.

¡Qué grande, qué admirable debe ser la sabiduría del que ha formado todas estas cosas! Porque tengamos presente que el adaptar á un cierto fin el amaño por medio del cual ha de conseguirse, supone mucho saber y mucha prevision: pero mucho mas saber y mucho mas poderío supone la diversidad y fecundidad de amaños y recursos, que se emplean en conseguir el mismo resultado. Por ejemplo, la mayor parte de las criaturas que vuelan, están cubiertas de plumas: pero hai muchas que vuelan sin tenerlas, como los murciélagos, dos géneros de peces, una de lagartos, y muchos insectos. Del mismo modo, aunque Dios ha dado á la sangre de la mayor parte de los peces una temperatura proporcionada al elemento en que viven, para manifestar que puede dar á la sangre tanto calor en las zonas heladas como en la tórrida, ha

colocado una gran porcion de cetaceos en las mares del Norte. La grasa abundante que los cubre, rechaza hácia dentro el calor del cuerpo, y lo preserva del frio exterior, y asi es como se mantienen calientes, y viven sin incomodidad en la vecindad del polo.

El instinto natural de los animales, y los medios destinados á la conservacion y defensa de los mas débiles, demuestran la asombrosa prevision del Autor de todas las cosas. El afecto natural con que miran á su prole es digno de la atencion de los sabios. Hai muchas razas de esos seres que llamamos irracionales, en que las madres no solo emplean los mas tiernos esmeros en la crianza de sus hijos, sino que por ellos se condenan á las mas duras privaciones, y se exponen á los mayores peligros. En aquellas especies demasiado fecundas, como los insectos, en que los hijos son sobrado numerosos para que la madre pueda cuidarlos uno á uno, ya nacen ellos dispuestos á manejarse por sí mismos, y gozando de toda la plenitud de la vida y del libre uso de sus miembros.

¿Qué sería de la mayor parte de los insectos, y de otras muchas tribus de animales pequeños, durante el invierno, cuando la tierra está despojada de su adorno, si la Providencia no los hubiese organiza-

do de manera, que pasan aquella estacion rigurosa en un profundo aletargamiento? Casi todos los insectos, y muchas especies de aves existen en la estacion fria sin ningun alimento, y aun sin respiracion. Queda entonces suspenso todo movimiento de los jugos animales, y tan extinguida la sensibilidad, que el animal puede ser hecho pedazos sin despertar, y sin echar una gota de sangre por las heridas.

¡Qué asombrosa benevolencia indica el ropaje de que están provistos los animales destinados á vivir en climas helados! Todos ellos están cubiertos de pieles lanudas, que sirven admirablemente para conservar el calor interior. Los gatos y perros de los paises calientes, cuando se transportan á las rejiones del Norte, experimentan en su piel una mudanza extraña. Sus pelos se espesan y prolongan, y asi pueden vivir sin inconveniente, en medio de una atmósfera de hielo.

Las plumas son una vestimenta tan útil á las aves, como lo es la piel á los cuadrúpedos. No solamente las preservan de la humedad del frio, sino que su acertada colocacion, y el uso que de ellas hace el ave, le dan una gran facilidad para el vuelo. La contextura de la pluma es tan lijera, como fuerte y tupida. Sus delicados filamentos se entretejen con tanta

tenacidad, que oponen eficaz resistencia al viento, y hacen muchas veces el mismo oficio que las velas en los navíos. Notase principalmente esta circunstancia en los energicos impulsos que el animal da á las alas, para remontarse á grande altura, y dirigir su vuelo como mas le conviene.

Tambien es digna de admiracion la cubierta exterior de los insectos. Unos con los anillos que cubren su cuerpo, otros con las contorsiones peculiares de que su piel es susceptible, pueden arrastrarse, doblarse en todos sentidos, penetrar en las masas mas compactas, desempeñando así con suma facilidad, todos los movimientos adaptados á sus necesidades. Observemos los tegumentos del gusano de tierra, proporcionados del modo mas ingenioso al elemento en que ha de vivir. Toda su superficie está dividida en anillos, y estos armados de músculos, por cuyo medio el animal puede dilatarse, encojerse, agujerear la tierra, y vivir en todas las combinaciones posibles de terreno. Cada anillo tiene una serie de puntas agudas y tenaces, que se comprimen ó estienden, segun el movimiento que el insecto quiere hacer. Por último, tiene debajo de la piel un jugo espeso y oleoso, que esparce cuando quiere por toda su superficie, para facilitar el paso en las apreturas y localidades ásperas.

Por estos medios consigue moverse, vivir y procrear en las entrañas de la tierra; todo lo cual le seria imposible si estuviera revestido de lana ó plumas, ó de escamas.

Elevemos nuestra meditacion á region mas alta, y contemplemos el gran fenómeno del equilibrio de la vida. La superficie del globo no puede suministrar espacio y alimento, sino á un número determinado de seres vivos. Su propagacion indefinida ocasionaria tal acumulacion, que les seria imposible existir sin devorarse unos á otros. Para evitar este desórden, la Providencia ha sabido proporcionar en acertados límites la duracion de la vida, y la estension de la fecundidad. Algunos seres maléficos, como el leon, viven largo tiempo; pero en cambio su número es mui reducido, y por consiguiente no es posible que sea excesivo el daño que hagan. En las especies sumamente fecundas, la vida es corta, y ademas, estos seres son mui útiles al hombre, ya para su alimento, ya para otros usos. Asi vemos que las especies mas útiles son las mas numerosas, como los insectos, con los cuales se nutren muchos animales.

¡Cuán admirable es la destruccion y la renovacion del mundo organizado! La superficie de la tierra es el manantial in-

gotable de donde los hombres y las bestias sacan su subsistencia. Todo lo que vive, vive á expensas de lo que vejeta, y los vejetales viven á su vez á expensas de lo que ha tenido vida. Es imposible que un ser viva sin destruir otros seres.

FERGUSON.

La salida del Sol.

¡ QUE espectáculo para el amante de la Naturaleza! Sentado en la punta de una roca, veo á mis pies una infinidad de islas pequeñas, que forma el arroyo en sus caprichosos rodeos. Sus aguas caen estrepitosamente de lo alto de la montaña, y, rompiéndose en su caída, van á hacer gala en la llanura, de sus extravíos y de su inconstancia. Se me figura ser el númen del manantial que sale á borbotones, á poca distancia del sitio que ocupo. Este sitio, revestido de musgo, parece un trono á que la naturaleza me ha permitido subir. Sin duda quiere que yo reine en

estos lugares donde ella triunfa. ¡Qué frescura se respira en el aire! ¡Qué grato olor en las yerbas que alrededor de mí se alzan, como si quisieran penetrar el seno árido de las rocas, y coronarlas despues con su follaje! El dia empieza á mezclarse con las sombras de la noche: pero la sombra empieza á elevarse insensiblemente, como si fuese á correrse el velo que oculta la creacion. Ya está iluminada una gran parte del cielo; los astros fijos en ella van perdiendo su brillo, y retrocediendo en presencia del dia, mientras que por la parte de Occidente, la noche estiende todavia su manto sembrado de joyas. Parece que las estrellas que lo alumbran procuran reanimarse para oponerse al triunfo de la aurora. Mas son inútiles sus esfuerzos. Todo el Oriente se cubre de los colores mas espléndidos. La naturaleza, por la voz de todos los animales, anuncia á la tierra que ya está despertando. Un viento apacible se estremece suavemente entre las hojas de los árboles, y ya veo salir de las cabañas, torrentes de humo, que proclaman el término del reposo, y el momento del trabajo. La estrella de Venus es la única que todavia disputa á la aurora el imperio de la mañana: pero satisfecha con haber combatido algunos instantes, evita su derrota por medio de una fuga lenta,

que deja indecisa la victoria. Sin embargo, la aurora triunfa rapidamente. Imájen natural del placer, al acercarse brilla mas que todo, y menos que todo dura su imperio. Un fuego mas vivo borra los colores suaves que la adornaban. El rei de los astros se levanta en línea recta, y sus primeros rayos suben hácia el cielo, á manera de columnas. La cima de las montañas mas remotas deja ver la mitad de su globo, compuesto al parecer de una luz trémula y azulada en su circunferencia, y de un encarnado amarillento en su parte central. El astro sigue alzándose, y formando una línea curva en su derrotero. Su globo disminuye en tamaño; su luz se purifica, y sus rayos, creciendo en ardor y en rapidez, secarán mui en breve con un calor moderado, la humedad de la tierra, y los dones de la aurora. Los diáfanos vapores que se levantan de la tierra forman en los aires nubes lijeras, las cuales, arrebatadas en alas de la inconstancia y de los céfiros, no dejan de formar contrastes vistosos en el vasto cuadro de los cielos.

BERNIS.

Las selvas agitadas por los vientos.

¿QUIEN puede describir los movimientos que el aire comunica á los vegetales? ; Cuántas veces, lejos de las ciudades, en lo mas profundo de un valle solitario coronado de una selva, sentado en el linde de una pradera agitada por el viento, me he complacido en ver los botones de oro, el encarnado trebol, las verdes gramineas, formar ondulaciones semejantes á las olas del mar, y presentar á mis ojos un océano turbulento de flores y de verdor! Entretanto los vientos mecian las copas majestuosas de los árboles; los dobleces de las hojas descubrían los matices diversos del color verde, que es su adorno natural. Cada árbol tenia su movimiento característico. La encina de tronco erguido, no hace mas que inclinar sus ramas; el pino elástico balancea su alta pirámide; el chopo robusto meneas su mobil follaje, y el acebo deja flotar el suyo á merced de las auras, como una larga ca-

bellera. No parece sino que están impulsados por pasiones semejantes á las nuestras. Uno se inclina profundamente hácia su vecino, como si tributase homenaje á un superior; otro quiere abrazar al suyo, en signo de amistad; otro se estremece en todas sus partes, como si se le acercase un enemigo. Cualquiera diria que el respeto, la amistad y la cólera pasan de uno á otro, como sucede en los corazones humanos. A veces una añosa encina levanta, enmedio de los otros árboles, sus brazos inmóviles y desnudos. Semejante á un anciano, desdeña tomar parte en los trastornos que la rodean. Ha vivido en otro siglo. Entretanto, de esos cuerpos insensibles salen ruidos profundos y melancólicos. No son acentos distintos: sino murmullos confusos, como las aclamaciones de un pueblo, oídas de lejos. No se perciben voces dominantes: sino rumores monotonos, entre los cuales se escuchan á veces ecos sordos y hondos, que llevan al alma una suave tristeza. Así es como los murmullos de las selvas acompañan los acentos del ruiseñor, cuando entona en su nido himnos de gratitud á los amores: armonioso concierto; en el cual sobresalen los cantos penetrantes de las aves, como en los follajes verdes, el brillante colorido de las flores y de las frutas.

Esos silvidos de los prados, esos gorjeos de los bosques, producen en mí un sentimiento delicioso, mui mas grato que las mas sonoras armonías. A ellos se abandona mi alma, meciéndose con las hojas vacilantes de los árboles; elevándose á los cielos en sus copas; transportándose á las épocas en que nacieron, y á las que presenciarian su ruina. Asi se dilata hácia lo infinito mi existencia fugitiva y limitada. Paréceme que me hablan una lengua misteriosa, como los de Dódona hacian en otro tiempo. Gracias á su influjo, me entrego á distracciones inefables, durante las cuales se me han caido muchas veces de las manos los libros de los filósofos. Selvas majestuosas, soledad apacible, á cuya sombra se han calmado frecuentemente mis pasiones, no quiera Dios que los gritos de la guerra turben jamas vuestros sonoros espacios. No quiera Dios que vuestros religiosos susurros sirvan de acompañamiento sino á los cantos de los pájaros, y á las pláticas suaves de los amigos, cuando vengán á reposar á vuestra sombra.

BERNARDIN DE SAINT-PIERRE.

LOS DESIERTOS DE ARABIA.

 **FIGUREMONOS** un pais sin verdor y sin agua, un sol ardiente, un cielo constantemente seco, unas llanuras arenosas, unas elevaciones mas áridas todavia, en cuya superficie se derrama la vista, y se pierde, sin poder detenerse en ningun objeto dotado de vida; una tierra muerta, y, como si se dijera, desollada por los vientos, la cual no presenta sino huesos, guijas desparramadas, rocas derribadas ó erguidas; desierto descubierto por todas partes, en que el viajero no ha respirado jamas á la sombra; en que no hai nada que le acompañe, nada que le recuerde la naturaleza viva; soledad absoluta, mil veces mas espantosa que la de las selvas. En efecto, los árboles son seres á los ojos del hombre que se ve solo: pero aquí está mas aislado, mas desnudo, mas perdido en lugares vacíos y sin límites, viendo por todas partes su tumba en el espacio. La luz del dia, mas triste que la sombra de la noche, no renace sino para descubrirle su

desnudez, su impotencia y el horror de su situacion; para alejar á su vista las barreras del vacío, ampliando en torno el abismo de la inmensidad que lo separa de la tierra habitada. En vano se aventura á recorrerla, porque el hambre, la sed, el ardor de la atmósfera agotan los pocos instantes que le quedan entre la desesperacion y la muerte.

BUFFON.

EL PERRO.

 El perro, fiel al hombre, conservará siempre una parte de su imperio, y un cierto grado de superioridad con respecto á los otros animales. Es en, cierto modo, su jefe, y lo vemos reinar á la cabeza de un rebaño, dándose á entender mas claramente que la voz del pastor. La seguridad, el orden y la disciplina son frutos de su vijilancia y de su actividad. Un pueblo entero vive sometido á su jurisdiccion, y él lo conduce y lo protege, no empleando jamas la fuerza, sino cuando es nece-

saria para conservar la paz. Pero donde mas luce su valor, y donde mas esplaya su intelijencia, es en la guerra contra los animales enemigos ó independientes. Las aptitudes naturales se reunen en aquella ocasion á las dotes adquiridas. Desde que suena el ruido de las armas ó el eco de la trompa, ó desde que la voz del cazador da la señal de una guerra próxima, lleno de nuevo ardor, el perro manifiesta su alegría con los mas vivos arrebatos. Anuncia con sus gritos y movimientos la impaciencia por combatir y el deseo de vencer. Caminando despues en silencio, reconoce el terreno, y procura descubrir y sorprender al enemigo en su fortaleza. Busca sus huellas, lo sigue paso á paso, indicando con acentos diferentes el tiempo, la distancia, la especie y aun la edad del perseguido.

Ademas de la bellezas de su forma, de la viveza, de la fuerza, de la prontitud, el perro tiene por excelencia todas las cualidades interiores que deben granjearle las consideraciones del hombre. Una indole ardiente, colérica, y aun feroz y sanguinaria hace al perro salvaje temible á todos los demas animales, y cede, en el perro doméstico, á sentimientos mas suaves, al deseo de aficionarse, y al placer de agradar. Preséntase á su amo arras-

trándose por el suelo, como si le ofreciese su valor, su fuerza y su habilidad; aguarda sus órdenes, para hacer uso de todas estas aptitudes; lo consulta, le pregunta, le ruega; una mirada le basta, para entender las señales de su voluntad. No tiene, como el hombre, la luz de la razón: pero tiene todo el calor de los afectos, excediendo al hombre en fidelidad y constancia. No abriga ambicion, interes, deseo de venganza, ni otro temor que el de desagradar. Está lleno de ardor, de celo, de obediencia. El mal trato no lo exaspera; porque es mas sensible á los beneficios que á los ultrajes. Aguanta cuando lo tratan mal, y olvida, ó si se acuerda, es para mostrarse mas adicto. Lejos de irritarse ó de huir, se expone á nuevos disgustos. Lame la mano que ha sido instrumento de dolor, y que acaba de herirlo. Solo le opone la queja, y consigue desarmarla, á fuerza de paciencia y de sumision.

EL MISMO.

ESCENAS ORIENTALES.

La antigua Tiro.

EN TRE la mar y las últimas alturas del Líbano, que se hunden repentinamente hasta el hilo del agua, se extiende una llanura de ocho leguas de largo, y dos de ancho, arenosa, desnuda, cuya vejetacion se reduce á unos pocos arbustos espinosos, que suelen despuntar los camellos de las caravanas. De enmedio sale, avanzándose hácia la mar, una pequeña península, ligada al continente por una calzada angosta de arena resplandeciente, acumulada allí por los vientos de Egipto. Tiro, llamada hoi Sour por los Arabes, ocupa la extremidad de esta península, y, desde lejos parece salir del seno de las olas. La ciudad moderna á primera vista, ofrece el aspecto de una poblacion alegre y bonita; pero la ilusion desaparece de cerca, y todo ello con-

siste en algunos centenares de casas ruinosas y desiertas, en que se reunen los Arabes por la noche, para dar abrigo á sus rebaños, despues que han pastado en la estrecha llanura. En esto ha venido á parar la potente Tiro. Ni tiene ancladero seguro, ni hai camino abierto para lo interior. Hace mucho que se han cumplido alli las profecías.

Caminábamos silenciosos, absortos en la contemplacion del coloso de grandeza cuyo polvo estábamos pisando. Tomamos un sendero que atraviesa la llanura de Tiro, entre la ciudad, y las rocas desnudas, últimos baluartes del Líbano hácia el mar. Llegamos en frente del pueblo, y tocamos una altura de arena, única defensa que opone á las invasiones del mar y del desierto. Entonces me acordé de las profecías, y de los elocuentes anatemas de Ezequiel. Embebido en estas reflexiones, fijé la vista en unos objetos inmóviles, oscuros y gigantescos, apoyados en una de las rocas pendientes, últimos escalones de la montaña. Parecian cinco estatuas negras, á las que la roca servia de ancho pedestal. Creimos al principio que eran cinco Beduinos, colocados en aquella enorme elevacion, para hacernos fuego con seguridad; pero á la distancia de cincuenta pasos, uno de ellos abrió dos alas inmensas, y azotó con

ellas sus costados, formando un ruido semejante al de una enorme vela movida contra el palo por el viento. Eran cinco águilas de la mayor especie que he visto en mi vida, ya en los Alpes, ya en los museos. No hicieron las otras el menor movimiento al vernos acercar; se consideraban monarcas del desierto, como si Tiro fuese su herencia legítima. Jamas se ha presentado á mis ojos un espectáculo mas sobrenatural. Parecíame ver detras de ellas la terrible sombra de Ezequiel, el poeta de la venganza, señalando con el dedo á la ciudad maldita, sentenciada á la destruccion por la ira celeste. Algunos escopetazos las pusieron en movimiento: pero no parecian mui dispuestas á alejarse de aquella mansion funesta, y pronto las vimos mecerse en los aires encima de nosotros, y sin hacer el menor caso de nuestros tiros, como si las águilas de Dios estuviesen fuera del alcance del hombre.

JEHUZALEN.

SUBIMOS á una montaña sembrada de enormes rocas cenicientas, apiladas unas sobre otras de tal manera, que parecia obra de las manos del hombre. Aquí y allí serpenteaban en trozos de tierra que interrumpian la aridez del desierto, algunas viñas mezquinas, amarillentas con los visos del Otoño. Cercaban las higueras tronchadas por los huracanes, y sus frutos, arrancados por la misma fuerza, estaban esparcidos en las rocas. A nuestra derecha, la soledad donde San Juan lanzó la voz «que clamaba en el desierto,» se hundia como un abismo en medio de cinco ó seis lóbregas montañas, por entre cuyas cimas podia columbrarse el mar de Egipto ceñido de nubes opacas. A nuestra izquierda y mas cerca de nosotros, se alzaba una torre antigua, colocada en la parte mas alta de un estrivo del monte; otras ruinas, probablemente de un acueducto, revestidas de una vejétation marchita, descendian de aquella torre, la cual se llama Modin, for-

taieza y sepulcro de los últimos héroes de la Historia Santa. Allí pelearon, y allí reposaron los huesos de los Macabeos. Dejamos detras estas ruinas, resplandecientes con los primeros rayos del sol; rayos, no identificados, como en Europa, en un vago y uniforme brillo, sino vibrados distintamente como flechas de fuego teñidas de varios colores. A medida que salian de su magnífico centro, se esparcian por los cielos, azulados los unos, con lijeros matices de plata; otros de un color de rosa que dejeneraba suavemente en ceniciento; muchos encendidos y rojos, á manera de llamaradas procedentes de un vasto incendio. Todos ellos eran distintos, y todos sin embargo se unian en un todo armonioso, formando un arco resplandeciente en la bóveda del cielo, guarnicion brillantísima del centro luminoso. La luz de estos rayos separados se iba poco á poco uniformando con el progreso del dia, hasta componer ese conjunto descolorido que lo acompaña, y á que damos su nombre. Entonces la luna, que todavia estaba sobre el horizonte, desapareció confundida en la iluminacion general del firmamento.

Despues de haber subido otra cordillera mas alta y escabrosa que la anterior, el horizonte se abrió repentinamente á nuestra derecha, y nos presentó de golpe

todo el pais que se estiende entre las últimas cimas de Judea, y las montañas de Arabia. Ya estaba inundado de la luz del sol; pero mas allá de las rocas pardas que limitaban el primer término de este paisaje, nada se distinguia sino un espacio mas resplandeciente todavia, semejante á un mar sembrado de islas. En las playas de este Océano imaginario, un poco hácia la izquierda, se divisaba un ancho torreón, y algunos edificios, como sirviendo de corona á una colina de poca elevacion, cuya base no llegaba á descubrirse. Sucesivamente se fueron apareciendo otras torres, otras murallas, y las extremidades de varias cúpulas de diversas dimensiones. Era Jerusalem. Cada uno de nosotros, sin mover los labios, contemplaba atónito aquel espectáculo. Detuvimos nuestros caballos, para gozar en silencio de aquella especie de misteriosa aparicion; y cuando volvimos á marchar, toda ella se desvaneció á nuestros ojos: porque al bajar de aquella altura, y hundirnos en el profundo valle que está á sus pies, perdimos de vista la santa ciudad, y nos hallamos rodeados por la soledad y desolacion del desierto.

El aspecto general de los alrededores de Jerusalem puede describirse en pocas palabras: montañas sin sombra, valles sin agua, tierra sin verdor, rocas sin grande-

za. Aquí y allí despuntan fragmentos de peñascos, en medio de una tierra árida, y llena de grietas, por entre los cuales se descubre á veces la gacela ó la hiena, á la sombra de una higuera antigua. Algunas vides serpentean en aquella tostada superficie, y suele descubrirse á cierta distancia algún grupo de olivos, cuya sombra oscurece los secos declives del monte. Las ruinosas torres y murallas de la ciudad aparecen en el último término, allá sobre la cresta del Sion. Constantemente se mantiene el firmamento puro, brillante y sin nubes; jamas se presenta el mas leve rudimento de neblina, para alterar la púrpura que precede dos veces cada dia al crepúsculo. Por el lado de Arabia, las alturas interrumpidas en una ancha abertura, presentan á la vista la faz resplandeciente del Mar Muerto, y las cimas cárdenas del monte Moab. Raras veces se oye el murmullo del aire entre las cortaduras de las peñas y entre las ramas de los añosos olivos; ni suena canto de ave ni chillido de insecto en aquellas calcinadas rejiones. El silencio domina en la ciudad, en los caminos, en los campos. Tal fué la impresion que nos hizo Jerusalem durante todo el tiempo que pasamos dentro de sus muros. Ningun rumor llegaba á nuestros oidos, sino el relincho de los caballos, cuando se impacien-

taban de su quietud, bajo los rayos de un sol insufrible, y los gritos que, desde las torres de las mezquitas, anuncian la hora á los musulmanes, ó las lúgubres cadencias de algun entierro turco. Jerusalem, adonde tantos pueblos acuden para visitar un sepulcro, es tambien el vasto sepulcro de un pueblo: pero sepulcro sin cipreses, sin inscripcion, sin monumento; sepulcro cuya loza han roto los hombres, cuyas cenizas se han esparcido en torno, y con ellas el duelo, el silencio y la esterilidad.

BALBEC.

 OS levantamos al despuntar el dia, cuyos primeros esplendores se reflejaron en los templos de Balbec, y esparcieron en aquellos restos misteriosos, el tinte peculiar y característico que siempre dan los rayos solares á toda clase de ruinas. Pronto llegamos, por el lado del Norte, á las gigantescas murallas que circundan aquellos nobles vestijios de la antigüedad. Un ar-

royo mui puro y diáfano, deslizándose por un lecho de granito, murmuraba al rededor de los enormes trozos de piedra, desplomados de lo alto del muro, que interrumpia su curso. Hermosas esculturas estaban medio sepultadas en la corriente. Pasamos debajo de un arco formado por los derrumbes, subiendo por una brecha angosta, y quedamos arrobados en la contemplacion de la escena presente. A cada paso se escapaba de nuestros labios una nueva exclamacion de sorpresa. Cada una de las piedras de que se componia aquel muro, era de ocho á diez pies de largo, de seis ó siete de ancho, y otro tanto de elevacion. Se apoyaban una sobre otra, sin trabazon de ninguna especie, y casi todas ellas indicaban el oríjen indio ú egipcio de la escultura. No es necesario un exámen mui atento para echar de ver que estas enormes piedras no están colocadas en sus sitios primitivos; que son restos preciosos de templos antiquísimos, y que fueron empleadas despues en formar una especie de guarnicion, en torno de aquella colonia de ciudadanos romanos y griegos.

Cuando llegamos á la cima de la brecha, no sabiamos hácia qué lado dirigir con preferencia nuestras miradas. Por todas partes se descubrian portales de mármol, de prodijiosas dimensiones; ventanas

ó nichos adornados con frisos de delicadísima labor; pedazos de cornizas y chapiteles destrozados, y esparcidos por el suelo, en tanta abundancia como la arena que pisábamos; magníficas bóvedas, sostenidas aun en sus apoyos; en fin, un caos de primores, ó confusamente desparramados, ó amontonados unos sobre otros en variedad infinita. Tan asombrosa era esta acumulacion de fragmentos, que seria imposible clasificarlos, ó hacer conjeturas sobre el caracter de los edificios á los que la mayor parte de ellos han pertenecido.

Despues de cruzar esta escena de arruinada magnificencia, llegamos á un muro interior, al cual tambien subimos, y desde el cual la vista del conjunto era todavia mas espléndida. Era una especie de inmensa plataforma cuadrada, mucho mas estendida, y ornada mas profusamente que el círculo exterior. Estaba su superficie interrumpida en muchas partes por restos de pavimentos todavia mas elevados, los cuales formaban parte de templos consagrados al Sol, objeto principal del culto religioso en Balbec. Al rededor de aquella plataforma reinaba una serie de templos pequeños, ó capillas adornadas con nichos admirablemente esculpidos, de tan superabundante riqueza, que no podia menos de parecer extraño á los que

están acostumbrados á la sencillez del Partenon y del Coliseo. Muchos de estos templos reposan en columnas de setenta pies de alto y siete pies de diámetro, compuestas no mas que de dos ó tres pedazos de mármol, tan perfectamente unidos, que aun en el dia es difícil conocer las líneas que los dividen. El silencio es el único lenguaje que conviene al hombre, cuando las palabras son insuficientes para dar á entender sus impresiones. Nosotros habíamos enmudecido á vista de tamaños portentos.

Las sombras de la noche sobrevinieron, cuando estábamos todavia absortos en la contemplacion de la escena que nos rodeaba. Una á una se fueron sumerjiendo las columnas en la oscuridad, aumentando con un nuevo misterio el efecto misterioso de aquella obra del hombre y del tiempo. Comparados con aquellos volúmenes gigantescos, y con su larga duracion, éramos nosotros como golondrinas que anidan en las hendiduras de un antiguo edificio, sin saber por quien ni para qué fué labrado. El polvo de mármol que hollábamos sabe mas de esto que nosotros: pero no puede revelarnos lo que ha visto. Las obras del hombre sobreviven á sus pensamientos. El movimiento es la lei de la naturaleza humana; lo indefinido es

el sueño de su orgullo y de su ignorancia. Dios es el límite que incesantemente retrocede, á medida que el hombre se le acerca. Avanzamos continuamente, y nunca llegamos. Este gran término que el hombre está procurando siempre alcanzar, desde que empieza á ejercer su razon, y que se esfuerza en encerrar dentro de las estructuras que sus manos levantan, está ensanchándose sin cesar, y alejándose de la esfera de nuestra accion. Traspasa los estrechos límites de los templos, y deja que los altares se conviertan en polvo, como si mandase al hombre que lo busque donde verdaderamente reside: en el pensamiento, en la inteligencia, en la virtud, en la naturaleza, en la eternidad.

LAMARTINE.

EXTRACTOS DE LITERATURA

DIDACTICA.

Pventajas del estudio de las ciencias
y de las letras.

PARA tener una justa idea de la importancia de los estudios que nos abren las puertas de las ciencias y de las letras, basta considerar la diferencia que resulta entre los hombres y entre los pueblos, de la afición que profesan á esta clase de tareas, ó de la indiferencia con que las miran.

Los Atenienses no ocupaban en Grecia un territorio muy vasto, y, sin embargo ¿hasta dónde no llegó su fama? Mientras se esforzaban en perfeccionar

las ciencias, estaban cimentando y extendiendo su propia gloria. La misma escuela producía en Atenas hombres célebres en diversos ramos: grandes oradores, famosos capitanes, legisladores sabios, políticos diestros. Este fecundo manantial derramó las mismas ventajas en las Bellas Artes, que parecen tener tan poca relación con los conocimientos graves. Allí se rectificaron, se perfeccionaron y se ennoblecieron, saliendo, como de una raíz común, el jugo que debía hermoear todo lo que depende de la inteligencia del hombre.

Roma, dueña del mundo por sus victorias, le sirvió también de modelo, por el mérito de las obras de ingenio que produjo en todos ramos. Así adquirió en los pueblos que había sometido á su imperio, otra especie de superioridad, infinitamente mas lisonjera que la que solo se apoya en armas y en conquistas.

Africa, otras veces tan fértil en ingenios y en luces, cayó, por el abandono que hizo de las letras, en una completa esterilidad, y aun en la barbarie, cuyo nombre se le ha conservado, sin haber producido en el curso de tantos siglos un solo hombre que se haya distinguido en ninguno de los ramos que suponen el cultivo de las prendas del alma. Lo mismo

se puede decir del Egipto, considerado por las naciones antiguas, como cuna de todas las ciencias.

En los pueblos del Norte y del Occidente, ha sucedido todo lo contrario. Largo tiempo fueron mirados como groseros y bárbaros, porque no tenían afición á las intelijencia. Pero inmediatamente que penetraron en ellos los buenos estudios, empezaron á dar hombres eminentes en todos los ramos del saber, sacando á luz doctrinas y pensamientos no menos sólidos, luminosos, profundos y sublimes que los mas célebres de las épocas anteriores.

Todos los dias estamos viendo que, á medida que las ciencias pasan á pueblos donde no eran conocidas, los transforman enteramente; y dándoles inclinaciones y costumbres mas suaves, una policia mas arreglada, y leyes mas humanas, los sacan de la oscuridad en que habian vivido, y de la grosería que les era natural. Estos hechos demuestran que las disposiciones intelectuales son casi las mismas en los diferentes climas; que la cultura es la que traza las verdaderas diferencias entre pueblo y pueblo; que el estudio de las ciencias es lo que hace que las naciones se ilustren, asi como se degradan y envilecen, cuando se sepultan en el error y la ignorancia; en fin que el saber es el que

decide de la suerte de todas las familias humanas.

Pero, sin acudir á la historia, veamos lo que pasa en la naturaleza; observemos la enorme diferencia que hai entre un terreno cultivado y otro inculto, siendo iguales en uno y otro todas las circunstancias. El uno solo produce malezas y espinas; yerbas inútiles, nutridas por aguas estancadas y fétidas. El otro, cubierto de granos y de frutos, adornado por una agradable variedad de flores, reune en un breve espacio, lo mas raro, lo mas exquisito, lo mas útil del reino vegetal, y, gracias á los esmeros del amo, llega á ser un primoroso compendio de las mejores producciones de la tierra, en todas las estaciones, y todos los paises. Lo mismo sucede con el espíritu del hombre, el cual recompensa superabundantemente, el trabajo y la paciencia que se emplean en cultivarlo. Este es el capital que el hombre debe poner en actividad, para sacarle provecho, si conoce la nobleza de su origen y de su destino; este capital tan rico, tan fértil, tan capaz de producciones inmortales, y tan digno de ocupar exclusivamente toda su atencion.

En efecto, las altas verdades que el estudio suministra al espíritu del hombre, lo alimentan y lo fortifican. Parece que

se pone al nivel de los grandes hombres cuyas obras estudian, así como vemos que en la sociedad, adquirimos los modales y los usos de las personas con quienes vivimos familiarmente. El alma siente una noble emulacion, en presencia de estas obras maestras de la razon y del saber; olvida su propia debilidad, y se esfuerza en hacerse superior á sí misma. Estéril algunas veces en cosecha propia, y encerrada en límites estrechos, inventa poco, y se agota fácilmente: pero el estudio suple lo que le falta; amplía sus conocimientos; multiplica sus ideas, les da mas variedad, mas individualidad, mas viveza; le enseña la verdad bajo diferentes aspectos; le descubre la fecundidad de los principios, y la ayuda á sacar de ellos las mas remotas consecuencias.

Nacemos en las tinieblas de la ignorancia, y la mala educacion nos comunica ademas falsas preocupaciones. El estudio disipa la primera, y rectifica las segundas. El es el que da precision y exactitud á nuestros raciocinios y á nuestros pensamientos. El es el que nos acostumbra á poner en orden y en arreglo los asuntos, cuando debemos hablar ó escribir. El nos presenta por guías y modelos los hombres mas ilustrados y mas sabios de la antigüedad, dignos de llamarse, como los

llama Séneca, los conductores y preceptores del jénero humano. Prestándonos el discernimiento y los ojos de aquellos genios eminentes, nos proporciona la luz con cuyo favor podemos caminar seguramente por el camino que nos han trazado esos hombres escojidos, los cuales, despues de haber pasado por el exámen riguroso de tantos siglos y de tantos pueblos; despues de haber sobrevivido á la ruina de tantos imperios, han merecido que la opinion universal de la humanidad los reconozca por astros soberanos del buen gusto, y modelos acabados de la perfeccion literaria.

Pero la utilidad del estudio no se limita á lo que se llama ciencia: tambien proporciona la capacidad necesaria á los negocios y los empleos.

Paulo Emilio, que venció á Perseo, último rei de Macedonia, sabia como se forman los grandes hombres. Plutarco observa el esmero especial con que atendió á la educacion de sus hijos. No se satisfizo con que aprendiesen por reglas la lengua materna, como se practicaba entonces: quiso que supiesen el griego; les dió maestros de todas clases, y, cuando las circunstancias se lo permitian, asistia personalmente á sus lecciones. Cuando venció á Persco, no se dignó dirijir la mirada á las inmensas riquezas que se hallaron en

sus tesoros ; pero permitió á sus hijos, grandes aficionados á las letras, segun la expresion de los historiadores, que se apoderasen de los libros del monarca vencido.

Las consecuencias de aquel sistema de educacion, correspondieron á los desvelos de un padre tan ilustrado. Tuvo la dicha de dar á Roma un segundo Scipion Africano, vencedor de Cartago y de Numancia, no menos admirable por sus virtudes militares, que por su acendrado gusto en la literatura y en las ciencias. Este gran hombre tenia siempre á su lado , en tiempo de guerra y en tiempo de paz , al historiador Polibio , y al filósofo Panecio , á quienes distinguia con una amistad especial. «Nadie supo mejor que él, dice un historiador hablando de Scipion, mezclar la actividad y el reposo, ni sacar mas provecho de los intervalos que dejan libres los negocios públicos. Empleado alternativamente en las ocupaciones de la guerra y en las de la paz, en las armas y en el estudio, ó ejercia su cuerpo en los peligros, ó cultivaba su espíritu por medio de las ciencias.

Tambien Lúculo sacó grandes ventajas de la lectura de los buenos autores, y del estudio de la historia. Cuando se presentó de repente á la cabeza de los ejér-

eitos, ya era un capitán consumado. Había salido de Roma sin gran práctica en el arte militar, y cuando llegó al Asia, dice Cicerón, parecía un veterano envejecido en la táctica. Su gran inteligencia, cultivada por las Bellas Artes, suplió la falta de experiencia, cosa que no parece fácil de suplir.

Bruto pasaba una gran parte de la noche estudiando el arte militar, en las relaciones de las campañas de los jefes mas famosos; y no daba por perdido el tiempo que empleaba en leer los historiadores, estudio á que todavia estaba dedicado poco antes de la batalla de Farsalia.

No es difícil comprender que el empeño con que los Romanos se dedicaron, en los últimos tiempos de la República, á cultivar el entendimiento de los jóvenes, debia naturalmente dar un nuevo lustre á las grandes prendas del ánimo, poniéndolos en estado de sobresalir en los ejercicios propios de la milicia, y en las contiendas forenses, sosteniendo con igual acierto los triunfos de la espada y los de la toga.

Mas prescindiendo de toda aplicacion práctica, y secundaria, el estudio de las Bellas Letras posee la importantísima prerrogativa de inspirar el hábito del trabajo, suavizando sus asperezas, deteniendo y fi-

jando la lijereza de la imaginacion ; venciendo la repugnancia que muchos tienen á la vida sedentaria y laboriosa; apartándonos , en fin , de la ociosidad, del juego y del libertinaje. Por su medio se llenan de un modo útil y agradable, los vacios que dejan otras obligaciones; vacios tan enojosos á la ignorancia, y que producen una especie de muerte intelectual , y como si dijéramos , el sepulcro del hombre vivo. El hombre que está iniciado en las doctrinas literarias, puede juzgar sanamente de las obras que se publican; puede entrar en la sociedad de los hombres instruidos; puede tomar parte en las conversaciones serias, eruditas y científicas; puede contribuir á la amenidad del trato social, suministrando hechos y reflexiones , que den pábulo al alma, y recreen las mas nobles facultades, y las mas inocentes propensiones.

ROLEIN.

EL ARTE DE HABLAR.

AL hacer uso de la palabra, todo ser racional se propone algun fin, y quiere producir algun efecto en los que lo escuchan. La voz *Elocuencia* en su mas amplia significacion, denota el arte, ó la habilidad de adaptar el discurso al objeto que se desea conseguir.

Todos los fines que un orador se propone, pueden reducirse á cuatro, á saber: ilustrar el entendimiento, recrear la imaginacion, mover los afectos, y dirigir la voluntad.

Uno solo de estos fines debe ser el principal en cualquiera especie de discurso. Sin embargo, al hablar de cualquier asunto, pueden introducirse ideas, puede echarse mano de recursos, que pertenecen á otro ó á otros de los fines mencionados; pero deben considerarse como medios subalternos, que cooperan indirectamente al intento primario. El acierto pues de su uso, dependerá de su mayor ó menor analogía con este propósito, y será vicioso, inoportuno

y ridículo, si no está en armonía con él, y se opone al resultado que se desea obtener. Por ejemplo, en un discurso dirigido únicamente á la razon, y cuyo objeto es ilustrar una cuestion puramente especulativa, no hai inconveniente en introducir adornos propios de la imaginacion; símiles, metáforas, y otras figuras de un carácter templado. Pero no deben emplearse ficciones atrevidas, de aquellas que solo producen admiracion y sorpresa. Mucho mas digno de censura seria, en semejantes casos, el uso de las pasiones, pues estas siempre turban la accion de la inteligencia, y no están en su lugar cuando se trata solamente de probar y de instruir.

Hai un modo de dirigirse al entendimiento, (y no es mas que uno) el cual desdéná todos los adornos y artificios que puede suministrar la fantasia: tal es la demonstracion matemática. Todo su vigor, toda su esencia, todo su mérito consiste en la claridad: porque, como no admite diferentes grados de certeza, una vez entendida, produce plenamente todo el conocimiento de que es susceptible. En este género, la claridad resulta de la propiedad y de la sencillez de la diction, y de la oportunidad y acierto del método, por cuyos medios se logra conducir el entendimiento paso á paso por el mismo sendero, sin distraer la atencion,

sin dejar atras nada que no esté perfectamente entendido, y sin introducir una palabra, una idea inútil, y que no haga juego con el todo. Por el contrario, una arenga encaminada á mover los ánimos, necesita los auxilios de la imaginacion, y se vale de toda clase de artificios para someter los afectos del auditorio, y excitarlo al fin deseado.

En jeneral, cada uno de los cuatro modos de hablar arriba indicados, sirve de preparacion al siguiente: porque, el conocimiento, que es el objeto propio de la intelijencia, suministra materiales á la fantasia; la fantasia dispone, arregla y adorna estos materiales, de modo que hagan impresion en los afectos, y estos son los poderosos estímulos que excitan y ponen en movimiento la voluntad. Esta conexion se entenderá mas fácilmente con el auxilio de las siguientes consideraciones.

Cuando un orador se dirige á la intelijencia, se propone instruir al auditorio, lo cual se verifica de dos modos, á saber: unas veces exponiendo doctrinas ignoradas ó no mui bien entendidas; otras veces, probando doctrinas de las cuales se duda, ó que no se creen. En una palabra, ó lo que intenta es destruir la ignorancia, ó combatir el error. En el primer caso instruye: en el segundo convence.

Para instruir , lo que principalmente se necesita es claridad ; para convencer , es indispensable probar.

La imaginacion no se pone en movimiento, sino por medio de representaciones vivas y naturales, y el orador, en estos casos , hace lo mismo que el pintor, es decir, imitar. Este trabajo requiere dos condiciones; el acierto en el modelo que se imita , y la semejanza del modelo con la copia. La descripcion y la narracion son los instrumentos por medio de los cuales el arte de hablar obtiene aquellos resultados , cuya mayor perfeccion consiste en el uso de lo sublime, que es lo que ensancha, en cierto modo, la imaginacion, y arrebatata el espíritu.

Lo sublime pertenece tambien á los afectos, porque no solo nos seduce con cuadros sensibles, ó imájenes sacadas del mundo material, sino que nos conduce con una fuerza irresistible á temer, á amar, á desear, á compadecer, en fin á sentir como el orador siente, y entonces es cuando puede fácilmente influir en nuestra voluntad, resultando la persuacion , que es el triunfo de la elocuencia , y el mas poderoso efecto que por medio del lenguaje puede conseguirse. Entonces es cuando el orador se constituye en conductor y dueño del auditorio; entonces es cuando

ejerce un poder mui superior al del despotismo, porque este manda en la parte mas innoble del hombre que es el cuerpo; pero la elocuencia impera en el alma, y la maneja á su arbitrio.

Pero no se crea que todas las pasiones dan el mismo ascendiente al orador, ni que todas son igualmente aptas á producir esas maravillas que se atribuyen con razon á la elocuencia. Hai pasiones torpes é inertes, que abaten el alma, y la disponen á la concentracion y á la inactividad. Tales son el dolor, el miedo, la vergüenza y la humillacion. Otras nos elevan y nos excitan á movernos y á obrar, y á esta clasificacion pertenecen el amor á la gloria, el patriotismo, la esperanza, la ambicion, el celo relijioso y el odio. Estas ayudan poderosamente á los argumentos y á las pruebas, para lograr que los que oyen abracen un partido, formen una resolucion, se decidan en favor ó en contra de una opinion ó de un hombre. Hai otras pasiones, que ocupan una clase media entre los dos géneros de que hemos hablado; las cuales, por sí solas, no poseen la virtud de incitarnos á la accion, ni nos impulsan con vehemencia; pero, diestramente manejadas, pueden contribuir indirectamente al buen éxito del discurso. Tales son la alegría, los afectos benévolos, la compasion,

el aprecio. De todos estos afectos que hemos procurado distribuir en varias clases, los primeros sirven para disuadir; los segundos para persuadir; los terceros pueden servir en uno y en otro caso.

CAMPBELL,

EL MISMO ASUNTO.

HOMBRES ha habido en todo tiempo, que han sabido dominar á los otros, con el imperio de la palabra: pero hablar bien y escribir bien, son operaciones que pertenecen exclusivamente á los siglos ilustrados. La verdadera elocuencia supone el ejercicio del genio, y el cultivo de la razon, y no es lo mismo que lo que se llama elocuencia natural, la cual es una aptitud, una facilidad, un don concedido á todos los que tienen pasiones fuertes, órganos flexibles, y viveza de imaginacion. Estos hombres se afectan y sienten vivamente, y se expresan del mismo modo, transmitiendo á los otros, por una impresion puramente mecánica, los sentimientos que los

ajitan. Puede decirse que, en estos casos, el cuerpo es el que habla, y que los signos y movimientos son los instrumentos que conmueven y persuaden. ¿Qué se necesita para entusiasmar á la muchedumbre? Un tono vehemente y patético; gestos expresivos y frecuentes; palabras rápidas y sonoras. Mas los que tienen cabeza firme, gusto delicado, y un sentido natural de buen temple; los que no hacen cuenta de las entonaciones de la voz, de los gestos ni del vano rumor de las palabras, requieren cosas, pensamientos y razones, y entonces es preciso que el orador sepa coordinarlas y matizarlas. No basta llegar á los oídos, ni distraer las miradas. Se necesita influir en el alma, y conmover el corazón, al mismo tiempo que se habla con la inteligencia.

El estilo no es mas que el orden en que se disponen los pensamientos, y el movimiento que se les comunica. Cuando se encadenan y aprietan estrechamente, el estilo firme llega á ser vigoroso y conciso. Cuando los pensamientos se suceden lentamente, y solo se ligan entre sí por medio de palabras, por elegantes que estas sean, el estilo se llamará flojo, difuso y rastro.

Pero, antes de investigar el orden en que deben colocarse las palabras, convie-

ne trazar otro órden mas general y mas fijo, en que solo deben entrar los primeros puntos de vista y las ideas principales. No puede circunscribirse un asunto, no puede determinarse su estension, sino señalándole el lugar que le corresponde en este plan primitivo. Los justos intervalos que separan las ideas accesorias, no pueden demarcarse, sino es acudiendo sin cesar á aquellos primeros lineamentos. La fuerza del genio presenta todas las ideas generales y particulares en su verdadero punto de vista. Un discernimiento perspicaz distingue los pensamientos estériles de los fecundos. La sagacidad que nace del gran hábito de escribir, da á conocer cual será el producto de todas aquellas operaciones del entendimiento. Por poco vasto y complicado que sea un asunto, es difícil poseerlo de una ojeada, ó penetrarlo enteramente con el primero ó con un solo esfuerzo de la razon. Ni es comun apoderarse de todas sus relaciones con un trabajo lijero y superficial. Nunca será demasiada la paciencia que se aplique á este exámen, y no hai otro medio de afirmar y estender el plan, y de elevar los pensamientos. Mientras mas sustancia y fuerza se le dé por medio de la meditacion, mas fácil será despues realizarlo por medio de las palabras.

Este plan no es todavia el estilo; pero le sirve de base. Lo sostiene, lo dirige, arregla su movimiento, y lo somete á leyes. Sin esta preparacion, el mejor escritor se extravía; su pluma camina sin conductor, y produce á ciegas rasgos irregulares y figuras discordes. Por brillantes que sean los colores de que haga uso; por muchos primores que derrame en la ejecucion, no logrará que resalte el conjunto, ni que la obra sea completa. Admiraremos su habilidad; pero no su genio. Por esto, los que escriben como hablan, aunque hablen mui bien, escriben mal; los que se abandonan al primer fuego de la imaginacion, no pueden sostenerse largo tiempo en tanta altura; los que no quieren desperdiciar ninguna de las ideas sueltas y fugitivas que se les ocurren; los que escriben á saltos aislados fragmentos, no los reúnen sino á fuerza de violentas transiciones.

¿Porqué son tan perfectas las obras de la naturaleza? Porque cada obra es un todo único; porque sus trabajos se arreglan á un plan eterno, de que jamas se separan. La Naturaleza prepara silenciosamente los gérmenes de sus producciones; bosqueja en un solo acto la forma primitiva de todo ser, la desenvuelve y perfecciona, por un movimiento continuo y en un tiempo señalado. El resultado nos admira; pero lo

que mas debemos notar es el sello divino que en él se descubre. El espíritu humano no puede crear nada, y solo puede producir, cuando lo fecundan la experiencia y la meditacion. Sus conocimientos son las semillas de sus producciones. Pero si imita á la naturaleza en sus procedimientos y en sus trabajos; si se eleva por medio de la contemplacion á las verdades mas sublimes; sí, por medio de la reflexion, las reúne, las encadena, y las consolida en sistema y en un todo compacto, logrará fijar, sobre estos incommovibles cimientos, monumentas inmortales.

Si un hombre de talento quiere escribir, y se ve embarazado, no sabiendo por donde empezar, es señal que no tiene plan; y si no tiene plan, es señal de que no ha estudiado bien su asunto. Concíbe á la vez un gran número de ideas, y como no las ha comparado ni distribuido, no hai nada que lo determine á preferir unas á otras; y de aquí proviene su irresolucion. Pero cuando haya trazado el mapa, digamoslo así, de toda la empresa; cuando haya reunido y puesto en orden los pensamientos esenciales, entonces conocerá fácilmente el instante en que debe tomar la pluma; entonces echará de ver el punto de madurez de la produccion meditada, sentirá la necesidad de ponerla por obra; las ideas

fluirán con abundancia y holgura; el estilo será natural y fácil; la animación nacerá de este mismo trabajo, y dará movimiento y vida á cada expresión.

Las obras bien escritas son las únicas que pasan á la posteridad. La muchedumbre de conocimientos, la singularidad de los hechos, la novedad de las observaciones no son garantes seguros de inmortalidad. Si las obras que las contienen están escritas sin gusto, sin nobleza y sin genio, desaparecerán de la memoria de los hombres; porque los conocimientos, los hechos y las observaciones son bienes comunes, y tienen mas mérito, cuando las manejan obreros mas hábiles. Estas cosas estan fuera del hombre: el estilo es el hombre mismo. Si es elevado, noble y sublime, el autor será en todo tiempo admirado: porque la verdad es lo único que dura, y aun se eterniza. Ahora bien, un buen estilo no es bueno, sino por el número de verdades que contiene. Todas las bellezas intelectuales que encierra; todas las relaciones de que consta, son otras tantas verdades tan útiles, y quizas mas preciosas al espíritu humano que las que pueden nacer del fondo del asunto.

Lo sublime solo puede pertenecer á los asuntos grandes. La Poesía, la Historia y la Filosofía, tienen los mismos asun-

tos, que son elevadísimos, á saber: el hombre y la Naturaleza. La Filosofía describe y pinta la Naturaleza; la Poesía la pinta y la hermosea. También pinta á los hombres, engrandeciéndolos, exajerándolos, convirtiéndolos en héroes y en dioses. La Historia no pinta mas que al hombre como es en sí: por esto el historiador no puede ser sublime, sino cuando habla de hombres superiores: cuando refiere las grandes acciones, las grandes vicisitudes. Fuera de estos casos, basta que sea grave y majestuoso. El filósofo podrá ser sublime, siempre que trate de las leyes naturales, del ser en general, del espacio, de la materia, del movimiento, y del tiempo, del alma, de los sentimientos y de las pasiones. En todo lo demas, bastará que sea noble y elevado. Pero el orador y el poeta deben ser siempre sublimes, cuando el asunto lo permita, porque son dueños de realzar la grandeza del asunto, con todo el colorido, con toda la ilusion, con todo el movimiento que quieran darle. Su deber es pintar engrandeciendo y hermo세ando, y en esto deben emplear toda la fuerza, y toda la plenitud de su genio.

BUFFON.

DE LOS AUTORES CLÁSICOS.

NCONTRAREIS en Griegos y Romanos, notables ejemplos de falsas virtudes, y, al mismo tiempo, muchos de verdadera grandeza de alma, de inalterable fidelidad, y de menosprecio del orgullo humano; encontrareis un amor apasionado á la patria, el desprecio de la vida, el odio á la servidumbre, apego inviolable á la verdad, y almas desinteresadas, dispuestas á los mayores sacrificios por el bien general de la humanidad. Al mismo tiempo, direnreís las manchas que afean algunas de sus mas bellas acciones; algunas falsas ideas acerca de la verdadera naturaleza de la virtud, y, rebajando estos defectos del cuadro total, podreis sacar grandes ventajas morales de sus escritos y de su historia. Os recomiendo, pues, mui encarecidamente el estudio de los autores clásicos antiguos, bien persuadido de que ellos se recomendarán despues por ellos mismos á vuestra atencion.

Si emprendéis el estudio del Griego

y del Latin, encontrareis que el primero de estos idiomas es el manantial de todo lo bueno conservado en el segundo; y esto, no solo en la expresion, aunque muchas expresiones bellísimas de los poetas latinos han sido tomadas de sus predecesores; sino en los pensamientos, en la sustancia de la composicion. Los Latinos han saqueado copiosamente á los Griegos, y Horacio no solo lo confiesa, sino declara que este es el único medio de sobresalir en la composicion literaria, y aconseja á sus discípulos que no dejen de la mano, ni de dia ni de noche, las obras de los escritores griegos.

Sin embargo, si fuéramos á poner en paralelo unos con otros, yo me declararia en favor de los Romanos. Es verdad que no han dejado tragedias comparables á las que son la gloria del teatro de Atenas; es verdad que sus comedias se fundan todas en los planes de Menandro: pero tambien es innegable que este ha quedado vencido por Terencio. Plauto me parece tambien superior á Aristofanes, en cuanto á ingenio, chiste, variedad de caracteres, y complicacion del enredo, aunque Horacio lo acusa de chocarreria en sus chanzas.

Muchas veces se ha hecho la comparacion entre Homero y Virjilio, y por ahora, me limitaré á observar que si el poeta

romano no inflama el corazon tanto como el griego, no es porque le falta calor en las ideas y en el estilo, sino porque este calor está sujeto á su excelente juicio y á su sana razon. La fuerza del genio del poeta, y el vigor de su fantasia se descubren, por lo comun, en las descripciones de batallas, prodijios, borrascas, y otras escenas de esta clase; y en estas ocasiones, Homero nos llena de miedo y de terror. Virgilio atempera estos sentimientos con la compasion y la benevolencia, en cuya expresion nadie lo ha igualado. Asi se observa en los episodios del incendio de Troya, de la sombra de Hector, en sus batallas, y en otros muchos pasajes de la Eneida. Considerando, por otra parte, la inferioridad de la lengua griega con respecto á la latina, y la severidad de la musa romana, infinitamente menos libre que la griega, tendremos lugar de admirar mas y mas el genio de Virgilio, quien, apesar de tantos inconvenientes, supo enriquecer la Poesia con tan magníficos tesoros.

Habiendeos dado mi opinion favorable á los Latinos, aprovecharé esta oportunidad para deciros que si os aplicais al estudio de este hermoso idioma, hallareis sobrada recompensa á vuestras labores, una vez que podais saborear los primores en que abunda. Es una peculiaridad de aquel

idioma, el serle fácil expresar el buen sentido, con palabras acomodadas y propias; y en esto consiste el gran secreto de escribir bien. Los hombres adocenados creen que cuesta mui poco escribir con sencillez elegante, y con llaneza adornada: mas cuando llega el caso de emprenderlo, despues de infinitos esfuerzos y sudores, llegan á convencerse de la imposibilidad de lograrlo.

Todo lo que hai mas admirable en el uso del habla, se encuentra en los escritores romanos, sean poetas, oradores ó historiadores. Aunque la belleza de los pensamientos y la fuerza del estilo sean comunes á todos ellos, observareis que cada uno posee excelencias peculiares, y brilla con un resplandor que le es propio.

FELTON.

De como se forma el buen gusto.


AS reglas comunes pueden servir para adquirir el manejo fácil y correcto

del idioma, y la elegancia del estilo. Mas estas dotes no se mejoran sino es por medio de la lectura de los oradores, de los poetas, y de los escritores superiores en todo género. Con este ejercicio se adquieren dos cosas: aficion y buen gusto. Cuando el discípulo sabe distinguir los primores de la composicion, ya puede componer por sí mismo.

No sostendré que para ser buen escritor es preciso tener disposicion para la Poesia: porque el ejemplo de Cicéron desmiente esta doctrina. Pero me atrevo á decir que el alma en quien la Poesia no ejerce ningun imperio, es demasiado floja, inerte y tibia para sobresalir en ninguna clase de composicion literaria. Paréceme que se comete un error, y se cede á una preocupacion infundada, cuando se desanima á un jóven en la carrera poética, si nació con disposiciones para ella. Si, al contrario, el jóven es insensible á la armonía de los buenos versos, debe su maestro darle á conocer todo su poder, aunque no sea mas que para formar su gusto.

Esta palabra, en el sentido en que ahora la usamos, es una metáfora sacada de la sensacion agradable ó desagradable, que produce en los órganos del paladar, lo que comemos y bebemos. La Naturaleza nos enseña á distinguirlo, y asi nadie

confunde lo amargo con lo dulce , ni lo salado con lo insípido. Pero se necesita un sentido mas fino y ejercitado , para descubrir el sabor mas perfecto en su especie. Todos los paladares no son buenos jueces en esta materia , y sin embargo la comida y la bebida son mas comunes que la lectura. Por mi parte, todo lo que yo sé en este ramo, es que el estilo debe ser como el vino: claro, fuerte, puro, sano y seco.

Continuamente oimos celebrar la delicadeza del gusto, que poseen algunas personas, en música y en pintura: lo cual no significa otra cosa, sino que tienen una percepcion exacta de lo mas perfecto y excelente que hai en las producciones de aquellas artes. Claro es que el gusto de la música depende esencialmente del oido, es decir, de la organizacion particular, mas sensible á esa clase de impresiones que lo es la mayoría de los seres humanos. La pintura requiere , sin duda, para ser juzgada con acierto, alguna inteligencia en la perspectiva y en el dibujo: pero el gusto en este arte como en la música depende principalmente de la naturaleza. El conocimiento de las reglas, y el gran hábito de ver y observar producciones, contribuyen ciertamente á perfeccionar el juicio: pero sin aptitudes naturales, sin órganos dispuestos al

propósito, nunca podrá adquirirse el verdadero buen gusto. Este supone una gran alma, y un ingenio vivo. Las almas vulgares, los ingenios adocenados, se dejan deslumbrar por todo lo que brilla. Los hombres de genio, aquellos cuya lógica natural los conduce siempre á la investigacion de lo que es real y solidamente bello y bueno, pasan con indiferencia delante de lo que el vulgo admira, y no se detienen sino donde descubren excelencia y perfeccion. Una pintura moderna, obra de un principiante, puede atraer un instante las miradas, con la brillantez del colorido: pero el placer se va al instante, los ojos buscan otra cosa. y se detienen extáticos, si encuentran un cuadro de Ticiano ó de Rafael.

EL MISMO.

EL MISMO ASUNTO.

 EL buen gusto literario, es decir, el que se aplica á la lectura de los autores y á la composicion, es un discernimien-

to claro, vivo, delicado y justo de toda la belleza, de toda la verdad, de toda la exactitud de los pensamientos y expresiones que entran en el discurso. Esta cualidad del espíritu es la que distingue la que está ó no de acuerdo con las leyes del decoro; lo que es propio de cada caracter: lo que conviene á las circunstancias. Por su medio percibimos los sentimientos finos y exquisitos, todo lo que lleva el sello de la gracia y de la delicadeza; los artificios bien disfrazados y los giros ingeniosos y nuevos. Al mismo tiempo, denuncia los yerros y faltas que producen un efecto contrario; descubre en qué consisten estos yerros y estas faltas, y como se extravían de las reglas del arte y de los modelos de la naturaleza.

Esta precision, cualidad que sentimos y no podemos definir, no es tanto un producto del genio como del juicio: es un género de razon natural perfeccionada por el estudio. Ella sabe hacer uso de la imaginacion, pero sin dejarse arrastrar por ella, antes bien dominándola, y empleándola como instrumento. Consulta en todo la naturaleza: la sigue paso á paso, y le sirve de expresion fiel y exacta. Sóbria y mesurada en medio de la abundancia y de las riquezas, dispensa con economía los primores y las gracias del discurso. Jamas la

deslumbra lo falso por brillante que sea. Igualmente le chocan los estrémos de lo poco y de lo mucho. Sabe detenerse donde es preciso, y sacrificar sin escrúpulo todo lo que traspasa los límites de lo bello y de lo perfecto. El defecto contrario á esta cualidad es el oríjen de todo estilo vicioso y corrompido; de la hinchazon, de la cargazon de adornos, de la sutileza, de todos aquellos vicios que se contraen, segun la expresion de Quintiliano, cuando el genio está separado del juicio, y se deja engañar por la apariencia de lo bueno.

Este gusto, sencillo y único en su principio, se varia y se multiplica de mil modos diferentes. Siempre es el mismo; siempre lleva consigo el caracter de la verdad y de la naturalidad, por mas que se preste á todos los asuntos, y á los diversos temples de los escritores; siempre se llamará buen gusto, ya en lo sublime, ya en lo festivo; en prosa ó en verso, en un estilo amplio y pomposo, ó en el conciso y lacónico. No puede decirse que sea uno mismo el estilo de Terencio, de Fedro, de Salustio, de César, de Ciceron, de Tito-Livio, de Virgilio y de Horacio. Sin embargo, todos ellos tienen, si es lícita la expresion, un cierto tinte que les es comun; que los acerca y reúne, no obstante la diversidad de los géneros que han tratado,

y de las circunstancias en que han escrito; que traza una enorme diferencia entre ellos y los otros escritores, clasificados en un grado inferior por la opinion general de los siglos.

Ya he dicho que el verdadero buen gusto es un género de razon natural perfeccionada por el estudio. Casi todos los hombres nacen con mayor ó menor disposicion al buen gusto, como á la Lógica y á la Retórica. La prueba es que los buenos oradores generalmente excitan el entusiasmo de la muchedumbre. Puede decirse lo mismo de la Música y de la Pintura. Un concierto bien ejecutado gusta á todos, y todos notan la discordancia ó el desentono que ocurre en su ejecucion. Una buena pintura seduce las miradas del menos inteligente. Pregúntesele qué es lo que le gusta, ó en qué estriva el mérito que encuentra. No sabrá responder de un modo satisfactorio: porque el juicio que ha hecho, no depende de la observacion ni del estudio, sino de un sentimiento innato, que hace en él las veces de doctrina y de experiencia.

Lo mismo diremos del buen gusto literario. Casi todos los hombres poseen los primeros elementos de esta facultad. En muchos, apenas están desarrollados estos principios, por falta de aplicacion, de re-

flexion, ó de estudio; en otros, se hallan corrompidos y viciados por una educacion erronea, por las malas costumbres, ó por las preocupaciones dominantes del siglo ó del pais.

Sin embargo, por mucho que se deprave el gusto, no se extingue enteramente. Siempre quedan algunos puntos fijos, que parecen grabados en todos los corazones; ciertas verdades inalterables en que todos convienen, y se reunen. Cuando estas semillas ocultas se fecundan con esmero, pueden llegar á un alto grado de perfeccion: cuando se ahogan bajo el peso de antiguos errores y de juicios falsos, suele ocurrir que una luz casual y repentina viene á despertar al entendimiento de su letargo, y á inspirarle una cierta vergüenza de sus extravios.

El buen gusto de que vamos hablando, no se limita á la ciencia: sino que influye de un modo insensible, pero eficaz, en todas las artes. El mismo tacto mental, es el que ha introducido, en todos los ramos del saber la misma elegancia, la misma simetria, el mismo órden en la distribucion de las partes; el que sabe conocer, donde quiera que lo encuentre, el mérito de una noble sencillez, de una eleccion juiciosa de adornos, de una sobriedad delicada en todo lo que proviene exclusivamente de la imaginacion.

Al contrario, la depravacion del gusto en las artes ha sido siempre un indicto y una consecuencia de la depravacion del gusto literario. La cargazon de adornos confusos y groseros de los antiguos edificios góticos, colocados ordinariamente sin tino, contra las buenas reglas y fuera de toda bella paoporcion, era la imájen de los escritos de aquel mismo siglo.

El buen gusto en la literatura se comunica tambien á las costumbres públicas, y á los usos de la vida. El hábito de consultar las reglas primitivas en una materia, conduce á lo mismo en otras. Paulo Emilio, tan hábil y tan inteligente, dió una gran fiesta á toda la Grecia, despues de la conquista de Macedonia, y habiendo observado que todos los concurrentes, admirando la suntuosidad y el órden de aquella fiesta, estrañaban que un hombre dedicado exclusivamente á la guerra tuviese tanta habilidad en un ramo tan distinto, respondió que aquello no tenia nada de extraño, porque el mismo genio que sabe preparar una batalla, sabe disponer un banquete.

Mas es cosa notable que ese mismo buen gusto, trasladado á la literatura, á las artes, á los modales, y al círculo doméstico, dejenerando poco á poco en exceso y en lujo, introduce á su vez el malgus-

to en la literatura y en la elocuencia. Esto es lo que Séneca explica, de un modo mui ingenioso, en una de sus cartas, en la cual se ha retratado él mismo, sin echarlo de ver. Un amigo le habia preguntado de donde provenian las mudanzas que ocurrían á veces en la elocuencia, y de las que resultaba una especie de moda, que consistia en el uso afectado de figuras extravagantes; de metáforas atrevidas y desproporcionadas, de pensamientos tan cortos y tan violentos, que apenas se puede adivinar lo que ha querido decirse. Séneca respondió por un proverbio griego, que significa: «tal es la vida, cuales son las palabras.» Como el hombre se pinta en sus discursos, así el estilo dominante en una nacion, es, por lo comun, la imájen de las costumbres públicas. El corazon se lleva detras al entendimiento, y le comunica sus vicios y sus virtudes. Cuando la opinion da mucha importancia á los inventos y usos que se distinguen de los generalmente practicados, en muebles, edificios, convites y trajes; cuando se encuentra mérito en estas innovaciones, y se aplaude á los que en ellas sobresalen, este mismo gusto se comunica á la elocuencia, introduciendo en ella el desórden y la novedad. El hombre acostumbrado á no seguir reglas en las costumbres, no

quiere seguirlas tampoco en el estilo. En llegando los pueblos á estas crisis, solo gustan de lo brillante, lo extraordinario y lo atrevido. No se da aplausos á otros pensamientos sino á los demasiadamente alambicados y sutiles. El estilo peinado y florido; una locucion que no es mas que ruido, sin significacion, tales son los primores que excitan la curiosidad, y proporcionan elogios.

Muchas veces sucede que lo que propaga estos vicios, es el ejemplo de un hombre, cuya reputacion se ha ido consolidando y estendiendo, hasta que la moda lo entroniza, y lo convierte en árbitro de todas las composiciones literarias. Entonces todos se esmeran en dar crédito á sus fallos, en adoptar sus opiniones, y en copiar hasta sus defectos. Su estilo llega á ser la regla y el modelo del gusto público.

Como el excesivo lujo en la mesa, en los trajes y en los muebles, denota el destempe de las costumbres, asi la demasiada profusion y la extravagancia de los adornos del estilo, indican la corrupcion y la depravacion de las ideas literarias.

Para remediar este mal, introduciendo una reforma saludable en el estilo, en las expresiones y en los pensamientos, es preciso empezar por purificar el manan-

tial, es decir, la razon. Cuando la razon es sana y vigorosa, la elocuencia lo es tambien; y esta se debilita y deteriora, cuando la razon se enerva y afloja en los deleites y en la holganza.

ROLLIN.

EL MISMO ASUNTO.



la jurisdiccion del buen gusto pertenecen la hermosura, la grandeza, la armonía y la elegancia; todo lo que puede suavizar el alma, seducir la imaginacion y conmover los afectos. De aquí procede que el cultivo del buen gusto, esto es, su ejercicio razonado, y su aplicacion constante á las producciones de la naturaleza y del arte, ejerce un influjo mui saludable en la vida humana. El hombre mas ocupado en asuntos graves, no puede estar á todas las horas del dia y de la noche, envuelto en aquel violento torbellino. El mas favorecido de la suerte, no puede llenar todos los momentos de su vida con sensaciones placenteras. ¿Cómo se ocuparán

esos espacios vacantes, que ocurren, pocos ó menos, igualmente á todos los hombres? El que tiene la dicha de amar el estudio, está constantemente dispuesto á gozar ratos sumamente agradables, que aliejen el peso del tiempo, y evitan tentaciones peligrosas, sin aburrirse de sí mismo; sin buscar para distraerse, placeres turbulentos ni sensaciones demasiado vivas. La Providencia ha indicado en cierto modo las aplicaciones útiles que pueden hacerse de los placeres del buen gusto, interponiéndolos entre los puramente sensuales, y los que exclusivamente corresponden á la inteligencia. El hombre no ha nacido para embrutecerse en los primeros, ni tiene facultades bastante perfectas, para consagrar toda su existencia á los segundos. Los placeres del gusto, sirven de descanso y alivio al entendimiento, despues de las grandes labores, de los estudios abstractos; y al mismo tiempo, nos levantan sobre el nivel de las sensaciones, y nos disponen á los goces de la virtud.

Tan acorde está con la experiencia la doctrina precedente, que los sabios de todos los tiempos han dado suma importancia al cultivo del buen gusto en la juventud, como una oportuna preparacion á mas serias y útiles adquisiciones. Se ha observado generalmente que los hombres pasan

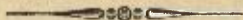
con facilidad de las ideas correctas sobre lo bello, á las ideas correctas sobre lo bueno; de la delicadeza del gusto, á la delicadeza del juicio moral. Mucho se puede esperar del jóven que se aficiona á las letras, y que se deleita en su estudio, el cual se liga con muchas virtudes. Por el contrario, el jóven á quien no conmueven ni interesan las obras del genio, y para quien son indiferentes la elocuencia, la música y la poesía, no ofrece esperanzas de adelanto en ningun ramo: antes bien habrá muchos que lo sospechen inclinado á placeres toscos, y le señalen su puesto entre los hombres mas rudos y vulgares.

Casi todas las disposiciones buenas y honoríficas del corazon humano, se ligan de algun modo con las nociones del buen gusto literario y artístico. El buen gusto perfecciona los afectos tiernos y benévolos, y suaviza, y aletarga los ásperos, violentos y hostiles. Los sentimientos elevados y los altos y nobles ejemplos que la poesía, la elocuencia y la historia nos ofrecen continuamente á la vista, propenden naturalmente á inspirarnos ideas grandes y generosas, amor á la gloria, desprecio de los bienes de fortuna, y admiracion de todo lo que es virtuoso y magnánimo. No diré yo que los progresos de la virtud son correlativos con los del buen gusto, ni que

el buen gusto y la virtud existen siempre juntos, y se mantienen á igual altura. No por cierto. Correctivos mas poderosos que la crítica y las reglas de la composicion se necesitan pára reformar las propensiones viciosas, que tan frecuentemente prevalecen en la especie humana. No saltan hombres cuyas ideas, sobre estilo, artes y poesía, son mui correctas y exquisitas, mientras abrigan en su corazon intenciones depravadas, y deseos criminales: pero no puede negarse que el ejercicio del buen gusto, en su propension orijinal, es inocente, moral, y puro. La lectura de las producciones mas admiradas del genio, en verso ó prosa, deja impresiones sanas en el alma, y, aunque no sean durables, la disponen á la virtud, haciéndosela amable, y apartándola de las ideas opuestas. Ademas, hai una verdad innegable, y es, que el que no posee enérgicas propensiones virtuosas, no podrá jamas sobresalir en la parte sublime de la elocuencia. El que aspire á conmover, ó á inspirar grande interes á los hombres, por medio de la palabra, debe sentir como sienten los hombres buenos y virtuosos. Los sentimientos ardientes de honor, virtud, magnanimidad y espíritu público, son los solos que pueden encender la llama del genio, y despertar en el alma aquellas ideas grandiosas, que arrebatan la admiracion de los siglos.

BLAIR,

EL GENIO Y LAS REGLAS.



¿ES cierto, como piensan algunos, que las reglas sirven de estorvo al genio, y embarazan el uso de sus prerogativas?

Las reglas, si son acertadas, obran como los gobiernos, cuando son prudentes y justos; conservan los privilegios é impiden su abuso. Nunca podrá llamarse privilegio la facultad de violar las reglas de la sintaxis en Gramática; las del ritmo, en Poesía. Las reglas dejan al genio un campo mui vasto, en que pueda lucir sus galas: pero no le permiten ofender las leyes eternas de la razon y del buen gusto.

Lisonjea mucho la vanidad de un jóven el error comun de que el genio no tiene necesidad de sujetarse á preceptos; que estos no son mas que rasgos de la tiranía de los pedantes. El genio es una produccion mui escasa: de modo, que aunque fuera cierto que las reglas son tiránicas, no habria muchos hombres agraviados y oprimidos por aquel despotismo. Pero ademas, lejos de ser las reglas contrarias al

genio, han sido deducidas de lo que el genio ha hecho y creado. Las reglas no son anteriores á las producciones del espíritu humano; son las observaciones hechas en virtud de las prendas que en estas producciones sobresalen, llaman la atencion, y arrancan aplausos. Por manera, que si el genio desdeñara las reglas, seria como deshacer su misma obra, y contradecirse.

HARRIS.

Orijen de la Poesia en Roma.

UOS Romanos, en la infancia de la nacion, eran el pueblo mas inculto de Italia. Unos pastores fueron sus abuelos; el desecho de otras naciones dió á su poblacion los primeros aumentos, y las costumbres públicas correspondian á estos principios. En las primeras épocas, vivian del robo y de la agricultura: asi que no habia mas que dos profesiones en Roma, á saber: labradores y ladrones. Mucho tiempo despues, cuando hubieron conquistado casi to-

da Italia, y hacian ya un papel notable en el mundo, todavia conservaban sus hombres eminentes una cierta aspereza, que quisieron erijir en virtud, llamándola espíritu romano, y que mejor llamada seria barbarie romana. Créo que en muchas de sus mas célebres acciones, habia mas austeridad que justicia, y mas insolencia que valor. La profesion militar que fué la primera en que se distinguieron, no debia contribuir en gran manera á dulcificar sus modales.

Mucho debieron tardar las Bellas Artes en nacer, en medio de ocupaciones tan turbulentas y toscas. Nacieron al cabo y la Poesía fué la primera: mas un género de Poesía cual correspondia á una nacion guerrera, agricultora, enemiga del reposo, y mas familiarizada con la fuerza física, que con los recreos de la mente.

Dejando aparte los cantos de triunfo, cuya antigüedad sube hasta los tiempos de Rómulo, alguna poesía debia haber entre los Romanos en el reinado de Numa, pues este príncipe queria hacer creer que hablaba con las Musas, y con la ninfa Egeria. El quizás fué el autor de los versos que cantaban en su época los sacerdotes Salianos. Entonces, ó poco despues, Pitágoras dió á los Romanos algunas nociones de Filosofía y de Poesía. Ciceron asegura que

los Pitagóricos hicieron gran uso de la Poesía y de la Música, y no sería extraño que estuviesen en verso los preceptos en que encerraban su doctrina. En verdad, el principal uso del lenguaje poético, en aquella era y las siguientes, fué puramente religioso. Las oraciones y la liturgia estaban en verso. También tenían una cierta especie de escritores sagrados ó proféticos, cuyo idioma era rítmico, y eran tantos, que todavía en tiempo de Augusto se conservaban dos mil volúmenes de sus obras. Conocíase igualmente un género de drama, imitado de lo que habían visto hacer á los Toscanos, cuando fueron mandados llamar á Roma, para purificar la ciudad de una peste que la afligía. Estas representaciones eran, según parece, ó pantomímicas, ó dramas burlescos, en que los actores recitaban lo que allí mismo componían de repente, como todavía se usa en algunos pueblos de Italia. En las fiestas á que daban lugar la cosecha y la vendimia, se introdujeron unos diálogos jocosos, en los cuales se ultrajaba de tal modo la decencia pública y el respeto debido á las personas, que fué necesario prohibirlos con penas severísimas. Por último, los aficionados á los versos y á los buenos bocados, diarios asistentes á las mesas de los ricos, los aduaban, en medio de las alegrías del banque-

te, celebrando en canciones métricas, sus abuelos, sus hazañas y sus virtudes.

Los nombres de la mayor parte de los primeros poetas, que sobresalieron en aquellos ramos, descansan en paz, y duermen en eterno olvido: y en esto no hemos hecho una pérdida lamentable, si bremos de dar crédito á lo que sobre ello dicen escritores romanos del mejor siglo. Uno de sus mejores poetas clásicos, habla de ellos en términos de desprecio; uno de sus mejores historiadores, evita mencionarlos, como si sus nombres fueran demasiado bárbaros para oídos cultos; y uno de sus mejores emperadores mandó quemar la mayor parte de las composiciones que ellos habian dejado, para evitar al público el mal rato de leerlas.

SPENCE,

Del buen siglo de la Poesia Romana.

LA época brillante de la inspiracion poética en Roma, fué el reinado de Augusto. Largo tiempo habia estado la nacion propendiendo hácia la Monarquia, hasta que la fijó y consolidó aquel gran hombre. Cuando no tuvo ya enemigos poderosos á quienes temer, se manifestó blando, humano y condescendiente. Dió paz y reposo á las naciones que lo obedecian, y miró con satisfaccion los progresos que en ellas hacian las artes y los primores que hermosean la vida humana. Tuvo un ministro, que, aunque mal escritor, protejia á los que escribian bien, y que admitia en su sociedad íntima á los buenos poetas, tratándolos como amigos, y dándoles grandes pruebas de confianza. Virjilio fué uno de sus predilectos, el cual empezó su carrera poética por unas delicadas y bien escritas eglogas, con las cuales ganó de pronto gran cré-

dito. Publicó despues un poema sobre la Agricultura: poema admirable por su sostenida correccion y elegancia, tanto que se le criticó el demasiado esmero con que parecia sacrificar las ideas, á la belleza del estilo y de la diccion. Su última obra fué política, si es cierto, como lo parece, que su objeto era justificar, á los ojos de los Romanos, la reciente ereccion del imperio. Virjilio empezó á escribir este poema el mismo año en que Augusto se vió libre de la rivalidad de Marco Antonio. Habiasse hecho dueño absoluto de la autoridad y del poder, y era un rei verdadero, aunque con otros títulos. Era natural que esta especie de monarquía disgustase mucho á los Romanos, y Virjilio quiso reconciliarlos con tan gran novedad. Para ello, hizo un uso mui diestro de la predileccion con que en Roma se miraban las ideas relijiosas, y de ciertas profecías antiguas, mui lisonjeras á la vanidad de los Romanos, como que en ellas se les prometia nada menos que el imperio del mundo. Con ellas entretejó la mas probable historia de su origen, es decir: su descendencia de los Troyanos. Finje el poeta que Eneas fué llamado á Italia, por órden expresa de los dioses; que allí obtuvo la dignidad real, no solo por voluntad del cielo, sino por todos los derechos humanos que pueden legitimar tamaña elevacion;

que hubo una sucesion no interrumpida de reyes, desde él hasta Rómulo; que sus descendientes debian reinar allí sin término; que, gobernados por estos monarcas, los Romanos debian conquistar toda la tierra. Virjilio y otros escritores romanos hablaban de Julio César, como de uno de los príncipes de aquella raza, y consideraban á Augusto como su único heredero y sucesor. El resultado de todo esto debia ser que las promesas hechas al pueblo romano, hallándose consumadas en Augusto, si aquel pueblo queria ceder á su destino, obedecer á los dioses, y ser dueño de todos los otros pueblos de la tierra, debia someterse á su nuevo dominador, y adoptar el órden de cosas que él habia fundado. Por mui extraño que nos parezca ahora todo este designio, no es menos contraria á la razon la opinion, que tantos pueblos de Europa han abrazado, sobre el orijen divino de las monarquias. Mas dejando aparte estas consideraciones, creo que no hai duda acerca del caracter político de la Eneida. Este poema fué un eminente servicio hecho al usurpador del poder, y todo lo que puede decirse en favor de esta idea es que ese usurpador habia llegado á ser blando, tolerante y generoso; y que las cosas habian llegado á tal punto en Roma, que, de un modo ó de otro, el poder ne-

cesariamente habia de venir á parar en manos de un solo jefe, y podia haber caido en las de un hombre menos entendido y mas sanguinario que Octavio.

Pero sea cual fuere el intento del autor, lo cierto es que el poema ha sido aplaudido en todos tiempos, desde su publicacion hasta nuestros dias, y se ha considerado tan superior á los otros ensayos de la musa épica latina, como la Iliada lo es á todo lo que los Griegos escribieron en aquel género.

EL MISMO.

APOLOGOS Y CUENTOS.

EL DERVIS.

UN Dervis viajando por Tartaria, llegó á la ciudad de Balbec, y entró por equivocacion en el palacio del Rei, creyendo que era una posada ó caravanse-ra. Habiendo mirado al rededor por largo tiempo, se introdujo en una gran galleria, se descargó de las alforjas, y estendió su tapete en el suelo, para descansar en él, segun uso de los pueblos de Oriente. No habia estado mucho tiempo en aquella postura, cuando fué descubierto por algunos hombres de la guardia, los cuales le preguntaron qué negocios tenia en aquel lugar. El Dervis le dijo que su intencion era pasar la noche en aquella posada. Los guardias le hicieron entender con palabras agrias, que aquella no era una posada, sino el palacio del Rei. Ocurrió entonces que el Rei mismo acertó á pasar

por la galeria durante aquel debate , y, burlándose de la equivocacion del Dervis, le preguntó: como podia ser tan necio que no supiese distinguir un palacio de una posada. «Señor, dijo el Dervis, permítame V. M. que le haga una ó dos preguntas. ¿Quiénes fueron las primeras personas que se alojaron en esta casa , cuando se edificó?» El rei contextó que habian sido sus antepasados. «¿Y quién fué el último que la habitó?» El Rei dijo que habia sido su padre. «¿Y quién la habita ahora?» El Rei dijo que él mismo. «¿Y quién la habitará despues que V. M. se muera?» El rei dijo que serian sus descendientes. »¡Ah Señor! repuso entonces el Dervis; una casa que tan frecuentemente muda de inquilinos no es un palacio: es una posada.»

SPECTATOR.

EL SULTAN MAHMUD.

DICEN que el sultan Mahmud, con sus perpetuas guerras estrangeras , y la tiranía de su gobierno interior, habia lle-

nado de ruina y desolacion sus estados y casi despoblado el imperio persa. El visir (de quien no sabemos si era hombre de buen humor ó entusiasta) se daba por inteligente en el idioma de los pájaros, ciencia que le habia comunicado (segun él aseguraba) un cierto Dervis. Volviendo un dia de caza con el Sultan, vieron dos lechuzas, aposentadas en las ramas de un árbol que crecia cerca de un muro, y en medio de un monton de escombros. «Quisiera saber, dijo el Sultan, de qué están tratando aquellos dos pájaros. Escúchalos, y dame cuenta de lo que averigües.» El visir se acercó al árbol, en actitud de escuchar lo que las dos lechuzas decian. Volviendo despues al Sultan, «Señor, le dijo, he oido parte de la conversacion de esas aves: pero no me atrevo á repetiros la.» El Sultan no se satisfizo con esta respuesta, sino que quiso saberlo todo, palabra por palabra. «Sabad pues, continuó el visir, que una de estas aves tiene un hijo, y la otra una hija, entre los cuales, estan tratando los dos padres de ajustar un enlace matrimonial. El padre del hijo decia al de la hija, cuando yo me puse á escucharlos: «Hermano, yo consiento en casarlos, si dais á vuestra hija en dote cincuenta pueblos arruinados.» A lo cual, el padre de la hija replicó: en lugar de cincuenta, qui-

nientos puedo darte si quieres. Dios conceda larga vida al Sultan Mahmud, que mientras él reine, lo que ha de haber de sobra serán pueblos arruinados.»

Cuenta la historia que fué tanta la impresion que hizo esta fábula en el ánimo del Sultan, que se puso á reedificar las ciudades y villas destruidas por las guerras que promovió, y desde entonces no consultó mas que el bien de sus pueblos.

EL MISMO.

LA VISION DE YERZA.

EL quinto dia de la luna, que yo he guardado siempre como fiesta, segun la costumbre de mis antepasados, despues de haber hecho las abluciones ordinarias, y cumplido con los rezos de la mañana, subí á uno de los montes inmediatos á Bagdad, con el designio de consagrar el dia á la meditacion. Allí me dejé llevar por una serie de profundas contemplaciones sobre la vanidad de la vida humana. Absorto en estas ideas, mis mira-

das se fijaron casualmente en la cima de una roca , donde descubrí á un hombre vestido de pastor, con un instrumento músico en la mano. Este hombre , cuando observó que yo ponía en él mi atencion, aplicó el instrumento á los labios , y empezó á tocar. El sonido que despedia me parecia suavísimo; infinita la variedad de tonadas , y en nada semejantes á las que hasta entonces habia oido. Esta armonía me recordaba la que oyen las almas de los justos cuando entran en el Paraíso, con la que se borran los tristes recuerdos de la agonía, y se preparan á saborear los goces celestiales. Mi corazon se dejaba arrebatado por estas inefables sensaciones.

Muchas veces habia oido decir que aquella roca era la morada favorita de un genio; que varias personas habian oido sonos melodiosos en sus cercanias : pero que nadie habia visto al que los exalaba. Con estos antecedentes , crecia mi admiracion en presencia de aquel ser extraño, y él, conociendo sin duda lo que por mí pasaba, me dio á entender con la mano que me acercase al sitio en que se hallaba. Hícelo con la reverencia debida á una naturaleza superior, y me eché á sus pies llorando; efecto sin duda de aquella música que tanta impresion me

habia hecho. El genio se sonrió, con una mirada de compasion y afabilidad, que disminuyó en gran manera mi turbacion. Me levantó en seguida del suelo, y tomándome por la mano me dijo: «Mirza, he oido tus soliloquios; sígueme.» Entonces me condujo al punto mas elevado de la roca, diciéndome: «echa una ojeada hácia Oriente y dime lo que ves.» Veo, le respondí, un gran valle y una portentosa inundacion que lo cubre.» «Ese valle que estás viendo, dijo él entonces, es el valle de la miseria, y el agua es la gran corriente de la eternidad.» «¿Qué significa, pregunté, el salir la inundacion del seno de una espesa neblina, y perderse en otra igual?» «Lo que estás viendo, respondió el genio, es esa porcion de la eternidad, que se llama tiempo, y cuya duracion se mide por el movimiento del sol. Las dos nieblas que lo limitan, son los dos inmensos espacios, uno de los cuales precedió á la Creacion, y otro sucederá á la destruccion final del mundo. Observa ahora ese raudal mas despacio.» Hícelo así, y ví que lo atravesaba un puente. «Ese puente, continuó mi instructor, es la vida humana. Noventa arcos tiene en la actualidad, y todavia se descubren las ruinas de otros diez, que componian el número de ciento. En otros tiempos los ar-

cos eran mil: pero vino una terrible inundacion, y solo dejó en pié los que estás viendo.»

Esta relacion excitó singularmente mi curiosidad, y me puse á observar con mucha atencion aquel puente prodijioso. Entonces ví grandes turbas de pèrsonas de todas clases que pasaban por él, y me llené de espanto al notar que un gran número de ellas caian al agua, y se sumergian. Pero mayor fué mi extrañeza quando ví que el piso del puente estaba interceptado en innumerables sitios, dejando otras tantas aberturas en las cuales se hundian los pasajeros. Estas aberturas abundaban mas en las dos estremidades del puente, que en la parte media, de manera que las caidas eran mucho mas frecuentes en aquellos dos puntos. Algunos pasajeros, aunque en mui reducido número, se aventuraban á pasar por los diez arcos medio arruinados: pero su paso era incierto y vacilante, y la mayor parte de ellos caian al agua antes de llegar al último.

Pasé algun tiempo arrobado en los tristes pensamientos que naturalmente debia inspirar tan lamentable espectáculo. Mi corazon se llenaba de melancolía viendo aquellas jentes desaparecer con tanta prontitud, y perder la vida muchas de ellas, quando parecian mas llenas de júbi-

lo, y mas entregadas á las risas y á los juegos. Algunas de ellas al caer, se agarraban al objeto que tenian mas cerca, como para prolongar, aunque en vano, los tristes restos de su existencia. Otras caian en el acto de estar con los ojos fijos en el cielo, envueltos al parecer en altas contemplaciones: otras, resbalaban cuando corrian en pos de unos juguetes mui brillantes, que volaban á su vista, como incitándolos á perseguir aquellos engañosos resplandores. Vi tambien unos hombres que llevaban cimitarras en las manos, y otros, cargados de jarros, botellas, frascos de todos tamaños, y papeles en que estaban envueltos polvos, yerbas, y otras drogas. Estas dos clases de hombres perseguian encarnizadamente á los pasajeros, y lograban empujar á muchos de ellos, los cuales caian inmediatamente, pudiendo quizas haber andado mucho mas trecho, si no hubiera sido por la violencia que les hacian aquellos hombres.

El genio me dejó largo rato entregado á los sentimientos que debia despertar en mí tan maravilloso espectáculo. Despues me dijo; «aparta tus miradas de la tierra; dirijelas á rejion mas elevada, y dime si observas en ella algo que te cause impresion.» «Veo, le respondí, grandes bandadas de pájaros, que revolotean sobre

el puente, y á veces se paran en él. Todos son de presa, y generalmente tienen un aspecto feroz.» «Esas, dijo el genio, son las pasiones que persiguen al hombre, durante su tránsito por la tierra.»

«¡Ai de mí! exclamé yo al oír estas palabras. ¡Cuan desventurada es la suerte del hombre! ¡Cuántos males lo acometen durante su vida! ¡Y qué cosa tan horrible es su muerte! «Al oír estas exclamaciones, el genio se compadeció de mí, y me dijo: «no mires mas al hombre, en el primer tramo de su existencia, cuando se prepara al gran viaje de la eternidad. Ahora, fija la vista en la niebla que cubre aquella parte de la corriente, por donde van arrebatados los mortales que en ella caen.» Hice lo que me mandaba, y no sé si adquirieron mis ojos una fuerza sobrenatural: lo cierto es que ví abrirse de repente el fondo del valle, y aparecer en su lugar un océano inmenso, dividido en dos partes, por una gran roca. En una de las dos mitades, nada podia distinguirse por la oscuridad que esparcían en ella las nubes que la cubrían. En la otra, que estaba bien iluminada por los rayos del sol, se alzaban innumerables islas, revestidas de hermosa vejetacion, de vistosas flores y delicadas frutas. Poblábanlas gentes de aspecto bondadoso y risueño, vestidas de

esplendentes ropajes, y coronadas de guirnaldas. Unas se paseaban por las tupidas arboledas; otras reposaban en el mullido y oloroso lecho que los cespedes y tomillos formaban. De toda aquella rejion salia un variado y suave ruido, en que se distinguian el canto de las aves, el murmullo de las aguas, las voces humanas y los instrumentos músicos. A vista de tan deleitosa escena, mi corazon se llenó de alegría. Habria querido en aquel momento tener las alas de un águila, para trasladarme á unas mansiones que tantas venturas prometian: pero el genio me dijo que antes de entrar en ellas, era forzoso caer en aquella funesta corriente, que arrebatava consigo la existencia transitoria del hombre. «Innumerables son, me dijo, esas islas, destinadas á los hombres justos y buenos, despues que han pagado el debido tributo á la naturaleza. En ellas, no solo gozan los placeres mas puros, mas nobles, mas dignos del espíritu humano, en que la Divinidad ha estampado su sello: sino que perfeccionan ese espíritu inmortal, despojándolo de todos los elementos groseros y torpes, que, durante la vida lo afearon. ¡O Mirza! ¿no son esas moradas dignas de que el hombre se haga merecedor de habitarlas? ¿Puede llamarse miserable la vida, que se ve despues coronada por esa exis-

tencia tan privilegiada y venturosa? ¡Qué noble te parecerá ahora la condicion del hombre, en vista de la gloriosa eternidad que se le reserva, si quiere obtenerla por los medios que la Providencia ha puesto á su alcance!..»

Cuando me hube anegado en la placentera contemplacion que me ofrecian tan elevadas y gratas imájenes: «Ahora, dije al genio, deseo saber qué misterio se oculta bajo las otras nubes que guarnecen la parte superior de la corriente.» Y como no recibiese contestacion alguna á esta demanda, volví el rostro, y vi que el genio habia desaparecido; y en lugar de aquella perspectiva, que por tanto tiempo habia encadenado mis miradas y mi atencion, me hallé de nuevo en el valle de Bagdad, enmedio de los rebaños que pastaban en las colinas que lo rodean.

EL MISMO.

La Jornada de Sibida.

 **S**BIDA, hijo de Abensina, salió por la mañana mui temprano, del asilo hospitalario en que habia pasado la noche, y continuó su marcha por medio de las llanuras del Hindostan. El descanso de la noche habia aumentado sus brios; la esperanza animaba su corazon; el deseo aguijoneaba su fantasía: así que, su paso era acelerado y vigoroso, y se dejaba atras los valles, y continuamente veia alzarse nuevas colinas, y abrirse nuevos horizontes. Adulaba sus oidos el canto matinal del ave del paraíso, y el aura, empapada en rocío perfumado, soplabá en torno, como si quisiese suavizar para él los ardores del día. A veces contemplaba la majestuosa encina, monarca de las selvas; otras, se embriagaba con las aromáticas emanaciones de las flores primaverales. Todos sus sentidos gozaban. Las penas y las inquietudes no hallaban cabida en su corazon.

Así continuó, hasta que el sol se apro-

ximó al meridiano. Empezó entonces á sentir sus fuerzas algo abatidas por el calor, y miró en torno de sí, á ver si descubria un sendero fresco y cómodo. A la derecha distinguió en efecto un espeso bosquecillo, cuya sombra parecia estar convidando al viajero. Entró en él, y la frescura y el verdor lo atraieron de un modo irresistible. Sin embargo, no olvidó la direccion que debia seguir; pero halló una vereda estrecha y guarnecida de flores, la cual parecia trazada en el mismo rumbo que el camino real: descubrimiento que agradó sobremanera á nuestro viandante, porque de este modo creyó que podia combinar la utilidad con el recreo, y adelantar en su jornada sin calor ni fatiga. Por tanto, continuó andando, sin desmayar ni detenerse, excepto de tiempo en tiempo, cuando lo sorprendia el canto de algun ave, ó llamaba su atencion alguna flor vistosa y peregrina, ó alguna sabrosa fruta pendiente del árbol. Al cabo de un rato, observó que aquella senda empezaba á separarse de su direccion primitiva, penetrando en amenas espesuras, y por los declives de las colinas. Obida se paró entonces, como incierto del partido que habia de tomar: mas pronto se decidió á persistir en el mismo camino, porque se figuró que aquella vuelta que daba, seria efecto

de los accidentes del terreno, y que al cabo volveria á la línea principal.

Tranquilizado algun tanto con aquella reflexion, continuó marchando con el mismo brio, aunque de cuando en cuando se le figuraba que no adelantaba terreno, y ya esta idea enfriaba su ardor, en términos que frecuentemente se detenia, sea para escuchar el menor rumor que llegaba á sus oidos, sea para descubrir, desde las alturas que se ofrecian, el paisaje circunvecino, creyendo que de este modo podria salir de sus dudas. Ademas, se distraia frecuentemente con cualquier nuevo objeto; con el arroyo que serpenteaba entre los arbustos, con la mariposa que revoleteaba de flor en flor, con el reptil que se escabullía por entre el cespèd, y desaparecia con la rapidez del viento. Asi pasaban insensiblemente las horas; asi se confundia la imaginacion de Obida con tantas sensaciones nuevas, en términos que casi no sabia ya adonde caminaba, ni el fin que se proponia en aquella expedicion. Entonces se arrimó á un peñasco, y se puso á reflexionar sobre lo que le convenia hacer: y en verdad, no se determinaba á proseguir su marcha, recelando alejarse mas y mas de su rumbo, mientras, por otro lado, echaba de ver que no debia perder el tiempo, ni permanecer en la inaccion. Mientras

vacilaba de este modo entre mil dudas y confusiones, el cielo se cubrió de espesas nubes; sobrevino una profunda oscuridad, y en pos, la tormenta, con sus amenazantes ruidos, y fatales anuncios. El peligro le reveló entonces la imprudencia de su conducta; conoció que una vana curiosidad, unida al descuido de lo útil y de lo seguro, lo habia conducido á la apretura en que se hallaba, y el arrepentimiento ennegreció su alma, y pobló de fúnebres imágenes su fantasía. Un trueno espantoso resonó en las concavidades del monte, y agravó la angustia del desacordado viajero.

¿Qué podia hacer en situacion tan crítica? No le quedaba otro recurso que volver atras, y buscar alguna abertura por la cual pudiese salir á la llanura, y orientarse. Mas antes de todo, se postró humildemente, alzó los ojos y el corazón al cielo, y dirigió sus fervorosas súplicas al Dios de la Naturaleza, con lo cual se sintió algo mas animoso y fortalecido, y emprendió su marcha.

Pero las tinieblas se aumentaban por momentos; las fieras, asustadas por el desorden de los elementos, salian de sus guaridas, lanzando ruidos tremendos. Obida caminaba entre horrores, y peligros. Sacó la cimitarra para defenderse de las hienas y tigres, y apenas podia manejar el arma,

hallándose á cada instante embarazado en sus movimientos, por la escabrosidad del terreno, y las hendiduras que en él habian hecho las lluvias. Tantos esfuerzos y fatigas, agotaron sus brios; cubria un sudor helado todo su cuerpo; sus rodillas temblaban, y ya iba á desplomarse exánime en el suelo, cuando al traves de las ramas, hirió sus ojos el ténue resplandor de una luz artificial. Encaminóse á ella con indecibles trabajos, y violentas contorsiones, y viéndose á la puerta de una hermita, llamó humildemente, y fué admitido con cariñosa benignidad por un anciano venerable. Este hombre piadoso le presentó desde luego una pobre comida de pan y fruta, y cuando vió que habia satisfecho su necesidad, y cobrado fuerzas, le habló en estos términos: «Hijo ¿qué sucesos te han conducido á estos lugares? Hace veinte años que los habito, y esta es la primera vez que encuentro en ellos una criatura humana.» Obida refirió sencillamente, no sin rubor y arrepentimiento, todas las ocurrencias del dia. Entonces continuó de este modo el hermitaño: «Hijo, no olvides nunca la leccion que acabas de recibir, porque de ella podrás sacar preciosos documentos. Ten presente que la vida humana es la jornada de un dia. La juventud es como la mañana, en que todo es esperanza, todo alegría, to-

do ilusion. Entonces es cuando nos proponemos seguir el camino del deber, y empezamos á marchar por él, con buen ánimo, y con firme propósito. Mui pronto se enfria aquel ardor, empezamos á buscar excusas á nuestra tibieza; á proporcionarnos comodidad, descanso, holgura, figurándonos que con esto no nos apartamos del fin que nos proponiamos. En este nuevo sistema, nos abandonamos sin escrúpulo á todas las impresiones que nos halagan, á todas las distracciones que se nos ofrecen. Crece de dia en dia la aficion á lo que nos gusta, en términos que penetramos sin recelo en las mansiones del deleite, creyendo que ningun mal nos amenaza en ellas; que podremos salir de ellas cuando se nos antoje, ó nos convenga. A tal punto llega entonces el extravío de nuestra razon, que olvidamos todas nuestras antiguas resoluciones, y se borran de la memoria los planes que habiamos trazado, y los objetos que nos habiamos propuesto conseguir. Sobreviene á esta sazon el infortunio, como la tormenta inesperada, y nos vemos circundados de peligros, aterrados por los males que el porvenir nos anuncia, embarazados en nuestras resoluciones por obstáculos formidables. Al llegar á este punto, miramos atras con dolor y remordimiento; nos espanta la mudanza que nota-

mos en nuestra posicion, y quisiéramos haber persistido en los designios inocentes y honrados que nos estimularon al principio. ¡Dichosos, hijo mio, los que en tales aprietos no se abandonan á la desesperacion! ¡Dichosos los que, apesar de la postracion de sus brios y la amargura de su corazon, saben que todavia puede salvarlos un esfuerzo! Ahora, anda á descansar; abandónate á la proteccion del Ser Supremo, y quiera Dios que al empezar de nuevo la carrera de la vida, tengas presente la leccion que te ha dado la jornada de hoi.»

RAMBLER.

La Sábula y la Alegoria.

 A una divinidad jóven, que abre todas las mañanas las puertas de Oriente, y derrama frescura en el aire, flores en los campos, y rubíes en el sendero que va á recorrer el sol. Con este anuncio, la Tierra despierta, y se prepara á recibir al númen, que todos los dias le da una nueva

vida. El númen aparece, y ostenta toda la magnificencia que conviene al monarca de los cielos. Su carro, conducido por las Horas, penetra en el espacio inmenso que el númen cubre de llamas y de luz. Cuando llega al palacio del soberano de los mares, la noche, que va siempre siguiéndolo, estiendo sus velos sombríos, y enciende innumerables antorchas en la bóveda celeste.

Entonces se alza otro carro, cuya claridad suave y benigna inspira vagas meditaciones á las almas tiernas. Una diosa lo conduce, la cual va secretamente á recibir los amorosos homenajes de Endimion. Ese arco, que relumbra con colores tan vivos, y que se encorva de una estremidad del horizonte á la otra, es la huella luminosa del tránsito de Iris, que es quien lleva á la Tierra las ordenes de Juno. Los plácidos vientos, y las borrascas embravecidas son Genios, que unas veces triscan en los aires, otras luchan entre sí para alborotar las olas.

Al pie de esa colina hai una gruta, asilo de la frescura y de la paz. Allí es donde una ninfa benéfica derrama de su inagotable urna, el arroyo que fertiliza la llanura vecina; allí es donde escucha las plegarias de la tierna doncella, que viene á contemplar su hermosura en las olas fugitivas.

Entrad en ese bosque sombrío, y no pensareis en el silencio ni en la soledad; estareis en la mansion de las Driadas y de los Silvanos, y un cierto asombro que sentireis, es efecto de la presencia de la Divinidad.

BARTHELEMY.

LOS DIOS DE HOMERO.

 L odio á los bárbaros era pasion mui antigua de los Griegos, y habia llegado á ser natural en ellos. Una de las cosas que daban mas precio á la poesia de Homero, era que cantaba victorias y ventajas de Grecia, y vencimientos y desventajas de Asia. Por parte de Asia estaba Venus, es decir, el placer, el amor vicioso, la molicie. Por parte de Grecia estaban Juno, es decir, el amor inocente y puro, la gravedad y la modestia; Mercurio con la elocuencia, Júpiter con la sabiduria política. En Asia predominaba Marte impetuoso y brutal, ó, lo que es lo mismo, la guerra hecha con furor. En Grecia, Palas, símbolo del arte militar, y de las hostili-

dades dirigidas por la inteligencia. Desde aquellos tiempos, la Grecia ha estado siempre persuadida de que la inteligencia y el valor racional le pertenecian como dotes nacionales. Erale insoportable la idea de que Asia pensase en someterla, pues creia que esta sumision valia tanto como la de la virtud al deleite, la del espíritu á la materia, la del verdadero valor á una fuerza insensata, que solo consiste en la preponderancia de la muchedumbre.

BOSSUET.

EL MONO.



UN mono viejo y travieso perdió la vida, y su sombra bajó á la tenebrosa morada de Pluton, donde empezó á pedir que lo restituyesen á la existencia. Pluton quiso destinarlo al cuerpo de un asno pesado y estúpido, para quitar á la sombra su soltura, su viveza y su malicia. Pero dió tantas vueltas é hizo tantas travesuras, que el rei inflexible de los infiernos no pudo menos de reirse, y le per-

mitió escoger el cuerpo en que habia de alojarse. Ella escogió el de una cotorra. «Por este medio, decia, conservaré á lo menos alguna semejanza con el hombre, á quien tanto he procurado imitar. Cuando era mono, hacia jestos como los hombres los hacen; siendo cotorra hablaré como ellos hablan.

Apenas la sombra del mono tomó posesion del cuerpo de la cotorra, cuando cayó esta en manos de una vieja mui amiga de cuentos y chismes. La vieja, contentísima de aquella adquisicion, puso á la cotorra en una linda jaula, y le daba de comer cuantas golosinas se le antojaban: con lo que el pájaro no cesaba de charlar todo el dia, haciéndole el duo la vieja; y era digno de observarse que con tanto juicio hablaba una como otra. La cotorra, á las cualidades propias de su naturaleza y condicion, agregaba algunas de su profesion antigua, y asi es que meneaba ridiculamente la cabeza, agitaba sus alas de mil modos diversos, y con sus patas imitaba á los saltarines y volteadores. La vieja se ponía á cada instante los anteojos para admirar á su ave favorita, y lo que sentia era ser un poca sorda, pues se le escapaban algunos primores de los infinitos que esparcia sin cesar aquel animal extraordinario. Al fin y al cabo, tanto

se echó á perder con los mimos que lo hacian , que llegó á ser charlatan , importuno, y tan aturdido que un dia bebió, en compañía de la vieja , una excesiva cantidad de vino , de cuyas resultas murió.

Ya lo tenemos otra vez en presencia de Pluton, el cual quiso darle el cuerpo de un pez , condenándolo de este modo al silencio. Pero la sombra se puso á jugar y á brincar, con tanta agilidad y haciendo contorsiones tan grotescas, que el monarca infernal depuso algun tanto su ceño, porque Pluton, como todos los príncipes, no sabe resistir á las súplicas de los que lo divierten. La sombra obtuvo licencia de animar el cuerpo de un hombre: no ya de un hombre grave y entendido, que esto hubiera sido vergonzoso para Pluton, sino de un parlanchin insoportable y fastidioso, que decia mas embustes que palabras; que se jactaba de toda clase de perfecciones ; que gesticulaba ridiculamente; que se burlaba de todo el mundo, y que interrumpia las conversaciones mas interesantes y serias, para decir las mas groseras necedades.

Mercurio, que lo conoció en su nuevo estado, le dijo: «¡Ola! ya sé quien eres, ya sé que la mitad de tu ser es de mono, y la otra mitad de cotorra, de modo que si

te quitan los gestos que haces, y las palabras que pronuncias sin enterderlas, no te quedaria absolutamente nada. Sábeta una cosa; de un buen loro y de un mono bonito, no puede resultar mas que un hombre necio»

FENELON.

La Academia silenciosa.

 HABIA en Amadan una célebre Academia, cuyo primer estatuto decia así— «los académicos pensaran mucho, escribirán poco, y hablarán lo menos posible.» Llamábase la Academia Silenciosa, y no habia sabio de nota en Persia que no aspirase al honor de incorporarse en tan célebre instituto. El Doctor Zeb, autor de una obra excelente intitulada *la Mordaza*, supo, en la provincia en que vivia, que estaba vacante una silla en la Academia Silenciosa. Púsose inmediatamente en camino; llega á la ciudad, preséntase á la puerta del salon, donde los académicos se jun-

taban, y entrega al portero un billete concebido en estos términos = «El Doctor Zeb pide humildemente el puesto vacante.» El portero llevó este escrito á la junta: mas era tarde. Los académicos lo sintieron muchísimo. Bien apesar suyo, y cediendo á empeños irresistibles, habian dado el puesto vacante á un ingenio de la corte, cuya elocuencia animada, pero superficial y estéril era la admiracion de los corrillos y tertulias. ¡Cuánto mejor no hubiera sido conferir aquel honor al Doctor Zeb, que era el azote de los charlatanes, tan famoso por la abundancia de sus ideas, como por la escasez de sus palabras!

Era obligacion del Presidente notificar aquel inconveniente al Doctor: mas tal era su sentimiento, que no sabia de qué medio valerse para dar tan desagradable noticia. Al fin, despues de pensar mucho tiempo, llenó de agua una gran copa, de tal manera, que una sola gota más habria rebosado. Hecho esto, mandó con un gesto que fuese introducido el Doctor, el cual se presentó á la sabia reunion, con aquella modestia, que acompaña siempre al mérito sólido y verdadero. El Presidente se levantó, y, sin hablar una sola palabra, le mostró con el dedo la copa emblemática. El Doctor comprendió lo que se queria darle á entender: pero sin desanimarse, qui-

so buscar algun medio de manifestar que la admision de un miembro supernumerario, no podria ocasionar perjuicio alguno á la corporacion. Viendo en el suelo una hoja de rosa, la recoje, y la coloca con mucha delicadeza en la superficie del agua, de tal modo que no se derramó ni siquiera una gota.

Al ver una respuesta tan ingeniosa, todos los presentes aplaudieron con entusiasmo, y á pesar de las reglas, el Doctor Zeb fué recibido [por aclamacion. Inscribiose su nombre en el catálogo de los miembros, y ya no le quedaba mas que hacer que pronunciar una frase de accion de gracias. Mas para mostrarse perfecto académico silencioso, cumplió con esta formalidad sin desplegar los labios, y fué del modo siguiente: tomó la pluma y escribió, el número ciento, que era el de los academicos, poniendo un cero delante del uno, de esta manera (0100), con esta inscripcion: «no valdrán mas ni menos.» El Presidente respondió al modesto doctor, con tanta oportunidad como cortesia. Puso el número uno delante del ciento; así (1100) y añadió: «valdrán diez veces mas.»

RAMBLER.

CIBELES O LA TIERRA.

 ¡H tú, á quien la antigüedad llamó Madre de los dioses; Tierra, Cibeles, tú, que sostienes mi existencia fugitiva! Inspírame, en el fondo de alguna ignorada gruta, aquel mismo espíritu que revelaba el porvenir á tus antiguos oráculos.

Para tí brilla el sol, soplan los vientos, y circulan los mares y los rios. Tú eres á quien adornan las Horas, los Céfiros, las Nereidas, con diademas de luces, con guirnaldas de flores, con vistosas cinturas. En tí, todo lo que está animado suspende la lámpara de la vida. Todos los seres se reúnen en torno de tí, porque tú eres su madre comun. A tu seno materno acuden como hijos, los elementos, los vegetales, los animales. Mas tú, enamorada como fiel esposa, del padre del día, circulas al redor de él, calentando á sus rayos tus inagotables manantiales de produccion. Tú sola, en medio de aquellos grandes movimientos, ofreces el ejemplo de la constancia á los inconstantes humanos, los cuales solo de

tu seno sacan la vida; solo en él hallan reposo. ¡Oh Tierra, cuna y sepulcro de todos los seres! en tanto que ofreces un lugar seguro á mis cenizas, descúbreme las riquezas de tu seno, las preciosas formas de tus valles, esos montes inaccesibles, de los cuales manan los rios y los océanos; hasta que mi alma, desprendida del peso del cuerpo, vuela hácia ese mismo sol, del cual sacas tú una vida perpetua.

BERNARDIN DE SAINT-PIERRE.

Las Armonías de la Naturaleza.

SED mis conductoras, hijas del cielo y de la tierra, sublimes armonías de la Naturaleza. Vosotras sois las que formais y separais los elementos; vosotras, las que dais ser á todo lo que vejeta, y á todo lo que respira. La Naturaleza ha puesto en vuestras manos dos antorchas: la de la existencia, y la de la muerte. Con una encendéis el fuego del amor; con otra el de la guerra. Con los fuegos del amor, transfor-

mais la materia, y dais consistencia á la roca, fluidez á los manantiales, jugo á las plantas, sabor á las frutas, deseos, cantos y viveza á las aves. Con los fuegos de la guerra, formais el huracan, el volcan y la tormenta, y en manos de estos terribles agentes, perecen las plantas y las aves, para renacer mas tarde, con otras formas, y revestidas de otros colores. Vosotras no cessais de dar y quitar la vida, y la quitais por el gusto de renovarla, y de crear sin interrupcion: porque si no os emplearais en destruir, no habria vida en el Universo. Si no fuera por vosotras, el mundo, yaceria sumerjido en un eterno reposo: pero vuestras dos antorchas hacen brotar por todas partes colores, formas y movimientos. Los amores os preceden; las generaciones os siguen. Vuestra vijilancia no cede á la tiniebla de la noche, porque en medio de su oscuridad, trabajais, como en medio del dia, en el seno de la tierra, en el fondo de los mares, y en las cristalinas rejiones de la atmósfera. Vosotras recorreis en perpetuo giro la superficie del globo; vosotras estendeis vuestros círculos infinitos, de horizonte en horizonte, de esfera en esfera, de constelacion en constelacion, y en alas del amor y de la admiracion, volais al trono del Eterno, y en él suspendeis las cadenas innumerables de los seres.

¡Oh hijas de la Eterna Sabiduría! ¡Armonías de la Naturaleza! Todos los hombres son hijos vuestros. Les dais necesidades, para que gocen, y diversidad, para que se unan. Los haceis débiles, para que su flaqueza se torne en vigor; y de flacos se conviertan en dominadores. Si algo valen ellos, es porque os imitan; si algo saben, es porque les dais vuestra sabiduría. Sin vosotras, no hai belleza para los sentidos, contemplaciones para la inteligencia, ni ventura para el corazon.

EL MISMO.

LA MUERTE.

 NA fantasma se presenta en el umbral de esas puertas inexorables—Esa fantasma es la muerte. Muéstrase como una mancha oscura, que resalta en medio de una muchedumbre de llamas, colocadas detras, y cuyos rayos lívidos é infernales pasan por los intervalos del horrible esqueleto. Luce en su cabeza una diadema, ornada con las joyas que ella arrebató á los monarcas de la tierra. A veces se adorna de púrpura, á veces se cubre de andrajos, segun la

clase de víctimas que inmola. Ora se arrastra por los suelos, ora atraviesa los aires, revistiéndose de todas las formas imaginables, hasta de la hermosura. Parece sorda, y sin embargo oye el mas pequeño rumor que denuncia la vida. Parece ciega, y sin embargo descubre el mas imperceptible de los insectos.

En una mano lleva la hoz del segador; con la otra oculta la única herida que ha recibido. Hízosela el Cristo vencedor en el monte Golgota. El crimen es el que abre las puertas del infierno: la Muerte es quien las cierra.

CHATEAUBRIAND.

El palacio de la Sana.

N las extremidades del mundo, no lejos del polo, cuya circunferencia midió el intrépido Cook, apesar de vientos y tempestades, en medio de las tierras australes, separadas de las miradas investigadoras del hombre por un muro de hielo, se alza una montaña,

que sobrepaja en elevacion las cimas de los Andes, en el Nuevo Mundo, y las de Tibet en Asia la antigua.

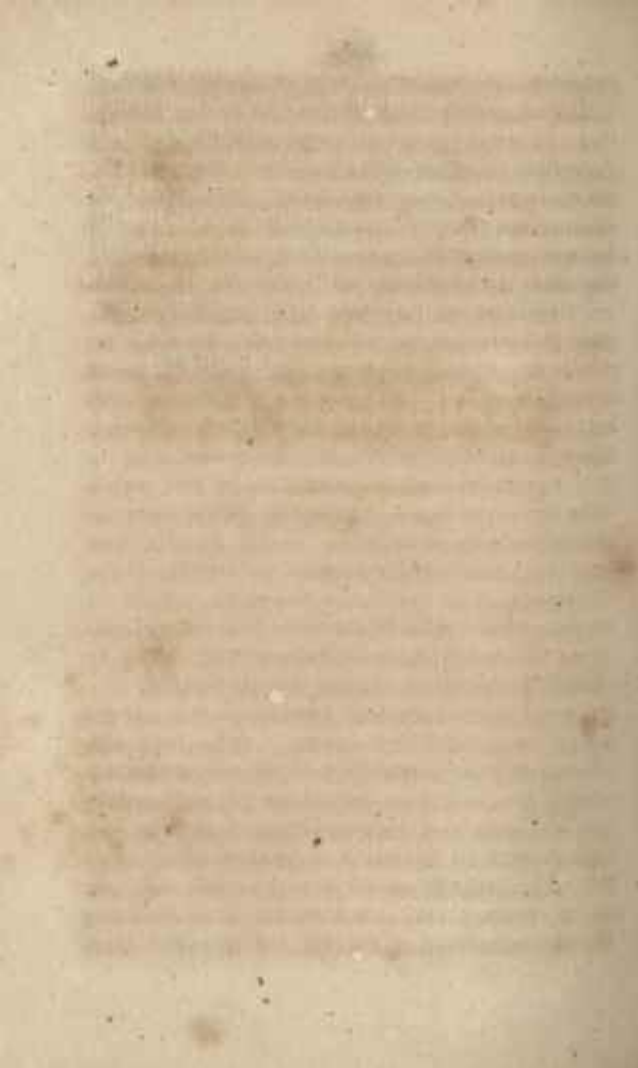
En esta montaña hai un palacio construido por los númenes infernales, y este palacio tiene mil pórticos de bronce. El mas pequeño rumor viene á resonar en los domos de este edificio. Jamas pasó el Silencio sus umbrales.

En el centro del monumentó hai una bóveda espiral, á manera de caracol, y de tal modo dispuesta, que en su concavidad se repiten todos los ruidos que llegan al palacio: pero, en virtud de un amaño digno del arquitecto de las mentiras, la mayor parte de estos sonos se reproducen allí en falso. Muchas veces un murmullo ligero se hincha y toma cuerpo, hasta imitar el estampido del trueno, mientras que los furios del huracán expiran al pasar por aquellas sinuosidades.

Allí es donde reside la Fama, sentada en un trono sonoro, y siempre con los oídos aplicados á aquel eco inmenso. Nació de Satanás y de la Soberbia, para anunciar el dominio del mal á los hombres. Su nombre era desconocido antes que Lucífer levantase el estandarte contra el Todopoderoso. No fué en efecto la Fama: fueron sentimientos íntimos de admiracion y amor, fueron los cantos misteriosos de la

celestial Jerusalem, los que anunciaron al Cielo la creacion del mundo, y el triunfo del sol en el espacio: pero despues de la rebeldia de los malos ángeles, la fama usurpó el lugar de aquellos agentes divinos. Precipitada en breve á los infiernos, ella fué la que publicó en el abismo la existencia de nuestro globo; la que indujo al enemigo de Dios á tentar la caída del hombre.

EL MISMO.



POESÍA



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1900

1900

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1900

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1900

COMPOSICIONES RELIGIOSAS

Y MORALES.

LA IRA DE DIOS.

¿Por qué se estremecieron
En su próspero curso los impios?
¿Por qué desfallecieron.
Sus orgullosos brios,
Y el miedo los paró trémulos, frios?

Porque desde su trono,
El Hacedor del rico firmamento,
Habló con fiero tono,
Y al formidable acento,
Quedó inmóvil el mar, y mudo el viento.

¿Quién, si el grito levanta
Su labio omnipotente, no se esconde
De la cólera santa?
¿Quién le resiste? ¿Dónde
Vive el mortal que erguido le responde?

Que él, con su aliento solo,
Derrocando los sólidos quiciales
Del encumbrado polo,
Precipita en raudales
El abismo de nieves eternas.

A cuya furibunda
Señal de asolación, de niebla triste
La bóveda profunda
Bramando se reviste,
Y la muerte amenaza á cuanto existe.

¡Ai! que son ya torrentes
Los tímidos arroyos, y anchos mares
Son los rios potentes;
Ni prestan valladares
Fuertes rocas, ni altísimos pinares.

Cubre el agua los valles;
Debajo de las olas desaparece
La tierra; nuevas calles
Traza mujiendo, y crece,
Y en las altas colinas aparece.

Pávida titubea
Del monte la cimera fragorosa;
Y ajitada rodea
La linfa presurosa
Los lomos de su falda peñascosa.

Ya de la varia tierra
La ornada faz, prodijio de hermosura,
Profundo abismo encierra,
Y cerrazon oscura
Cual velo funeral cubre á Natura.

El humano linaje
Cedió al decreto del Señor Augusto,
Cual el seco follaje
Del solitario arbusto
Al rabioso soplar del Euro adusto.

Un traductor de los Salmos.

Llevó lijera el aura
Del arpa de Sion los santos ecos
Por la estension del mundo, y cual restaura
Los mustios valles y los prados secos
El otoñal rocío,
Tal renació en mi seno nuevo brio.

¡Cuan armoniosas vibran
Las cuerdas de oro! Al escucharlas, rotas
Las cadenas del mal, presto se libran
Por las esferas puras y remotas
Mis leves pensamientos,
De inmarcesible bienestar sedientos.

Ora en piélago inmenso
De admiracion estática, me inunda,
Cual alba nube de oloroso incienso;
Y me muestra en la bóveda profunda,
Con luz cándida escrito
Tu nombre santo ¡O númen infinito!

Ora en el hondo centro
De mi ser deleznable me introduce,
Y mi flaqueza mísera, do encuentro
El móvil criminal que me conduce
Por la senda torcida,
Lejos de los raudales de la vida.

Ya contra los impíos
Fulmina maldicion, y en ira santa
Se enardece. Sus torpes desvarios
Revela al Universo, y los espanta
Con anatema, y jimen
Cuando lo escuchan los que al justo oprimen.

O ya en abatimiento
Melancólico y flebil se reclina,
Regando con su lloro el pavimento;

Y cual serpiente pérfida y maligna,
Lo hiere despiadado
El recuerdo funesto del pecado.

¡Con qué magnificencia,
De la creacion la maravilla suma
Retraza esplendoroso, y la alta ciencia
Que del mortal la pequeñez abruma,
Y lo deslumbra y ciega,
Y á vergonzosa confusion lo entrega!

El me muestra al gigante
Que se levanta á recorrer la via;
Y yo enmudezco de terror. Pujante
Desatase la mar con rabia impia,
Y el mar lo mira y huye;
Trueno es su voz que asombra y que destruye.

Humean en sus cimas,
Los montes si él los toca, y él derrama
Centella y hielo en los remotos climas.
Del cedro altivo la frondosa rama
Con blanda mano riega,
Y á su mandato el huracan la pliega.

De Tarsis los navios
Rompe cual paja en su furor: suspende
En medio de los ámbitos vacios
Del ser mortal la habitacion, y enciende
Magníficas lumbreras,
Que vierten alba luz en las esferas.

Ma's ¿donde me arrebatara
VALDES, el entusiasmo que me inspira
Tu canto armonioso? Cual retrata
Fiel el agua la imájen, tal la lira
De Leon, en tus manos,
De David nos revela los arcanos.

Sonora en la alabanza
De las obras de Dios, y plañidera
Cuando el Profeta humilde, la venganza
Teme de Dios: dogmática y severa,
Cuando dicta al humano
La lei divina y el precepto sano.

No siga yo atrevido
Tu raudó vuelo. Con humilde tono,
Preludiaré en silencio y en olvido
Rústica endecha, mientras al almo trono
Do el Sempiterno luce,
El monarca inspirado te conduce.

ORACION.



¡Ai! Ampara, Señor, al marinero:
Que yo aunque en fuertes muros guarecido
Del soplo asolador del Noto fiero,

Al oír el horrísono estampido,

A ti, Vengador Santo,

Trémulo el seno de pavor levanto

¿Qué es de ese malhadado que, en lo inmenso
Del furibundo Océano, camina

De perdicion en perdicion, suspenso

Entre el ser y la nada? ¡Oh Dios! inclina

Al suspiro que lanza

Tu paternal amor; dale esperanza.

Mas tu cólera aumenta; opaca nube

Rabia anunciando en el zenit parece.

Con profundo mujir hinchase, y sube

Del seno del abismo, y se engrandece,

Rebentando de saña,

La amenazante líquida montaña.

Ora en su cima, ora en su falda, y ora

Dentro del hondo espacio que descubre,

La quilla vaga; espuma mujidora

Los destrozados mastiles encubre,

Y en fragmentos los raja,

Y el casco ajita como leve paja.

Y otra montaña en pos, cual si Natura

Contra el mísero humano su infinita

Venganza conjurase, de su altura

La infanda nave empuja y precipita.

Ten el golpe severo....

¡Ai! Ampara, Señor, al marinero.

EL INFORTUNIO.

Cuando de la ventura
Tanto al humano el soplo favorece,
Que en su letal dulzura
Sin cuita se adormece,
Y en ilusiones plácidas se mece;

Entonces se levanta
El infortunio, cual ladrón que acecha
Con silenciosa planta,
Y el letargo aprovecha,
Y fuertes nudos en redor estrecha.

Y ya desembargada
De la dañosa, pérfida mentira,
El ánima atristada,
Los nuevos hierros mira,
Y á destrozarlos con furor aspira.

Mas vano es su combate;
Que no hai potencia humana tan forzuda
Que aquel yugo desate,
Ni ha de haber quien acuda,
Ni del tejido aleve lo sacuda.

Cual se desgaja y quiebra
La gigantesca roca de dó pende ,
Y á la móvil culebra
En su fuga sorprende,
Y en puntas asperísimas la prende;

Y al agudo tormento,
La mísera se vuelve, se alza, jira;
Y el pintado ornamento
Con nuevo esfuerzo estira
Y cien veces se enrosca y luego espira;

Asi la envanecida
Mente del hombre, al infortunio cede,
Tras lucha empedernida,
Que sus fuerzas excede,
Y en que solo rendirse humilde puede.

Empero al hombre manso
Que en celestial contemplacion se emplea,
Jamás turba el descanso
La bárbara pelea:
Mas bien en infortunios se recrea;

Viendo que terminado
Su tránsito en el reino del delito,
Subirá coronado
Al alcázar bendito,
Donde fijó su trono el Infinito.

Himno del Hebreo en la adversidad.

**Cuando Israel salia
Del cautiverio que sufrió humillado,
El Señor dirigia
Al pueblo bien amado,
De llama, y humo y esplendor bañado.**

**Y de dia se alzaba
Como gigante el guía nebuloso,
Y de noche alumbraba
Su fulgor glorioso
El desierto callado y arenoso.**

**Y el pontífice santo,
Y el guerrero, y la vírgen, y el levita,
Con armonioso canto,
Loaban la infinita
Bondad del Padre que en el Cielo habita.**

**Cesaron los portentos,
Mas no cesa, Gran Dios, tu poderio.
Asi que en los tormentos
Que me ofrece el impío,
Vuela á tu trono el corazon, Dios mio.**

No en vano, que presente,
Dios de eterna bondad, aunque invisible,
Tu blando influjo siente
El ánima apacible,
Solaz vertiendo y júbilo indecible.

Y aunque silva tremendo
Presajio de huracan, y velo oscuro
Va los aires cubriendo,
Mas que en sólido muro,
El inocente en tí vive seguro.

De Babel en los ríos
Nuestras arpas dejamos y suspenso
Tu loor. Los impíos
Se gozan, que el incienso
No humea en tus altares, Dios Inmenso.

Empero tu desprecias
Carne de oveja y sangre de cabrito,
Y el homenaje precias
Del ánimo contrito,
Y mucho mas la caridad que el rito.

LA VIRTUD DEL JUSTO.

Quién por segura via,
Que no turbó el error, guió los pasos
De su existencia pia,
Y en los acerbos casos
Se humilló reverente,
Piedad, clamando al Padre Omnipotente;

Quien de la esplendorosa
Mundana pompa huyó, y en grato abrigo
De soledad sabrosa,
Buscára sin testigo
Luz que no desfallece,
Beldad que no declina y no perece;

Quien acogió el lamento
Del desvalido, y con semblante adusto,
Rechazára al violento
Perseguidor injusto,
Sin humillar la frente
Ante el poder que oprime al inocente;

Libre, y en paz, y lleno
De consuelo inefable, en la dulzura

De un ánimo sereno,
Gozará la segura
Bichosa bienandanza,
Que en la conciencia pura se afianza.

Sin que lo atemorice
Fragor tremendo de huracan silvoso,
Que al culpado predice
Destino riguroso,
Cuando el placer lo halaga,
Y en la copa del vicio se embriaga.

De verdad y justicia
Sigue las santas leyes: ni conoce
Mas plácida delicia,
Que de turba feroce
Burlar el impío estruendo,
De la razon la causa defendiendo.

Grata benevolencia
Con blando soplo el corazon le anima:
Y mas que la opulencia
Virtud humilde estima;
Y mas en pobre aldea
Que en alcázar dorado se recrea.

Al Ser desconocido,
Que de excelso fulgor los cielos dora,
Con ánimo rendido,
Dentro del pecho adora,
Viendo dó quier escrita
De su gloria la imájen infinita.

Como raudal benigno
Manso vaga entre márgenes de flores,
Modesto y cristalino,
Y de ledos colores
La pradera matiza,
Tal su vida inocente se desliza.

Ni de la edad el peso,
Ni la torpe vejez con manos frías,
Turban el embeleso
De sus serenos días;
Ni de aguda dolencia
Lo atosiga la inútil impaciencia.

Y cuando el espantoso
Golpe de muerte lo amenaza horrendo,
Saludalo amistoso,
Duermese sonriendo,
Y desencadenada,
El alma vuela á la mansion sagrada.

LA SUERTE DEL IMPÍO.

¿Qué espera el que ultrajando
La lei que lleva en la razon escrita,
Con designio nefando,
Por la senda maldita,
Desbocado en su error se precipita?

¿Puede el protervo halago
De la suerte, cubrir de aleves rosas
El funeral estrago
Que hicieron sanguinosas
Sus manos, contra el justo poderosas?

Y la nube de incienso
Que ante su trono quema la falsía,
¿Acallará el intenso
Dolor, que noche y dia
La calma turba á la conciencia impía?

Dóciles á su acento,
Llegarán los placeres, y afanosos,
Suave aturdimiento,
Deleites amorosos
Verterán, en banquetes abundosos.

Mas ¡ah! que fria y lenta
La dolencia mortífera aletarga
Su vigor, y atormenta
Con turbacion amarga
Su recuerdo, y la voz hiela y embarga.

Y entonces el sendero
Que le ofreciera sonriendo el vicio ,
Desgarrado el lijero
Velo de hado propicio,
Es á sus ojos hondo precipicio,

De donde se levanta
Grito amenazador del que oprimiera
Con orgullosa planta,
Cuando en pompa altanera,
Creyó que el mundo su dominio fuera.

Volver quiere los ojos
Que las visiones tétricas oprimen ;
Mas dó quier los despojos
Que fueron de su crimen ,
Mira, que ansiosos por venganza gimen.

Y el eco de venganza
A sus oidos retumbando llega:
La 'dulce confianza
Su bálsamo le niega,
Y á despecho sacrílego se entrega.

Feroce desvario

Su mente ajita en el dolor extremo,
Y el porvenir sombrío,
De su labio blasfemo,
Arranca execracion contra el Supremo.

En convulsion penosa,
Luchan sus miembros ; su mirada gira
Turbada, vagarosa;
Del pecho se retira
Calor vital, y maldiciendo espira.

PEQUEÑEZ DEL HOMBRE.



«Para mí (dice el hombre) en su carrera,
La eterea anchura el sol alumbra y dora;
De noche para mí luz bienhechora
La luna esparce en la callada esfera.

Para mí pez el mar, flor la pradera,
Troncos la selva, y frutas atesora;
Jugos de vida y aura triscadora
Fecundan para mí la sementera.»

Y conmueve del orbé los cimientos
El terremoto; en destructor mujido,
Convierte el rio el plácido murmullo.

Sacude los callados elementos
Igneo fulgor del cielo desprendido,
Y enmudece aterrado aquel orgullo.

EL MISMO ASUNTO.

Amazonas, en aguas opulento,
Mudando de rejion, de cielo y clima,
De los remotos Andes en la cima,
Oculta el ignorado nacimiento.

¿Quién mide el valle en que circula lento,
Sin que en su márjen la labor imprima
Fecundante señal; sin que lo oprima
Quilla arrojada en raudó movimiento?

Y el hombre, insecto efímero, que ignora
Los senos anchos del inmenso río,
Y la vasta riqueza que atesora,

Átomo imperceptible en el vacío
Que el bosque puebla y que la fiera explora,
Clama en su orgullo imbécil: eso es mío.

El Sabio.

- Manuel, nunca turbados
Son del sabio los dias,
Por vanas alegrías
Ni enfadosos cuidados.
La envidia no envenena,
Ni turba su reposo,
Ni el poder lo encadena
Con yugo vergonzoso.
La suerte no lo engrie,
Si blanda le sonrie,
Ni su cerviz abate,
Si dura lo combate.
El principal asiento
De su modesto abrigo,
Lo ocupa un buen amigo.
Sin envanecimiento
Recibe la alabanza;
Sin cólera lo injuria,
Sin error la esperanza.
Cuando rompe con furia
El popular estruendo,
El huye sonriendo.
Nunca á su puerta en vano

Llamó el mísero humano;
Jamás negó inclemente,
Consuelo al desvalido,
Ni indulgencia al rendido,
Ni aviso al imprudente.
El orden de las cosas
Mudables y dudosas,
Mira con faz serena,
Sabiendo que á la pena
Sucede la alegría
Como á la noche el día,
Como al Euro la calma.
Amor es de su alma
Lei augusta y primera;
A él cede, por el vive;
De él su fuerza recibe;
Por él goza y espera.

FABULAS.

El Petimetre.

Entrando en la tertulia
Anoche un petimetre,
El ámbar y el almizcle
Llenaron el ambiente.
Diez pañuelos de Holanda
Fueron sin detenerse,
A tapar diez narices,
Sensibles al pebete.
Corina la nerviosa
Dijo con voz doliente:
«El espasmo me ataca.
Don Celedonio, el eter.»
Y á todos respondia
Mui grave el mequetrefe:
«Pues yo nada percibo
De lo que ustedes sienten.»

Lo mismo con las faltas
De los hombres sucede:

Que todos las conocen
Menos el que las tiene.

El Banquete de Filósofos

Mui llenos de proyectos de reforma,
Algunos sábios de cabeza vana,
Dar quisieron al mundo fija norma
De la ventura humana;
Inundando la tierra de opiniones,
Y tratando á los reyes y naciones,
Como á niños de escuela.
«Es un horror, decian, el trastorno
Del sistema moral nos desconsuela.
¿A quien no da bochorno
Tanta depravacion? Del Volga al Tibre,
Solo trata la gente de ser libre.
Todos, hasta los negros mas bozales
La echan de liberales,
Y los economistas
Estienden sus conquistas,
Propagando sus dogmas corruptores.
Nosotros que podemos ,
Tanto mal atajemos.»
Con entusiasmo aplauden los doctores
Tan magnífica idea.

«Empiece de mañana la tarea,
(Uno de ellos clamó) comamos juntos,
Y al compás del bocado y del traguillo
Se podran discutir estos asuntos.»

«Mas sobre todo (dijo el mas sensato)
Sea banquete sencillo,
Sin lujo ni boato,

Con poco vino y menos ceremonia,
Porque, segun Platon, la parsimonia....»

«Yo me encargo, señores, del banquete;
Que en estos lances, mi talento brilla.»

Así habló un mozalvete,
Que era el mas comilon de la pandilla.
Llega el dia siguiente,

Y aparece la mesa guarnecida

De vianda escogida
Perfuman el ambiente,

La sopa de tortuga,

La bien asada y cándida pechuga
Del pavo; los chorlitos,

Y peces esquisitos;

Los ansares preciados de Bayona,

Budines, cremas, tortas, mantecados,

Y postres delicados.

En fin, todos declaran con franqueza,
Que era mas que comida, comilona.

Tras de la sopa, empieza

Con raudo paso á circular el vino.

Uno se inclina al Rin, otro al Oporto,

Otro prefiere el Cabo por mas fino:

Mas ninguno en beber se queda corto.

Cuando el café sirvieron, nuestros sabios,
Trémulos ya los labios,
Se acuerdan del proyecto consabido.
Interrumpiendo el general ruido,
Uno que se mantuvo algo sereno,
Dijo: «¿no será bueno,
Que el concurso beodo
Vaya á dormir la mona antes de todo?»

El Milano y el Palomo.

Suelen tener los malos el caprícho
De apoyar con pretestos
Sus designios funestos.
Un célebre filósofo lo ha dicho.
Echándole las uñas un milano
A un infeliz palomo, le decia:
«Ya de tu raza impía
En tí se venga Jove por mi mano.»
«¡Si hai un Dios vengador!» dice el palomo.
»¡Si hai un Dios! ¿Y lo dudas? ¡Cielos! ¡Cómo!
Sobre tanto delito
¿Blasfemo eres tambien? Muere maldito.

EL GATO LEGISTA.

Primer año de leyes estudiaba
Micisuf, y aspiraba
Con todos sus conatos,
A ser el Cisalpino de los gatos.
Examinando acaso las Partidas,
Dió en aquellas palabras tan sabidas:
«Judgador non semeye á las garduñas,
Ca manso et non de garras es su oficio,
Et faga el sacrificio
De cortarse las uñas.»
«¡Las uñas!» dijo el gato, bueno es esto.
Qué hace sin uñas un curial ignoro.
¿No vemos que en el foro
Trabajan mas las uñas que el Digesto? »

FUFU.

La peregrina historia de los gatos,
Escrita por algunos literatos

Del imperio gatuno,
Al tomo veintiuno,
Pájina ciento y cuatro, folio verso,
Habla de un tal Fufú, gato perverso,
De quien cuentan horrores
Aquellos escritores.
Diz que en una alacena,
De comestibles llena,
Estuvo cuatro dias encerrado,
Y no probó bocado,
Alegando que aquello era esquisito,
Pero tomar lo ajeno, gran delito.
Con inmundo pebete
No perfumó jamas sala ó retrete;
(Y esto es lo mas extraño)
Ningun chiquillo recibió su araña.
Item, á los ratones que cojia,
Libertad concedia,
Diciendoles: perdonen el mal rato.
¿Y á tan benigno gato
(Dirá el público) acusan los doctores?
Lo acusan, si señores;
Porque con celebrar rasgos tan bellos,
Se condenaban ellos.

El Dervis.

Tú, Damon, que renuncias á los bienes
De la Fortuna, porque no los tienes,
Y has hallado el camino
De mantenerte á costa del vecino,
Sin que te satisfaga un *Dios te asista*,
Oye lo que te cuenta un fabulista.
Cierto Dervis, devoto solitario,
Aunque algo estrafulario,
Oyó las tristes quejas,
Que salian de un nido de cornejas.
Acércase despacio y callandito,
Y observa que un pollito,
Que abandonado en un rincón estaba,
Del destino infeliz se lamentaba.
A sus quejidos un halcón desciende
Con paternal amor; las alas tiende;
Lo abriga, lo acalora, y de gusanos
El buche le rellena. Los humanos,
Con sus altisonantes clausulones,
Pueden tomar ejemplo en los halcones.
Viendo el Turco tan raro patrocínio,
Formó á sus solas este ratiocinio:
Un halcón favorece á una corneja.

¿Y no he de encontrar yo quien me proteja?
¿De qué sirve el trabajo? Sin fatiga
Hincha el pobre polluelo la barriga,
Cual si tubiera inacabable acopio.
Pues yo, de hoi mas, habré de hacerlo propio.
¿Me dejará el Profeta sin recurso?»

Acabado el discurso,
A la sombra de un plátano se acuesta,
Y solo trata de dormir la siesta.
Despues del sueño vino el apetito.
«Yo hallaré que cenar asado ó frito.»
Pero nada parece.» Bien, mañana
Despacharé el almuerzo con mas gana.»

Mas ya avanzaba el dia,
Y el almuerzo tampoco parecia.
Sí el halcon, que al entrar en el asilo
Del misero pupilo,
Estos sabios avisos le endereza.

«Durante la flaqueza
De tu niñez, ya sabes que amoroso
Cual hijo te miré. Ya vigoroso,
Te es dado desplegar el ala al viento
Y buscar por tí mismo el alimento.
Que se socorra al miserable es justo.

Para el fuerte y robusto,
Es odiosa la vida sin trabajo.»
El Dervis que lo oia cabizbajo,
Alzase y dice: «Por Mahoma, es cierto.
Voi á plantar lechugas en un huerto.»

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

Dijo el sabio al discípulo «¿No observas
Macilentas y flojas
Desprenderse las hojas
Del árbol, y el arbusto, y en las yerbas
Mezclarse y confundirse, y luego holladas
Por tropel vagabundo,
En polvo ó barro inmundo
Quedar á pocos dias transformadas;
Siendo una misma cosa,
Despues de tal mudanza,
El laurel y la rosa?
Pues esta semejanza,
Grave leccion encierra.
Procura tu grabarla en la memoria
Rosa y lauro de amor y de victoria,
¿En qué paran? En tierra.»

El Busto y la Historia.

El orgullo prepotente
De una ciudad afamada,
Cedió á la terrible espada
De un conquistador valiente.

Al entrar en sus ruinas,
Admiró por todas partes
Los prodijios de las artes,
En fábricas peregrinas.

Sobre todo, admiró un busto
De un monarca, y vió que habia
Un letrero que decia:
«Al sábio, al prudente, al justo.»

Luego en una papelera
Halló, con otros arcanos,
De todos los soberanos,
La crónica verdadera.

Y del mismo rei leyendo
Con curiosidad la historia,
Vió pintada su memoria

Con un colorido horrendo.

Que era un perverso, escribía
El historiador juicioso;
Un opresor, un vicioso,
Un monstruo de alevosía.

Que menospreció las leyes;
Que hizo á su pueblo infelice;
Al cabo lo que se dice
De casi todos los reyes.

Clamó entonces: qué ¿embolismo
Encierra en sí este misterio?
¿El loor y el vituperio
No se refieren al mismo?

Para aclarar las sospechas,
Llamó á un sabio, el cual le dijo:
«Señor, el medio mas fijo
Es el combinar las fechas.

El busto se alzó por cierto
A ese rei, cuando vivía:
Mas la historia se escribía
Cuando el rei estaba muerto!»

EL POETA Y LA GOTORRA.

• ¡Cuán descansada vida
La del canoro ruiñeñor, que huyendo
Del popular estruendo,
La mansion escondida
De la enramada amena
Pe sus suspiros y sus cantos llena!
La inspiracion armónica lo incita
Como el estro del vate. Ya ajitado,
Estrepitosas fugas precipita,
Con insólito ardor, ó fatigado
Se place en languidísimos gorgéos,
Y suaves flauteos;
De repente, atrevido
Con agudo silvido
Sus rivales provoca. Cesa luego,
Y si el ardiente fuego
De amorosa pasion su pecho inflama,
Salta de rama en rama,
Y prorrumpe en murmullos,
Y en ayes, y en arrullos.
Venció en la lid de amor. Brillantes trinos

Prestas octavas, cantos peregrinos,
Solemnizan su gloria,
Y repiten al valle su victoria.
Asi, copiando versos
De poetas diversos,
Un hijo del Parnaso,
Del ruiñeñor el canto describia:
(Mejor lo hizo Buffon: mas no es del caso.)
Su entusiasmo crecia
De ritmo en ritmo, y ya se le figura
Ver el arroyo, el valle, la espesura,
Y escuchar de la reina de las aves,
Los conciertos suaves.
En medio de su rapto, de repente,
En el dedo pulgar un dolor siente,
Cual si lo atravesara un dardo agudo.
Dejolo el dolor mudo,
Sin poder implorar quien lo socorra.
¿Y qué era? Una cotorra
Que despues de clavarle el corvo pico
Le pregunta con tono almibarado:
Lorito ¿eres casado?
El cuento á la moral ved como aplico.
Al mundo de fugaces ilusiones,
Nos llevan las pasiones.
Tenemos la ventura entre los brazos.
Sólida la juzgamos, firme, cierta;
Hasta que nos dispierta
El desengaño triste á picotazos.

La Cotorra y el Mico.

Dijo la cotorra al mico:

«¿Es obra de gran talento
Hacer tanto movimiento
Con pata, rabo y hocico?»

Dice el otro: «Camarada,
¿No es un talento de perlas
Repetir sin entenderlas
Las voces de la criada?»

Recuerdame este incidente
Ciertas palabras mayores
Que hubo entre dos escritores.
Pasó del modo siguiente:

«¿Por qué en vanidad te inflamas?
¿Qué victoria has conseguido,
Con haber medio surcido
Cuatro ó cinco melodramas?»

«Callate; chisgaravis.
¿Es prueba de mucho alcance
Haber puesto en mal romance
Los Misterios de Paris?»

EL FABLEISTA.

Dice un poeta que habla lo que es mudo,
El árbol, verbi-gracia, y la corriente;
La roca alzada en ademan sañudo,
El aura que susurra blandamente;
Y que un hombre, con solo no ser rudo,
Y ponerse á estudiar atentamente
Lo que descubre al mundo el nuevo día,
Puede aprender mui bien Filosofía.

Yo, que aspiro á llamarme docto y culto,
De Roma á Chile, y desde el Don al Ebro,
Y que á no ser las cosas mui de bulto,
No les doi nunca entrada en mi cerebro,
Mi afán aplico á este lenguaje oculto,
Que no exige gramática, y celebro
Que me apelliden sabio las Españas,
Sin quemarme en estudios las pestañas.

Desde orillas de un rio caudaloso,
En siesta ardiente, y yo de sueño falto,
Vi que un salmon robusto y bullicioso,
Sobre las aguas límpidas dió un salto.
Gústabale aquel juego peligroso,
Por que volvió á emprender otro mas alto,

Y al acabar aquel con otro empieza:
No vi bailar un pez con mas destreza.

Como discreto cazador, barrunto
Que puedo castigar al imprudente.
Monto el arma, me agacho bien, apunto;
Sigolo con la vista atentamente,
Salta el pez otra vez: fuego, y al punto,
Cayó herido en las aguas mortalmente;
Lo traje mi pachon pronto á la arena,
Y aquella noche me sirvió de cena.

Dije entonces: de aqui sin gran trabajo,
Puede inferirse un sabio documento.
No suba en demasia el que está abajo;
Quédese cada cual en su elemento.
¿Porqué se contonea un espantajo?
¿Porqué escribe en diarios un jumento?
¿Se sentará en las cortes sin gran mengua
Hombre que todo ignora, hasta su lengua?

¿Porqué, pregunto, ciñe un hombre faja,
Si no sabe decir: armas al hombro?
¿Porqué arquitecto estúpido trabaja
Muro que habrá de ser mañana escombros?
¿Porqué vate novel que el gusto ultraja,
Creyendo el sandio que es del mundo a-
sombro,
Aborta en el ardor de febril hipo
Risibles copias de grotesco tipo?

En una de mis largas correrías,
Cosa á que he sido mui aficionado,
Vi cubrirse las altas serranias,
De espesísimo y tétrico nublado;
Cuyas masas enormes y sombrías
Cubriendo el hemisferio dilatado
Confundian la tierra con su base,
Cual si Luzbel aquella nube alzase.

Bajó el sol al ocaso, y sus fulgores
La nube en sí acojió, dócil espejo;
Vistiéndose de vastos resplandores,
Que herian el Zenit con su reflejo;
Visos etereos de celestes flores,
Matiz de nacar candido y bermejo,
Presentando espectáculo sublime,
Cuya beldad la locucion no exprime.

Y dije á mi coletto; este es el caso
De la ignorancia y la razon. Aquella
Reina en la tierna edad. Viene el ocaso
De la vida, y la enérgica centella
De la razon, consigue hacerse paso,
Y alumbrá al alma con su antorcha bella;
Y convierte la lóbrega espesura
En ciencia grave y en doctrina pura.

¡Cuanto no diera yo porque aquel astro
Reinasè sin estorvos en mi tierra,
Hasta que ya no hubiese el menor rastro,
De la densa neblina que hoy encierra!

Desde el palacio entonces hasta el rastro
Se alzara un grito de tenace guerra,
Contra el error, que en tanta algarabía
De innovacion impera todavia.

Vi una negra bandada de estorninos,
Partiendo el aire por diversos puntos,
Y haciendo portentosos remolinos,
En diferentes bandas y conjuntos.
Viene el halcon, y luego los mezquinos
Un grupo solo forman todos juntos,
Y no pudiendo hender aquella masa,
Chasqueado el halcon los mira y pasa.

Y dije á solas: si en España hubiera
Lo que le falta, union, como en las aves,
No tanto la infeliz nacion sintiera
La pesadumbre de infortunios graves.
Pero nos place obrar de otra manera,
Y en tiempos borrascosos ó suaves,
Lo que hace el Español desacordado,
Es tirar cada uno por su lado.

Union es fuerza, dice antiguo adajio;
Luego la desunion será flaqueza.
Nacion discorde lleva en sí el presajio
De la disolucion y la pobreza.
Si ha de prevalecer cada sufragio,
No habrá en la sociedad pies ni cabeza.
Si cada cual ha de seguir su instinto,
Se volverá este mundo un laberinto.

Y un laberinto es hoi España, y eso,
Por ser todos Solones y Licurgos.
Todos se juzgan hombres de gran peso;
Lo mismo el de Tarifa que el de Burgos.
No hai quien no salga á luz en folio impreso.
Pululan sábios; hierven dramaturgos.
El menestral, el labrador, el rábula,
¿Quien no es gran hombre? ¿Quien? Vaya
otra fabula.

Dijo una araña á otra mas vieja: araña,
¿Donde has puesto la tela?—¿Yo? En la en-
cina.

¿Y tú, donde la tuya?—¿Yo? En la caña.
Donde la pone toda araña fina.

Fueronse. Ruje con tremenda saña
Noto, sembrando por do quier ruina;
Y de las dos arañas ¿quien lo duda?
Murió la necia y vive la sesuda.

De arañas finas y de cañas huecas,
Copias son muchos hombres que hoi existen,
Hombres se llaman, pero son muñecas,
Segun como se adornan y se visten.
Los huracanes son verdades secas,
A cuyo fuerte impulso no resisten.
Es quien renuncia á vida muelle y floja,
Sesuda araña que en encina aloja.

Diz la rosa al laurel: planta gloriosa;
Pero tienes ponzoña, y das la muerte;

El laurel le replica: flor hermosa;
Pero lastimas al que va á cojerte.
Oia la violeta silenciosa,
Y exclamó: doi mil gracias á la suerte,
Que en esta oscuridad y este recato,
Nadie podrá decir que hiero ó mato.

No aguarde de los hombres mucho precio
Gente que se oscurezca y se recate,
Hoi que de meter bulla y hablar recio,
Predomina en el mundo tal desate.
Mas otra es mi opinion, pues aunque necio,
No quiero que me hiera ni me mate
Gloria ó belleza: codiciosa Aspasia,
O sanguinoso domador del Asia.

Humillese á los pies de una coqueta
Hombre á quien pesan tierras y millones,
Y al vencedor altivo se someta
El que guste de grillos y eslabones.
Yo adoraré á la tímida violeta ,
Que ni me clava duros agujones,
Ni con dolor mortífero me abruma,
Y en tanto me recrea y me perfuma.

Un arroyo manaba lentamente.
«Mas agua quiero: mas. Corre, despacha.»
Díjole el prado. El otro de repente,
Fluye, y la tierra deja como gacha.
Dobla el arbusto la lozana frente.
La espiga en olas fétidas se agacha,

Y el prado, antes herbífero y fecundo,
No fué prado, que fué pantano inmundo.

Esto me hace acordar de mi maestro,
Que era de los agudos y entendidos,
Y en manejar latina hombre tan diestro,
Que nos dejaba á todos aturridos.
Si de moralizar sentia el estro,
Exclamaba: «muchachos consentidos,
¿Quereis tener enmienda? pues *in primis*,
Tened esto presente: *nequid nimis*.

«*Virtus in medio*. Si amontona el sabio
Sexquipedalia verba, el apetito
Se me va. Si *per contra* cierra el labio,
¿*Cui bono*? Su saber no necesito.
Entre Tersito y César, está Fabio;
Entre Carlos Segundo y Neron, Tito.
Bueno es que el hombre del error se aparte:
Pero en esto hai error, *si caret arte*.»

El gusano á la abeja diz: «las flores
Se ponen á temblar cuando te acercas;
Tú las privas de jugos y de flores,
Y quedan sin matiz prados y cercas.»
La abeja respondió: «con mas rigores
Las tizanas tú, que las empuercas.
A quien ataea sin vileza indulta
La generosidad, no á quien insulta.»

Así exclamaba un mísero pollino:
»Trabajo, cómo poco, y no me quejo.
Mientras mas me someto á mi destino,
Mas me azotan los amos el pellejo.»
«No conoces al hombre, tú, mezquino,
Le responde mui grave un burro viejo.
Esa masa de errores y de vicios,
No se causa jamas de sacrificios.»

Verdad amarga aunque infalible. Piensa
Quien se resigna á la fortuna uraña,
Que su resignacion es su defensa
Para con su opresor: pero se engaña.
Tenemos todos aficion inmensa
De oprimir aun sin odio, y mucho extraña,
Nuestra soberbia que á este impulso innoble
La víctima resista y nó se doble.

Pocos son, mas no faltan hombres puros
Que á sufrimiento humilde se avasallan,
Y prefieren vivir pobres y oscuros,
A buscar los tesoros que otros hallan.
Ellos, si los aflijen tratos duros,
Benignos ceden, y sumisos callan;
Con los internos goces que alimentan
Venturosa esperanza, se contentan.

Pobres! Si valen algo, no haya miedo
Que los dejen mecerse en tal dulzura.
La calumnia en sus almas y el enredo
Derramarán torrentes de amargura.

La divisa del malo es: yo no cedo,
Y contra el inocente, audaz conjura
La rabia de la turba embrutecida,
De razon y verdad ciega homicida.

Un gato y un raton... pero si trato
De esta gente, no habrá quien me resista.
¿Quien no sabe que son raton y gato
Asunto inagotable al fabulista?
Dejo pues de escribir, y si otro rato
Logro auditorio que benigno asista,
Cual hoi he conseguido, á mis lecciones,
Hablaemos de gatos y ratones.

Poesias Líricas

Y DESCRIPTIVAS.

A los hombres de genio.

Almas de fuego, espíritus audaces,
A quienes prodigó Naturaleza
Aspiraciones nobles y tenaces,
Y amor sublime á la inmortal belleza
Que con etereas formas se reviste,
Y en alto solio existe;

¿Qué esperais en la tierra? ¿Puros goces
En corrupcion é infamia? ¿Simpatia
De esos seres livianos y feroces
Que anima el soplo de pasion impia?
¿Benevolencia candorosa y pura,
Del vicio y la impostura?

¿Pensais que habrá quien vuestro idioma
entienda,

Quien oiga sin reir los puros votos
Que exalais de continuo, quien comprenda
Los giros que por ámbitos remotos
Sigue la inspiracion, cuando la guia
Virtud cándida y pia?

¿Hablais de inspiracion al que en vil cieno
Se arrastra y goza, y con deleite aspira
La atmósfera de fango y de veneno,
Y en parda niebla luz brillante admira?

¿A esa turba agitada, leve y necia,
Que os odia y os desprecia?

Huid de sus moradas, donde os tejen
Lazos de perdicion; huid, insanos,
De esos excelsos muros que protejen
Torpes designios, odios inhumanos;
Donde circunda al crimen humo denso
Del mas impuro incienso;

Donde con velo hipócrita se cubre
La protervia cual niebla espesa ciñe
Colina y valle en vaporoso Octubre;
Y con los visos del rubor se tiñe
Lívida corrupcion, cuando funesta
Su boca el aire infesta.

¿Necesitais de ciega muchedumbre
Futil aplauso? El sol no necesita,

Para verter raudal de intensa lumbre,
Que alucinado el Persa le repita
Canto de bendicion , ni que en sus aras
 Prodigue esencias raras.

Sol es el genio, cuya antorcha activa
Númen alto encendió, para que esento
De ajeno yugo, con su fuerza viva,
Sirviéndose á sí mismo de alimento;
Sin que el ardor que de su seno fluya,
 Su vigor disminuya.

No aguarda que lo apoye ni estimule
Socorro extraño , ni que en alto grito,
De labio en labio, su loor circule
Ni conserve su nombre fiel granito;
Ni que fecunden del poder los rayos
 Sus tímidos ensayos.

El á sí mismo se fecunda, y crece
Con secreta virtud que dentro abriga,
Cual viola selvática florece,
Sin que riegue su tallo mano amiga;
Cual, sin que el hombre guie su corriente,
 Se abre cauce el torrente.

Vivid, almas de fuego, libres, solas;
La opinion desdeñad de un pueblo iluso,
Como desdeñan las hinchadas olas
Débil barrera que el mortal les puso

Vivid sin acatar el ceño frio
De injusto poderio.

Y en solitario asilo que ominosos
No turben el error ni la mentira,
Exalad esos ecos misteriosos
Que al hijo predilecto el cielo inspira,
Cuando en revelacion sublime y vaga,
Su espíritu embriaga.

IMAGEN DE LA VIDA.

Reina Estio; la selva en pompa inculta
Su frondoso volúmen engrandece;
Ensanchase magnífica, y parece,
Que el cielo invade; y que al espacio insulta.

Cada tallo su verde masa abulta;
El aire con sus hojas se oscurece,
Y á los ávidos ojos desaparece
La vasta escena que detras se oculta.

Mas en otoño, secos ya los ramos,
Veremos sin disfraz la perspectiva
Que hoi la vejetacion robusta vela.

Así, lo que aturdidos ignoramos,
Leves gozando en juventud festiva,
La vejez seria y triste nos revela.

ESCENA RURAL.

¡Qué inefable delicia esparce en torno
De selva virginal Naturaleza,
Ligando magestad y gentileza,
Y augusta calma á placentero adorno!

En tu recinto, ¡oh selva! me abochorno
Confuso, de la mísera flaqueza,
Que da en la corte nombre de grandeza,
Al crimen, á la intriga y al soborno.

¡Oh selva! Ampara tú, bajo la rama
De aliso y de cipres, mis pensamientos,
Y fluyan leves en sonora rima;

Sin que los vicie torpe sed de fama,
Ni lo profanen impios documentos,
Ni vil condescendencia los reprima.

Alí.

Cavalga Ali orgulloso,
Por entre turbas que hizo el ruedo cautas,
Y al grupo polvoroso
De sus fieros Arnautas,
Los turbantes mas nobles y esplendentes,
Se humillan reverentes.

Destruccion en su jesto
Lleva, y en sus miradas esterinio :
Que, como el rayo, presto,
Por su vasto dominio,
Trazas de sangre y de cenizas deja.
¡Triste del que se queja!

Un Dervis agoviado
Por la edad, que le arruga la ancha frente,
Rompe el grupo humillado,
Y del potro valiente
Que monta Alí, cortando la carrera,
Le habla de esta manera:

«Alí, luz de las luces,
Gefe invencible de escuadron violento,

Que en el Divan reluces
Desde encumbrado asiento,
Y á quien dobla la faz pueblo infinito,
Eres un can maldito.

Eres un can perverso
Que en cadáveres lívidos te gozas;
Y cuanto el universo
Reverencia, destrozas,
Como si la virtud, do quier que exista,
Te ofendiera la vista.

Luz sepulcral te guia;
Cual vaso lleno tu ira se derrama;
Eres cual hoz impia,
Que corta verde rama;
Son de tu gloria míseros cimientos,
Cadáveres sangrientos.

Mas ya viene la hora;
Tu huesa se abre en la infeliz Janina;
La mano destructora,
Del Señor te destina
Tormento agudo y retemblor eterno
En el séptimo infierno.

Cuando pases el puente
Mas agudo que el filo de la espada,
Te hundirás de repente,
Y á la anchura inflamada
De pez hirviendo, con feroz rujido,
Bajarás confundido.

Allí un demonio horrendo,
Los nombres de tus víctimas escritos,
Siempre estará leyendo,
Y veras infinitos
Albaneses, escuálidos despojos
De tus fieros enojos.

Ni tu encumbrado fuerte,
Ni tu escuadra que cubre mar y rios,
Bastan á defenderte
De sus brazos impios.
Si el nombre cambias, como vil Hebreo,
No frustras su deseo.

Lleva Alí prevenido
Ancho trabuco que á su voz estalla,
Y alfanje retorcido.
Empero escucha y calla.
Saluda al viejo audaz sin ojeriza,
Y le da su pelliza.

Consejo á un Filósofo.



Asunto principal de tu doctrina,
Filósofo sagaz, el hombre sea.
En el ser interior fija tu idea;
Sus móviles secretos examina.

¿Qué te presta el fulgor que te ilumina,
Si en el espacio mudo se pasea,
Y en decorar con vana luz se emplea
La materia fugaz torpe y mezquina?

Abrese á la razon ancho hemisferio:
Mas no cumple su santo ministerio,
Si allí vaga sin tino y se evapora.

Si no cuando termina su jornada,
Y en sí se reconcentra hermoseada
Con los ricos joyeles que atesora.

ANECDOTA.

Dijo un anciano: «males infinitos
Nos agovian, ni sirve de barrera
La Justicia. Tremola su bandera
La corrupcion y triunfan los delitos.

A despecho de sabios y eruditos,
En alta y baja clase el vicio impera;
Solo el que vive en deshonor prospera;
Llenas estan prisiones y garitos.

Mas yo tengo receta que no falla.
Con toda confianza os lo aconsejo,
Por ser no menos fácil que sencilla.»

Incrédulo el concurso rie y calla.
«Voi á desengaños,» dice el viejo.
Saca un papel, y ¿qué era? la cartilla.

A un ambicioso desengañado.

Pues ya la rumorosa
Pública escena, Lisio, abandonando,
La ilusion engañosa
De aborrecido mando
Dejas con mente firme, y pecho blando;

Da rienda al comprimido
Genial impulso de natura grata,
No á todos concedido,
Cual raudal que desata,
Su linfa, y en la vega se dilata.

No cures si la fama
Viéndote lejos, con designio injusto
Te humilla, ó te encarama.
Ni del tirano adusto
El amargo rencor te cause susto.

Ni eches menos el brillo
Que te sedujo; pernicioso halago
Del ánimo sencillo,
Que hiende el aire vago
Como centella, con horrible estrago.

Una suave holganza,
Un plácido retiro libre busca;
Do la suerte no alcanza;
Que la ambicion no ofusca,
Donde nunca el malvado se introduzca.

Un asilo ignorado,
De una colina al pie, junto á una fuente;
De tilos circundado
Do sople libremente
Cargado de perfumes el ambiente.

Y desde allí, medita
La máquina asombrosa, que te ofrece
Su estension infinita:
Do el brillo resplandece
De inefable saber que no perece.

La alta mano que enciende
Sublime luz en el Zenit, indaga,
Luz que las auras hiende,
Y blando ardor propaga,
Y para renacer, huye y se apaga.

Dí por cuales caminos,
Y donde vierte el luminar hermoso
Sus fulgores divinos,
Mientras yace en reposo
Nuestro hemisferio oscuro y pavoroso.

Quien su calor fecundo
En germen es convierte perenales
Que en el ámbito del mundo
Conservan, y en raudales
Prodigan bendicion á los mortales.

Porqué en Julio la tierra
Cubre dorado grano y verde umbrío,
Que el hondo abismo encierra,
Cuando el Enero frio
Despoja el ledo prado y hiela el rio.

¡Oh Lesio! Esta sublime
Contemplacion y estudio soberano,
No el corazon oprime
Como el anhelo vano
De la pasion y el suspirar liviano.

Sólida paz y holgura
Inspira al alma y celestial consuelo,
Y la grata dulzura
Que en vano pide al cielo
Quien se deja llevar de infando celo.

LA NOCHE.

Aquella placentera
Serenidad que al ánima embriaga,
Cuando el aura lijera
Por la atmósfera vaga,
Y la abatida frente
Recrea blandamente;

Mientras la escelsa anchura
Con infinitas luces resplandece,
Y si en la sierra oscura
Un astro desaparece,
Otro opuesto levanta
Su brillo, y se adelanta;

Aquella venturosa
Paz que la grata noche trae consigo,
Es mucho mas preciosa,
Gozada sin testigo,
Y en plácida inocencia,
Que la altiva opulencia,

¿Cuál placer mas intenso
Que contemplar el órden, la armonía

De aquel círculo inmenso,
Do en la ausencia del día,
Lanzan sus luces bellas,
Las cándidas estrellas?

Y los altos caminos,
Por donde van, en ámbitos profundos,
Los orbes cristalinos,
Antorchas de otros mundos;
Donde el saber humano
Se pierde en humo vano.

Y estarse arrebatado
Viendo tanto concierto y maravilla,
En un risco apoyado;
La mano en la mejilla.
Inmóviles los ojos,
Y el alma sin enojos.

Y escuchar á lo lejos
El raudal bullicioso, que la cumbre
Despide los reflejos
De la celeste lumbre,
Y abajo se dilata,
Como sierpe de plata.

Y á veces el balido
De la tímida oveja, que en la grama
De algun valle escondido
Materno auxilio llama,
Y la madre responde,

Sin saber do se esconde.

Y cuando se divisa
En la faz sonrosada de la aurora
La matinal sonrisa,
Que las colinas dora,
Irse al mullido lecho,
Libre de cuita el pecho.



Mi espiritu no alcanza
La rejion esplendente,
Por la que libremente
La inspiracion se lanza,
Y el misterio adivina
De la ciencia divina.

En vano el giro tuerzo
Al pensamiento insano.
Tras inútil esfuerzo
Y otro esfuerzo mas vano,
Reprimo confundido
Mi volar atrevido.

Y entonces á la tierra
Las miradas dirijo,

Y en las dichas que encierra
Mis pensamientos fijo ,
Y plácido recreo
En ellas saboreo.

Ni la montaña altiva
Busco, do se presenta
Grandiosa perspectiva,
Que el mirar atormenta
Con vislumbres inquietos
De infinitos objetos.

Busco la retirada
Mansion que tú conoces,
Por donde la cascada
Sus cristales veloces
Desploma entre dos peñas,
Bajo frondosas breñas.

Primero blandamente
Por los declives altos,
Y abajo, prepotente,
Y en atrevidos saltos,
Y en borbollones gruesos,
Variados y espesos.

Ora en líneas sutiles,
Ora en olas hinchadas,
Dando nuevos perfiles
Y sombras variadas,
Cual diverso ropaje,

Al soberbio paisaje.

Y cuando á los raudales
Su mismo peso abruma,
Se tornan sus cristales
En delicada espuma
Que breve se deshace,
Y otra al punto renace.

Y de sus masas brotan
Perlas resplandecientes,
Que las peñas azotan,
O en nubes transparentes
Imiten como espejo,
Del gran astro el reflejo.

A medida que fluyen
Las aguas del torrente,
Mis pensamientos huyen,
Llevados blandamente,
Sin fijarse en un punto
Del líquido conjunto.

Que mientras se dilata
Por su espaciosa via,
Parece que arrebatada
La inteligencia mia,
Con misteriosa rienda,
Por incognita senda.

Blanda en tanto se mece

La olorosa espesura
Que la margen guarnece;
De cuya masa oscura,
Saca en esbeltos lazos
La clematis sus brazos,

Mientras al hondo cauce
Languidamente humilla
Melancólico el sauce
La flexible varilla,
Besando con molicie
La móvil superficie.

¡Con qué embriaguez disfruto
La escena esplendorosa!
¡Qué sincero tributo
De gratitud piadosa
Al poder que la rige
Mi corazón dirige!

El Poeta y el Raudal.



Raudal que duermes en herbosa faja,
Tranquilo como virgen inocente,
Tal que en la superficie transparente,
Nada sin movimiento leve paja;

¿Por qué despues cuando al declive baja,
Chocando en suelta guija y roca injente,
Rumorosa y airada tu corriente,
Brotando albas espumas se desgaja?

Y en acento de májica dulzura
Contesta el númen del raudal sereno:

Tú, que arcanos recónditos meditas,

¿Por qué descienes, recio, de la altura
Donde te eleva la razon, y al seno
Del vicio y del error te precipitas?

A LA FLOR LLAMADA EN INGLES

FORGET ME NOT

(NO ME OLVIDES.)

Flor modesta y delicada,
Que ocultas tus hojas leves,

Y sencillas,
Cual huyendo la mirada
De peligrosas y aleves
avecillas;

Flor, consuelo del ausente,
Que nunca adorna la frente
de los Cides,

Sino el seno de las damas;
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.

Flor, que al cariñoso seno
Recuerdas el dulce amigo
Desdichado,
Mientras gime en suelo ajeno
Viendose del patrio abrigo
Despojado;
Flor, que tímida consumes
Los delicados perfumes
Que despides,
Entre las modestas ramas,
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.

Flor, recuerdo misterioso
De esperanza hisonjera,
Malograda;
Con cuyo aspecto gracioso
Torna la dicha que fuera
Ya pasada;
Y tornan llorados bienes,
Risas, amores, desdenes,
Blandas lides,
Cenizas de antiguas llamas,
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.

EL DESTERRADO.

En abandono sumido,
Mis pesares entretengo,
Con este refran sentido:
Tuve hogar y lo he perdido:
Tuve patria y no la tengo.

Miro enredos, y no encuentro
Quien me halague y me sonria:
Vivo fuera de mi centro,
Y el alma me dice adentro,
Que esta no es la patria mia.

Al bosque voi aburrido,
Y cuando del bosque vengo,
Canto mi refran sabido;
Tuve hogar y lo he perdido;
Tuve patria y no la tengo.

Con tenacidad extraña
Me aqueja esta pesadumbre,
Y la ilusion no me engaña;
Que en desventura tamaña
No hace mella la costumbre.

Meditando en lo que he sido,
Mi triste vida mantengo,
I nunca esta letra olvido:
*Tuve hogar y lo he perdido;
Tuve patria y no la tengo.*

CONVITE PARA IR AL CAMPO.

Lisi ¿porqué no bajas á la aldea?
¿Qué hechizo tiene el tráfago anheloso
De la ciudad injente
Para el alma inocente?

¿Porqué condenas al pesado yugo,
Yá la escena de miseras pasiones,
Y de acechanzas viles
Tus años juveniles?

¿Por qué sumir en ese abismo oscuro
De rumoroso aturdimiento al alma,
Nacida para el goce,
Que allí se desconoce?

¿Puede aspirar en la pesada niebla
Que la opulencia y el poder circunda,
Los perfumes del aura
Que sus fuerzas restaura?

¿Ni de natura el cándido lenguaje
Oír entre la turba vagarosa,
Que al audaz que lo guía
Ciega y dócil se fía?

¿Ni conservar el natural instinto
Que á la virtud, y á la bondad la lleva,
Allí do se estremece
La verdad y enmudece?

Ven, Lisi, al campo, ven: del puro cielo
La inmensidad verás, no interrumpida
Por altos torreones
De lóbregas prisiones.

Hollarás blandos cespedes, cubiertos
De rocío oloroso, no teñido
Con sangre del humano,
Que vertiera su hermano.

Ecos oirás confusos de balidos,
Y lejanos cencerros, y de arroyos;
Y el viento que murmura
Por la verde espesura,

Gratos mui mas que el atambor guerrero.
Y que el himno sacrílego que entona
Al Dios del universo,
Hipócrita perverso.

Mansion de holgura y perenal deleite
Los campos son. En ellos sin estorbo
La libertad divina
Triunfa, goza y domina.

POESIAS FESTIVAS.

RETRATO DE UNA MUGER.

Lucinda, ó charlas mas que una cotorra,
O callas meses, encerrada á oscuras.
Eres bella, y tu rostro desfiguras:
Eres blanda y te gustan las camorras.

Lo que escribiste ayer, mañana borras;
Lo que no te sucede, te figuras;
De quien te entrega el corazon murmuras,
Y no hai un infeliz que no socorras.

Con gravadosa faz chismorroteas;
Haces jugueteando sacrificios,
Y son tus insolencias elegantes.

O en amor te arrebatas ó peleas,
Tienes tantas virtudes como vicios,
Y tantos enemigos como amantes.

El Rey que rabió.

El rei que rabió fué un hombre
Torpemente calumniado.
Yo quiero lavar su nombre,
Del borron que le han echado.
De sus prendas convencido,
Hoi quiero escribir su historia,
Para sacar del olvido
Su memoria.

Como en su reino los jueces
Eran la pura ignorancia,
El emprendió hacer las veces
De juez de primera instancia.
Mas vió de los pedimentos
La jerga tan revesada,
Que no dió en sus juzgamientos
Palotada.

A todas las pretensiones
Daba respuesta benigna.
Y asi se dieron pensiones
A la gente mas indigna.
Si se negaba á zoquetes

O malvados, los mezquinos
Le sacaban á moquetes
Los destinos.

Para reprimir el lujo
Dió en una mania rara;
Hizo vida de cartujo,
Con pan seco y agua clara.
Y en tanto sus marmitones,
Riéndose de la hazaña,
Vivian de pastelones
Y champaña.

Quiso proteger las ciencias,
Objeto de sus cónatos;
Pagó raras experiencias;
Enriqueció á literatos.
Y viendo de estas labores
Los productos lisonjeros,
Se metieron á escritores,
Los barberos.

Dijo á cierto sabio : « amigo,
Pues tus ideas son grandes;
Solo tus consejos sigo;
Siempre haré lo que me mandes.»
Y en pago de este cariño,
Tanto el sabio se desvela,
Que lo trato como á niño
De la escuela.

Fué por fin tan bondadoso,
Tan indulgente y humano,
Que el pueblo se alzó furioso,
Y gritó: «muera el tirano»
¡«Y qué! dijo ¿este destino
Se da á mi conducta sabia?»
Por esto le dió al mezquino
Mal de rabia.

EL CONCIERTO.

Reniego de mí mismo, y aun no acierto
Bastante á renegar. ¿Qué infausto númen
Me condujo, Rosaura, á tu concierto?

Confusion infernal: he aquí en resúmen
Lo que se oyó en tu casa aquella noche.
Si mas vuelvo á tu casa, que me empu-
men.

¿Y quieres, malhadada, que trasnoche
Para tanto suplicio, y me acicale,
Y me gaste tres duros en un coche?

Yase en tu idioma lo que *canto*, vale
Cuando caiga en la red de otro convite,
No habrá en Sevilla loco que me iguale.

Bueno es que el principiante se ejercite

Allá á sus solas. Que el oído atruene
Del prójimo, la lei no lo permite.

En el arpejo y en la escala pene;
Sude, trabaje, afine cada día,
Y de amor propio el ímpetu refrene.

¿Cuál fué el autor de aquella sinfonia,
Babilonia de cláusulas confusas,
Con que empezó la infanda algarabia?

¡Qué amontonar de agrias semifusas!
¡Qué motivo vulgar! ¡Qué necia pompa!
¡Y que repeticiones tan difusas!

Aquí sin tino un calderon. La trompa
Súbito estalla con mujir tremendo,
Que no hai cabeza humana que no rompa.

Pianisimo despues: despues *crescendo*,
Y en esplosion termina fragorosa,
Cual de volcan amenazante estruendo.

Retumban en la sala calorosa
Huecas palmadas, y al atril se arrima,
Torciendo y remilgando, Doña Rosa.

Gravedoso el maestro se aproxima,
Por si acaso se turba ó desentona:
Y dice al bajo: «suba usted la prima»

¿Qué va á cantar? *Si el padre ni aban-*
donna

¡Qué arrojo criminal! Así sale ello.
¡Pobre Rossini! ¡Pobre Desdemona!

En vano estira la infeliz el cuello,
Y alterando el compas se desgarity.
Quiere seguir, y fátaie el resuello.

La parte instrumental es mas bonita.

El concierto se vuelve una borrasca,
Que en todas partes entusiasmo excita.

En intrincado dédalo se enfrasca
Frenética la orquesta: la cantora
Las notas come y las cadencias masca;
Salimos del apuro. ¿Quién va ahora?
Vaya quien quicra, y canten hasta el día,
Ya que furor de canto los devora.
No mas, no mas concierto, amiga mía.

EL CARNERO.



Trages de moda, y mui finos
Lleva Juana la elegante:
Pero nada es semejante
Al pañolon de merinos.

Blas que celebrarlo oyó,
Dijo con tono sincero:
»Pues, señores, el carnero
Que dá la lana soy yo.»

TERCIO ANALITICO.

Ahi tienes un confuso hacinamiento,
Laberinto de frases y dicciones,
En que al traves de inmensos clausulones,
No se columbra un viso de talento.

Ahi tienes un resumen corpulento
De ingenios fabricados á empujones,
Que hoi son astro de luz en las rejiones,
De que fue Jovellanos ornamento.

Con sus tijeras Blas, en masa enorme,
Compiló, recojiendo vastas sumas,
Lo que nutrir podria cien hogueras.

Todo aqui marcha igual y va conforme,
Tan diestros los autores con sus plumas,
Como el compilador con sus tijeras.

Sesion Literaria.

Su voz recalcadisima dilata
Fecundo en fraseologia peregrina
Don Bermudo, vistiendo su doctrina
De oropel, lentejuela y escarlata.

Hechos estupidisimos relata;
Profundisimos dogmas ilumina;
Pomposisimamente desatina,
Y magnificamente disparata.

Tan superabundante es su discurso,
Que la larinje en su labor tropieza,
Y se anuncia terriblemente bronca.

Mientras en dos mitades el concurso
Languidisimamente allí bosteza,
Y aqui repanchigadamente ronca.

Mi propósito.

Prosa vil, deja en paz á un desdichado
Que se dobla á tu tosco y vulgar yugo:
No mas te goces en chupar el jugo
Que habras en pocos dias agotado.

Quedate en el informe y el traslado;
Sé alli de la razon fiero verdugo,
O da alimento, insípido mendrugo,
A las plumas que rijen el estado.

¡Ah! si una vez de tus mezquinas frases,
Que hoy son de mi ventura flojas bases,
Vuelan libres mis caras fantasías;

Juro al astro que rije al universo,
Solo escribir y solo hablar en verso,
Y ni aun en prosa dar los buenos dias.

CONTRASTES.

Quien enfrenar no puede sus pasiones,
Dice que enfrena el racional tumulto;
Quien habla idioma mazorral é inculto
Aturrulla al Congreso con mociones,

Quien no sabe qué son pares ó nones,
Derrama contra Smith grosero insulto;
Defiende al clero y patroniza al culto
Quien nunca asiste á misas ni sermones.

Habla el letrado de aránceles recio;
Habla de escuadras labrador palurdo;
Torna un parlante templos en escombros,

Come con el ministro un jayan necio;
Ataca á Francia un mayorazgo absurdo.
Una eleccion engendra estos asombros.

Aventura de un Médico.

Llamarónme para una apoplejía,
(Soy médico y doctor en Salamanca)
Estaba la muger hecha una tranca:
La cabeza, un volcan; abajo, fría.

Dije lo que era natural: sangría
Al oirme, el marido un grito arranca.
«No quiero que la dejen coja ó manca.
No Señor, nadie sangra á mi Lucía.

No habrá quirúrgo ni barbero osado,
Que desgarre esas carnes seductoras,
O no me llamo yo Pascual Meneses.»

Lector ¿quieres saber el resultado?
Ella estaba difunta á las dos horas,
Y él estaba casado á lo dos meses.

EL SONETO.

Un concepto ocurrió á mi fantasía
Que no deja de ser raro y discreto;
Y a fuerza de pensar, dije: «un soneto
Muy bien para esta idea serviría.»

Comencé á trabajar: mas no podía
Salir, como pensaba, del aprieto.
Era mas corto el cuadro que el objeto,
Y en los catorce versos no cabía.

Dije: «¡Tal está el númen que no sepa
Completar un soneto! ¿Está enfermizo,
Y ya no puede hacer lo que antes supo?»

Y el numen respondió: «yo hare que
quepa.»

Y en efecto; no se como lo hizo:
Mas se acabó el Soneto y todo cupo.

Pregunta y respuesta.

«¿Porqué dime Isabel, cuando me
duermo,
Tengo tu rostro en la mollera fijo?
Si velo, y la mirada te dirijo,
¿Porqué me torno iamóvil estafermo?
¿Porqué me tienes lánguido y enfermo,
Cual á efecto de ensalmo ó de encanijo,
Tanto que mi compadre aver me dijo
Que parezco salir de árido yermo?
¿Porqué, cuando te burlas de mis
quejas,
Me meto en un rincon, y allí derramo
Mas llantos que cuartillos tiene el Ponto?
¿Porqué, cuando me acerco á ti, te
alejás?
¿Porqué de mi te ocultas, si te llamo?»
Y responde Isabel:» ¿porqué eres tonto?

Apuros de un oyente.

Hernando con monótono susurro,
Me encaja un ditirambo á la tormenta,
Y mientras de placer suda y rebienta,
No observa el gran zopenco que me aburro.

Si al grato sueño exánime recurro,
Su destemplada voz el sueño ahuyenta,
Y tal mi desventura se acrecienta,
Que ni siento, ni pienso, ni discurro.

Acumulanse en bronceos hemistiquios
Relámpagos, centellas, nubarrones,
Granizos, ventolinas y chubascos;

Y sufriendo yo nauseas y deliquios,
La tormenta y sus horribidas visiones
No estan en el papel sino en mis cascos.

¶ Soloquio con un muerto.

«¿Qué dejas al morir, Cárlos Segundo?
¿Esa es la España que heredastes? ¿Esa?»
Clama un noble español junto á la huesa
Donde ciñe al monarca horror profundo.

«¡Dejas á la que fué reina del mundo,
Dividida, turbada, exhausta, opresa;
Dejas la luz mudada en vil pavesa;
Dejas mudado el oro en barro inmundo!

¡Dejas sin gloria y mísero el estado,
Y para refrenar tremenda liga,
Ni un peso, ni un navio, ni un soldado!»

«¡Lo que dejó, buen hombre, te atosiga!
(Dice desde la tumba el hechizado)
Ya veras lo que deja el que me siga.»



INDICE.

ESTRACTOS EN PROSA.

ESTRACTOS RELIGIOSOS.

Prólogo	3
<i>Dios y la creacion.</i>	10
<i>Moises.</i>	77
<i>Uso de la religion en la desgracia.</i> .	21
<i>La palabra divina.</i>	24
<i>Inmutabilidad de Dios.</i>	36
<i>La beneficencia prescrita en el Evan- gelio.</i>	38
<i>Necesidad de principios relijiosos en la niñez.</i>	40

ESTRACTOS MORALES.

<i>Ventajas de la buena educacion.</i> . .	43
<i>Inmortalidad del alma.</i>	45
<i>Los remordimientos i la cõciencia.</i> .	47
<i>La verdadera y la falsa filantropia.</i> .	49
<i>La ambicion.</i>	51
<i>Las malas companias.</i>	54
<i>El amor propio.</i>	59
<i>La prodigalidad.</i>	62
<i>La avaricia.</i>	65

<i>El pobre i el rico.</i>	67
<i>Del agradecimiento</i>	70

ESTRACTOS HISTORICOS I NARRATIVOS.

<i>La verdadera ciencia de la historia.</i>	73
<i>La Persia primitiva.</i>	75
<i>Costumbres de los antiguos griegos.</i>	78
<i>Constitucion de Roma.</i>	91
<i>Julio Cesar.</i>	107
<i>Octavio Augusto</i>	107
<i>El mismo asunto</i>	109
<i>Atico.</i>	116
<i>Reinado del califa Abdurraman en Córdova</i>	121
<i>Guerras de Felipe II contra turcos y árabes</i>	133

ESTRACTOS DESCRIPTIVOS.

<i>La naturaleza i el arte.</i>	152
<i>La naturaleza inculta i la naturaleza cultivada.</i>	156
<i>El órden i el desórden en el mundo fisico.</i>	161
<i>Escelencia de la naturaleza del hombre</i>	166
<i>La tierra i el mar.</i>	168
<i>El reino animal</i>	177
<i>La salida del sol.</i>	183
<i>Las selvas agitadas por los vientos.</i>	186
<i>Los desiertos de Arabia.</i>	189

<i>El perro.</i>	190
------------------	-----

ESCENAS ORIENTALES.

<i>La antigua Tiro</i>	193
<i>Jerusalén</i>	196
<i>Balbec</i>	200

EXTRACTOS DE LITERATURA. DIDÁCTICA.

<i>Ventajas del estudio de las ciencias i de las letras</i>	205
<i>El arte de hablar.</i>	214
<i>El mismo asunto.</i>	219
<i>Los dos autores clásicos.</i>	226
<i>De como se forma el buen gusto.</i>	225
<i>El mismo asunto</i>	232
<i>El mismo asunto.</i>	240
<i>El genio i las reglas.</i>	244
<i>Orién de la poesia en Roma.</i>	245
<i>Del buen siglo de la poesia romana.</i>	249

APOLOGOS I CUENTOS.

<i>El Dervis</i>	253
<i>El sultan Mahmud</i>	254
<i>La vision de Mirza</i>	256
<i>La jornada de Obida</i>	264
<i>La fábula i la alegoria.</i>	270
<i>Los Dioses de Homero</i>	272
<i>El mono.</i>	273

<i>La academia silenciosa.</i>	276
<i>Cibeles ó la tierra.</i>	279
<i>Las armonias de la naturaleza</i>	280
<i>La muerte</i>	282
<i>El palacio de la fama.</i>	283

POESIA.

COMPOSICIONES RELIGIOSAS Y MORALES.

<i>La ira de Dios.</i>	289
<i>Un traductor de los salmos.</i>	291
<i>Oracion.</i>	294
<i>El infortunio</i>	296
<i>La muerte del justo</i>	300
<i>La muerte del impio</i>	303
<i>Pequeñez del hombre.</i>	305
<i>El mismo asunto.</i>	306
<i>El Sabio.</i>	307

FABULAS.

<i>El Petimetre.</i>	309
<i>El banquete de filósofos.</i>	310
<i>El milano y el palomo.</i>	312
<i>El gato lejista</i>	313
<i>Fufú.</i>	313
<i>El Dervis</i>	315

<i>La caída de las hojas</i>	317
<i>El busto y la historia</i>	318
<i>El poeta y la cotorra</i>	320
<i>El fabulista.</i>	323

POESIAS LIRICAS Y DESCRIPTIVAS.

<i>'A los hombres de genio.</i>	332
<i>Imágen de la vida</i>	335
<i>Escena rural.</i>	336
<i>Alí</i>	337
<i>Consejo á un filósofo</i>	340
<i>Anécdota</i>	341
<i>A un ambicioso desengañado.</i>	342
<i>La noche</i>	345
<i>La cascada</i>	347
<i>El poeta y el raudal.</i>	350
<i>A la flor llamada en ingles Forget me not (no me olvides.)</i>	351
<i>El desprendimiento</i>	353
<i>Convite para ir al campo.</i>	354

POESIAS FESTIVAS.

<i>Retrato de una muger</i>	356
<i>El rey que rabió.</i>	357
<i>El concierto.</i>	359
<i>El carnero.</i>	361
<i>Juicio analítico</i>	362

<i>Sesion literaria</i>	363
<i>Mi propósito</i>	364
<i>Contrastes.</i>	365
<i>Aventura de un Médico.</i>	366
<i>El Soneto.</i>	367
<i>Pregunta y respuesta.</i>	368
<i>Apuros de un oyente.</i>	369
<i>Coloquio con un muerto.</i>	370
<i>Indice.</i>	372



